Fray Mocho

REVISTA SEMANAL



"El brindis a la Primavera"

Por Luis Fernández Vázquez

N.º 805

PAGINA INFANTIL

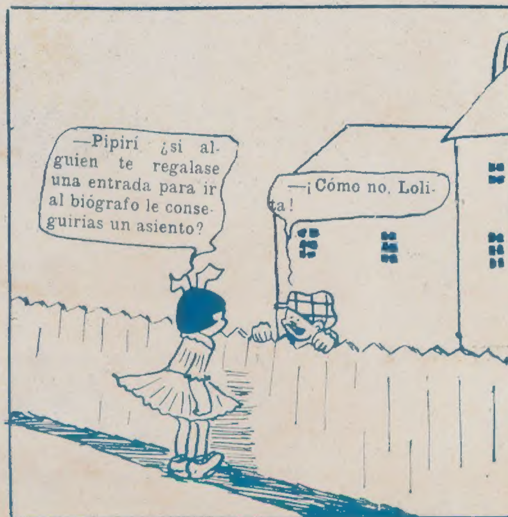
AVENTURAS DE PIPIRI



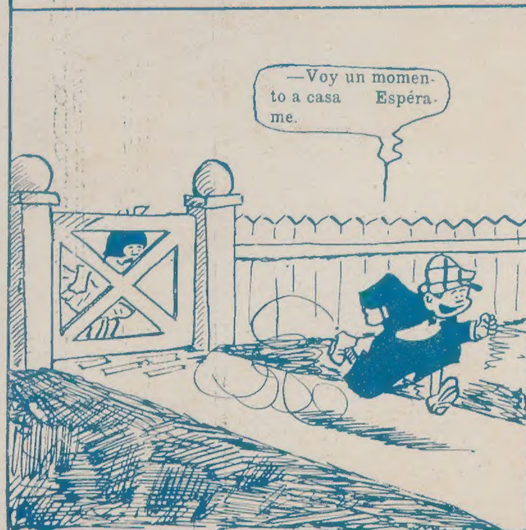




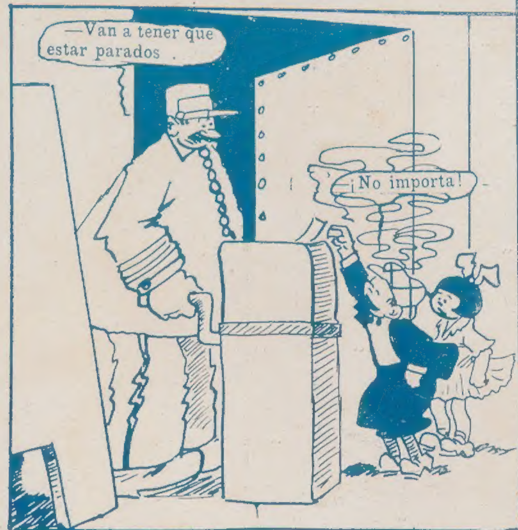


















FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912. Redaccion y Administración. BOLIVAR 870

Año XVI — Buenos Aires, septiembre 27 de 1927 — N.° 805

Quisicosas, por Rojas



—Al embajador español, duque de Amalfi, lo ha llamado con urgencia a España, Primo de Rivera.
—¿Y a qué obedecería esa determinación?
—A que Primo de Rivera tolera los ripios poéticos pero no los ripios diplomáticos.

—A la "Casa del Teatro" irán a parar todos los artistas.
—Y nosotros también.
—¿Con qué derecho?
—¿Te parecen pocas las veces que los atorrantes hemos salido a escena?

—En Roma se ha celebrado la conmemoración oficial de Alessandro Volta, el autor de la pila.
—No conozco esa ópera.



—Hindemburg ha dicho en un discurso, que Alemania no tuvo la culpa de la guerra.
—Entonces ¿de quién fué la culpa?
—"La culpa fué de aquel maldito tango".

—¡Pero qué demócrata es el presidente de la República de San Salvador! Ayer le dió una copa al piloto Menes.
—¡Y qué chupiteguis deben ser los dos, San Dié!

¡Salve usted al niño!

Por Jacques Cesanne

—¿Quiere usted tomar mis manos entre las suyas, según el rito encantador que ha establecido usted hace algunos días, y mirarme de cerca con sus grandes ojos, cuyo lenguaje mudo es tan elocuente!

—Espere un momento, mi querido doctor. Tengo que hablarle muy seriamente. Deme usted un cigarrillo y guarde la distancia reglamentaria... ¿Quiere usted besarme la frente antes de que empiece hablar? No. Prefiero en la mejilla! En la frente tiene aspectos de comedia cursi... Bien. Ahora permanezca tranquilo.

Me parece, por otra parte, que esta conversación no le resultará desagradable, y con ella será usted recompensado de la gran reserva que voy a imponerle durante algunos minutos.

Hace tres meses, mi querido doctor, que tomé en Tamatave, el buque de pasajeros que debía conducirme al dulce país de Francia. Fué preciso, para que este feliz acontecimiento pudiera realizarse, que yo me encontrase en cierto estado, y que el clima de Madagascar fuese reconocido como poco favorable para una futura mamá.

Mi marido había reconocido que era necesaria una separación de algunos meses y accedió, con una facilidad, de la que ahora he comprendido la razón, y partí. Usted podrá imaginarse con qué alegría.

La gran isla, es, sin duda, una espléndida colonia, y cuando se dispone de medios para ello, debe ser muy agradable atravesarla en todos los sentidos para admirar sus bellezas naturales. Pero es menos agradable permanecer en un pueblo de clima pesado y húmedo con un marido pequeño funcionario público, confinado en oscuras tareas y cuyo único cuidado es reconstruir el patrimonio familiar destruído por la guerra. ¡Yo no amo pues, mucho, la vida colonial!

¿Por qué me he casado con un hombre que hacía, precisamente, su carrera en las colonias? ¡Ay! Yo pertenecía a esa categoría infortunada de muchachas que no encontraban frente a ellas, más que ese grupo de maridos, que por una o otra causa se encuentran en las mismas condiciones.

No tenía el derecho de elección y valía más casarse, aun contrariando sus deseos, a quedarse para vestir imágenes.

La travesía del Océano Indico había sido muy penosa y cuando entramos en el Mar Rojo — cuyo nombre le cuadra a maravilla, — el calor se hizo insoportable. Pasé los días y las noches en un estado de ánimo que no me permitía pensar ni en el pasado ni en el porvenir. Al llegar al Mediterráneo reapareció la brisa marina.

El mar tan pronto liso como un lago, tan pronto levantando montañas de agua o haciendo jugar la blanca espuma al sol, formaba una sinfonía de azules, a los que se mezclaba el de las costas que se alcanzaban a divisar a lo lejos. Y el buque que me llevaba con mis esperanzas me parecía que me arrancaba de una existencia mediocre y me conducía a una vida nueva, desconocida, encantadora que había de proporcionarme alegrías sin cuento.

Usted sabe bien que esos sueños no me engañaron del todo. ¿Sonríe?... ¡Cuidado! ¡La distancia reglamentaria o no digo una palabra más y acaso le pese a usted.

De todos modos, abstracción hecha de toda idea romántica, me parecía un derecho adquirido ese de que pudiera escapar durante un tiempo a la pequeña tiranía doméstica de mi esposo... y eso me colmaba de alegría!

No es que sea un hombre despreciable! ¡No, por Dios! Es un muchacho meticuloso y desordenado, autoritario y débil, solemne y grosero, exigente y sin genio, al que una dispepsia crónica confiere el privilegio de estar siempre de mal humor.

Yo lo muestro tal cual es, desde un punto de vista enteramente objetivo. No me quejo porque, evidentemente, la culpa es mía por haberlo aceptado. Si digo todo esto es para hacerle comprender a usted con qué placer, acogí los pocos meses de vacaciones conyugales que el cielo tenía la bondad de ofrecerme.

No. Ciertamente, mi marido no es despreciable. Yo hubiera preferido acaso que no estuviese tan totalmente desprovisto de esa cualidad indefinible, pero tan atrayente que se llama el encanto...

Pero mi marido después de haberse informado a qué médico debía confiarme a mi llegada a París, fijó su elección en usted, sin conocerlo personalmente. ¡Qué buena mano ha tenido, Dios mío!

Sepa usted que después de nuestra primera entrevista yo me dije: "Está bien mi nuevo médico". Sí, señor, dije eso, y todo me induce a creer que por su parte, usted habrá pensado una cosa parecida. ¡Con qué devoción me ha curado! ¡Cuántas atenciones delicadas y emocionantes! ¡Yo no estaba acostumbrada a que se cuidasen de mí de ese modo!

En mi infancia, mis padres, que tenían que educar una familia numerosa, usaban unos procedimientos un tanto militares. Más tarde, un marido sensible para él, pero duro para los demás, comprendida, naturalmente, su mujer.

¡La curva de los sentimientos que yo he experimentado, amigo mío, y que hacía irrupción deliciosamente en mi corazón, hela aquí: simpatía, confianza, gratitud, afección. Me esforzaba por no dejarlos trasparentar, porque estaba asustada del interés que había sabido inspirarle.

Porque, por poco seductor que sea mi esposo, me había propuesto permanecerle fiel. Entre usted y yo estaba el respeto de la fe que le había jurado a él. Estaba decidida a rechazar el amor que se me ofrecía y a regresar una vez curada a Tamatave, a esa tierra lejana donde pasé mis mas bellos años sin haber conocido la alegría del vivir...

Después, la semana pasada, llegué a su consultorio. Era el día que me había usted fijado. No había llegado usted aún, retenido sin duda por un enfermo. Ordinariamente yo soy la más discreta de las mujeres; no soy curiosa.

¿Por qué me sentí aquel día invenciblemente atraída por un paquete de cartas que había sobre su mesa? ¿Por qué, instintivamente iba buscando el telgrama que abrí y que decía estas simples palabras, que jamás olvidaré?

"En caso de peligro salve usted al niño".

¡De modo que mi marido no vacilaba !En caso de peligro la sacrificada era yo; yo que estaba sana, robusta y que podía darle una numerosa progenie. Era a mí a la que sacrificaba en provecho de un ser que aun no conocía, al que no había visto y que no podía representar gran cosa para él.

Felizmente usted no tuvo que sacrificar a ninguno: madre e hijo se encuentran maravillosamente bien.

Pero yo no podía olvidar la desenvoltura con la cual mi esposo había creído realizar, en caso de apuros una liquidación conmigo. Reflexioné. Me acordé de algunas amabilidades que había tenido en Tamatave con una mujer divorciada que daba mucho que hablar. Yo no le había concedido al hecho ninguna importancia. Pero mi marido abandonado a sí mismo había avanzado, sin duda, su flirt y acaso no le hubiese disgustado desembarazarse de mí.

Sí, sí, amigo mío. ¿Qué otra explicación puede tener su actitud? Que en el flirt avance lo que quiera, poco me importa; lo que no veo es por qué razón en esta pequeña comedia conyugal era yo la que sobraba.

Yo volveré a Madagascar cuando me plazca, si es que me place hacerlo alguna vez. Entretanto acepto con verdadera alegría la pequeña fuga que usted me ha propuesto; me agrada esa visita a la vieja casa de la que Luis XIV hizo donación a Madame de Montespan, en las orillas del Loire donde el horizonte es tan dulce y la acogida tan cariñosa... ¿Cuándo nos vamos?... ¿Mañana? Está bien... Puede usted acercarse ahora...

PLENO SOL

El calor, de vibrante, parecía sonoro.
el cielo era una tenue soflama de alcohol.
Y la siesta como una gruesa castaña de oro,
Se entreabría en el ámbito, crepitada de sol.

Bajo el soto cuya íntima sombra la espiaba, acaso,
Palpitante en la linfa vivaz del manantial,
La náyade torcía su trenza de oro al paso,
Y era el agua desnuda su cuerpo de cristal.

Una lánguida brisa, pálida entre sus tules,
Corriendo por los campos a su azaroso albur,
Removía en los céspedes suaves platas azules,
O en un lago carrizo silbaba el viento Sur.

La siesta declinaba, y en la aguja vibrante
De un noble álamo, el trino del jilguero feliz,
Desmenuzaba claros maíces de diamante,
Anunciando a los surcos el oro del maíz.

En generoso aliento se exhalaba el tomillo.
La tarde puso un poco de rosa en su pincel.
Y un haz de sol poniente, ya manso y amarillo,
Se tendió ante la casa como un largo lebrel.

Leopoldo LUGONES.

Debilidad y fortaleza del hombre

El hombre no es más que una débil caña, la más débil de la naturaleza; pero es una caña que piensa.

No es necesario que la naturaleza entera se arme para destruirle. Un vapor, una gota de agua, basta para matarle. Pero, aun cuando la naturaleza lo destruya, todavía sería el hombre más noble que aquello que lo mata, por esa disposición admirable de su espíritu que le hace conocer que muere y comprender la ventaja que la naturaleza tiene sobre él. El universo, en cambio, nada sabe.

Toda nuestra dignidad consiste, por lo tanto, en nuestra inteligencia. Es por ella que nos elevamos y nos honramos y no por nuestra fuerza. Tratemos, entonces, de pensar con rectitud: he ahí el principio de la moral.

PASCAL.

QUIPILDOR

Por Fausto Burgos

Con palabras acres el Jefe de la estación les ordenó que se apearan. Iban amontonados sobre la plataforma de un vagón de segunda clase. Escucháronle silenciosos, impasibles. Se bajaron; cada uno metió la mano en la taleguilla de tela roja.

—¡Pero no ven qué coyas pícaros!... Me estaban por robar la plata... — exclamó el jefe de la estación, un mozo tucumano de tez morena y ojos brilladores. — Y después dicen que son lerdos...

Eran hasta diez.

—Ocho... pú — dijo Guaicama, cuyos dedos oprimían seis billetes y algunas monedas.

No metieron otra vez la mano en la taleguilla; se miraron.

—¿Cuántos tienen? A ver... vamos! A estos coyas hay que manejarlos a cogotazos. ¿O están pensando que el tren los va a esperar?...

—Ocho pú, señor—contestó Guaicama, humildemente.

—¿Ocho?... No ven qué coyas pícaros...

El jefe sacó papel y lápiz.

—Vean: el pasaje hasta Abra-Pampa vale tres ochenta; tres pesos con ochenta centavos, nò? ¿Cuántos son ustedes?

—Diez, pú, señor.

—Bueno, tres ochenta multiplicado por diez son treinta y ocho pesos. ¡Ni un centavo menos! A juntar los treinta y ocho pesos... Faltan dos minutos, eh...

Tornaron a mirarse. Tintilay, el puneño de las barbas negras, glosó en lengua keswa las últimas palabras del jefe. Algunos curiosos se les acercaron. Coqueaban silenciosos, indiferentes.

—¿Y? ¿Ya juntaron los treinta y ocho pesos? — preguntó el Jefe, aproximándose, en compañía del guarda.

Ocho, pú señor — repitió Guaycama moviendo apenas sus labios gruesos, teñidos de coca.

—Treinta y ocho pesos; ni un centavo menos...

—Pase, pú señor.

—¿A mí qué me importa que hayan tenido pase? A ver... ¿cuál es el que tiene el pase? Y ligerito, porque ya es hora...

—Capataz, pú señor.

El revisador de boletos intervino:

—Estos son de una cuadrilla que contrató Pietronini. Pietronini venía machao y se quedó en Tilcara. El es el que tiene el pase para todos.

—¡Ajam!... ¿ustedes se dejan explotar por el gringo Pietronini que los contrata a un peso diario mientras él cobra cuatro y ahora quieren que yo pague los vidrios rotos?

Se miraron a la cara. Coqueaban tardos y callados.

Dos caballeros hablaron.

—No puedo; no puedo. ¿Cómo les voy a permitir que viajen sin pagar el boleto íntegro? ¡No faltaba más! Si a mí me echan a la calle, estos coyas no me darán de comer.

—Pero... estos pobres infelices no tienen la culpa...

—Usted, Santibáñez, que tiene plata, págueles el boleto.

—¿Yo?

—Usted, señor Córdoba...

—¿Yo?

—Bueno, a mí me ocurre lo que a ustedes: le tengo lástima, pero... Si se dejan explotar como animales, que sufran las consecuencias.

Ninguno de los de la cuadrilla se animó a replicar:

Córdoba agregó:

—Y son de lejos. Desde aquí, hasta Abra-Pampa, hay veinte leguas de cerro.

—Que las anden a macho talón. Estos coyas tienen el talón más duro que una piedra...

.. ..

—Ocho, pú señor — repitió Guaicama serenamente. — Sus compañeros tenían la cabeza gacha.

—Vamos, guarda, que se queden aquí estos animales...

El guarda tocó el silbato. Se oyó un silbido trepidante, luego, otro breve.

Los de la cuadrilla miraron largamente el convoy que se alejaba. El Jefe se metió en su despacho. La estación quedó en silencio. Los puneños guardaron el dinero en sendas taleguillas teñidas de grana y nuevamente se miraron silenciosos, impasibles. Eran de mediana estatura, ni lampiños ni abigotados; tenían los pómulos salientes, los ojos negros, la tez cobriza. Gastaban pantalones de recio picote, ojotas monteses, ponchos puyos y sombrero ovejuno. El más joven se llamaba Quipildor y frisaba a la sazón en los veinte años. Quipildor llevaba al hombro sus alforjas atiborradas de paquetitos de coca, llicta y botellas de alcohol.

Guaicama mojó con su saliva una hoja de coca, se la pegó en la punta de la nariz y sopló reciamente. La hoja cayó hacia el lado derecho. ¡Buena suerte! ¡Que se guarde la plata el capataz! — pensó Guaicama — volvió la cabeza, miró los cerros rojizos y rompió la marcha. Los otros lo siguieron. Iban de uno en uno por ásperos caminejos de cabras. Quipildor, de tiempo en tiempo, yapaba un acuyico y mordía una tableta de llicta.

Anochecía cuando se pararon a descansar a la vera de un peñasco. Guari juntó leña de yareta y encendió fuego. Sentados a la redonda de la lumbre permanecieron la noche entera, la chuspa de coca en la mano, masticando indiferentes y tardos. Quipildor aliñó su acuyico con breves tragos de alcohol. De rato en rato cerraba los brilladores ojos. Mientras dormía, puesta la cabeza en las rodillas, despertó su imaginación: Iba montado en una vagoneta cargada hasta el tope con baúles y maletas. Atrás quedaban los pasajeros: jóvenes, ancianos, niños. Había recorrido el mismo trayecto repetidas veces. Llegaban con la vagoneta vacía, ayudaba a cargarla, montaba y partía.

Las avenidas furiosas que bajaron de los cerros habían cubierto largo trecho de la vía con enormes pedrones. Por intervalos oía la voz chillona del capataz: "Pietronini te lo manda, bestia. Non sía buro, Quipildor"...

La última vez, una señorita de ojos azules y cabellos rubios le pidió que la ayudara a subir en la vagoneta. La miró serenamente y tomó su mano blanca y suave. Ella se colocó a su lado. El no había visto jamás una mujer joven, hermosa, de ojos azules y pelo rubio. Ya no volvería a verla...

.. ..

.. ..

En cuanto amaneció se levantaron. Guarí ganó la delantera. El viejo Guaicama iba a la zaga. Fragoso y largo era el caminejo montuno.

¿Cuántos días anduvieron hasta llegar al rancho donde se sentía el suave aroma de la tola? No sintieron hambre ni sed. La hilera se acortó poco a poco. Quipildor caminó solo por espacio de algunas horas. A la oración cerrada del último día de viaje llegó a un pueblucho montañés. Entro en el almacén de un turco.

—¡Quipildor! — exclamó el comerciante. — Tenís que ir marina de guerra: ¡te tocó el servicio militar! Dos añitos, Quipildor...

—A ver, pú, vendeme tinta. ¿A cuánto estais cobrando la onza?

—Anilina buena, alemana, a un peso la onza.

Quipildor movió la cabeza.

—Quipildor, tenís que ir marina de guerra; dos añitos, Quipildor... ¿No querís crer?

Aquí está la lista, mirá tu nombre. Dos añitos, Quipildor.

El turco sonreía cordial y cariñoso. Era un hombre de ojos grandes, negros, adormilados, de cabellos negros y rizosos; tenía la nariz corva, el bigote esponjado, la cabeza chata.

Quipildor iba a marcharse cuando Elías Sailín lo asió por el brazo.

—Mirá, Quipildor, si querís librarte del servicio militar, no tenís más que avisarme...

—Mañana, pú, señor...

—Aquí está tu nombre, Quipildor. A Cata-Cata también le tocó por dos años. Si querís librarte del servicio, me tenís que traer cien kilos de lana de llama y cincuenta cueros de vicuña.

—No teniendo, pú señor.

—Sí tenís, coya tacaño.

Quipildor arrinconó con la lengua su acuyico.

—Volviendo mañana, señor.

—Mirá que tenís que presentarte aquí, el domingo sin falta. Si no venís, te haré traer con los milicos y ellos no se andan con chicas...

Quipildor lo miró y salió. Caminó un rato por las callejuelas del pueblucho montañés. Al cortar la vía, echó a vaguear la mirada: hacia abajo, cerros y cerros!

Cerca de la estación, se habían reunido en torno de un vilque de chicha, varios pastores de llamas. La chichera miraba a sus parroquianos con atenta mirada. Quipildor se acercó al grupo y para refrescar su acuyico, bebió dos jarros de chicha. Los pastores coqueaban despreocupadamente. Tras corto

EL TESORO DE LAS PERSONAS

Me intrigó la afirmación de una joven morena a orillas del mar: me aseguraba ingenuamente que todas las personas tenían un lado de virtud; me ha dicho que todas podían darnos la gloria. Yo creo que los desengaños que nos dan es lo que forma nuestro tesoro; ello es, que el tropezar y salvar dificultades llega a constituir nuestro blasón de aristocracia.

Cuantas más heridas traigamos al cabo de la jornada, mayor es nuestro mérito. Y las muchedumbres nos reciben y aplauden como héroes. Luego será necesario tropezar con personas perversas que nos hieran. ¿Cómo recibiríamos a los guerreros si volviesen sin haber luchado? Si os parece, diremos: "Que la plebe, los vulgares, los cómodos, vivan entre los virtuosos." Porque los aristócratas necesitan los golpes de la piqueta que desbaste y forme las líneas severas de la estatua. Sin la piqueta no habría más que bloque. Dejad a la plebe, a los anónimos, en bloque; mas que surja el aristócrata a golpes de cincel.

Realmente nuestro tesoro no lo hacemos, nos lo hacen. Claro es que el mérito está en tener caja de caudales y en saber guardarlos. Además, conocemos la modena de buena ley, y es curioso nuestro procedimiento, porque recogemos lo que otros desechan.

Las piedras que arrojaron eran diamantes.

Cuando cruzáis por el camino las gentes envidian vuestra majestad, y ellas os la han dado con sus desengaños. Pero, ¿cómo no verán esto? La verdad es que viven ciegos. Ciertamente se necesita traer privilegio para salirse de entre todos; y la labor es muy sencilla: no hay más que no querer salirse para salir. Pero, ¿cómo no verán esto? ¿No oís sus gemidos? Querían lanzarse al espacio y no habían fabricado antes sus alas. Naturalmente, se han matado. Dejad en la nada aquel que no quiere ser creado.

V. GARCIA MARTI.

descanso, Quipildor se echó a campo traviesa por los áridos llanos de la Puna. De trecho en trecho, miraba manadas de llamas blancas, grises, castañas.

II

Cata-Cata se arrimó al fogón. Ardían a quedo los tizones de tola. El humo oloroso era llevado por ráfagas frías.

—Mañanita, pú — dijo María, la zagala de los labios bermejos, de las manos menudas, de la mirada quieta.

Quipildor glosó en lengua keswa las palabras de Elían Sailín.

—José llevando oritus; turco robando todo... — exclamó María.

Cata-Cata había llegado hasta la tienda de comestibles del turco. Llevó oro nativo, pepas tamañas.

. . . .

—Mañanita, pú...

Cata-Cata debía partir pronto. Sentado sobre los calcañares, miraba el llamear lento de los tizones.

Quipildor se pasó la mano por la frente. Su fisonomía era adusta. La zagala hacía girar velozmente la puisca; hilaba negra y suave lana de llama.

—¿Vos también te vais Quipildor? — preguntó María.

—También — contestó el pastor.

—¿Mañanita?

—Mañanita...

La moza sacó del seno dos chuspas que había tejido. Eran dos taleguillas de fina tela tejida a dos haces, la una color de grana, color de azafrán la otra.

Cata-Cata recibió la más hermosa. Tornó a hilar humildemente la muchacha. El favorecido llenó de hojas de coca la taleguilla nueva. Quipildor guardó la suya con esmero en uno de los bolsillos de su chaqueta de picote. Separáronse tarde. María cubrió las brasas con ceniza y se dirigió a la pieza de sus padres.

Los dos pastores, que cuidaran juntos de un hato de llamas, caminaron, caminaron sin decirse palabra.

III

Quipildor, vestido a lo gaucho vallista, penetró en el mercado de Jujuy. Calzaba plegada bota de montar, pantalones de cordellate, poncho a rayas y sombrero ovejón. En un figón de arrabal había dejado la gorra y el traje blancos. Era la hora del almuerzo. Amontonábanse los parroquianos en los varios puestos. En las aceras estaban sentadas, quietas, algunas coyas que vendían quesitos de cabra.

Quipildor se detuvo frente a la mesa servida por la Almentaria. La coya lo miró plácidamente y de allí a poco, sirvió un plato de picante de panza.

—Sírvase... ¿De cuál quiere? ¿De la de maní o de la otra?

—De la otra.

Ella metió el mate en el vilque y luego colmó de chicha una jarra.

Quipildor comía ávidamente. Escanció un vaso de chicha. La bebida color de oro, dejó en sus labios un dulzor de maíz.

—¿Otra marchante?

—Otra.

El pastor había reparado en un sombrero ovejuno que pendía de un clavo.

—Con su permiso, señoray.

—Siga, marchante.

Cogió el sombrero y lo aproximó a la nariz. ¡El sombrero de Cata-Cata!...

—Lo dejó ahicito un marchante.

—¿Muchito hace?

—Un año. Aquí mismito vino a comer. Era de Arriba. Comió mucho y tomó harta chicha. Cuando estuvo machao, se lo llevó a la rastra un milico, de esos milicos que tiene la policía... El también era milico pero llevaba este sombrero puesto.

—¿Y volvió después?

—No volvió. ¡Quién sabe, pú, si volverá!... ¿Qué lo conoce, marchante?

Quipildor aligeró su acuyico. En el suelo quedó una mancha verde.

—Sí, lo conozco.

—¿Usted también es arribeño?

—También.

—¿Será de los que han vuelto?

—De esos...

—Aquí estuvieron unos cuantos; traían gorritas de muchachitos.

El pastor escanció un vaso de chicha muqueada.

—Sírvase...

—Vaya pues, marchante.

—Soy arribeño.

—¿No te enojaste cuando te dió el primer beso?

—No; porque podía haberlo tomado en serio.

—Aquí estuvieron todito el día de ayer. Se acabaron un tinajón de chicha. ¿Usted también anduvo por Buenos Aires?

—También.

—Yo conozco de vista a varios porteños. Aquí vienen a comprar quesitos de cabra, guagüitas de orejón, tabletas, ollitas. Son muy curiosos los porteños: uno me quiso comprar hasta los platos de palo en que sirvo el picante... A los yungueños les compran guairuros.

—Sírvase.

—Vaya pues, marchante. El del sombrero también se olvidó una chuspa. Se lo llevaron muy machao. Aquí también se estuvo durmiendo; al meter la mano en el bolsilló, se le cayó la chuspa.

Quipildor dejó de coquear.

—¿Será de esta laya?

La coya cogió la taleguilla; era una chuspa color de azafrán, de fina tela.

—¡Si parece hermanita! ¡Tan bonita!

La coya Almentaria quedó pensativa.

—Sírvase.

—Vaya pues, marchante...

—¿De qué laya es?

—Ahorita se la voy a mostrar. Aquí mismito se puso a dormir. Era de Arriba y estaba muy machao. Cuando metió la mano en el bolsillo se le cayó.

. . . .

. . . .

—Sírvase...

—Vaya pues... Usté me está queriendo hacer puntear...

Quipildor dobló su chuspa; aun no había guardado dentro de ella ni una hoja de coca... Y pensó en María, la moza de las manos menudas, de la mirada tierna. ¿Estaría sentada junto al fogón, haciendo girar la puisca? ¿Conservaría aquella muyuna de piedra que le regaló una tarde? ¿Y el hato de llamas? ¿Y Cata-Cata? ¿Se habría casado Cata-Cata con María?

—Sírvase...

—Usté me está por hacer puntear, marchante...

De allí a poco, la coya Almentaria comprendió que puneño estaba chispo.

—Aquí está la chuspita...

Quipildor la tomó: Era la taleguilla teñida de grana que tejió María...

—...

—Vaya pues, marchante...

Había aun sobre la mesa una jarra de chicha cuando Quipildor aflojó la cabeza. Y como aquella vez, cuando estaba acurrucado a la vera de un peñasco, despertó su imaginación: No iba sobre una vagoneta cargada hasta el tope con baúles y maletas. Miraba a todos lados: agua y cielo, agua y cielo, aguas azules que formaban millares de caprichosas puntas; cielos grises, amenazantes, torvos. Arremangado de brazos y piernas, calado hasta los huesos, lavaba el piso de un torpedero "Coya salvaje, coya salvaje! — le gritaba un marinero rubio. — ¡No servís pá nada, coya animal! Te voy a echar al agua"... No se quejó. Ni una palabra de protesta. ¡Oh llanadas frígicas de la huraña puna!

Descalzo, la cabeza rasurada, se había puesto a descansar, arrimado a la borda. Miraba a todos lados: agua y cielo, agua y cielo; cielos cercanos, tristes, torvos...

IV

En su choza mezquina se puso su traje pastoril. Nadie lo vió llegar. Cerca pacía la tropilla de llamas blancas, overas, rosillas, caris. El pastor Cata-Cata ya no cuidaba del hato. Cogió la honda y salió. Llevaba en las alforjas coloradas, paquetitos de coca, tabletas de llicta y una chata de alcohol. Caminaba un poco agachado, mirando el suelo. Iba a ver a María, la zagala de las manos menudas que tejió para su regalo una taleguilla coquera color de azafrán... Atravesó el patio. Entró en la ramada; y solo y triste se sentó junto al fogón. Humeaba perezoso un tizón de tola.

¿Y María? ¿Y el tatay Kolke?

. . . .

Quipildor coqueaba; de rato, un trago de alcohol...

Ya de noche estaba ebrio. Tarde llegó una moza que traía un pequeñuelo en los brazos; se aproximó al fogón y silenciosa y esquiva, en cuclillas se puso a la vera del pastor. No tardó en aparecer Cata-Cata... Quipildor los miró serenamente. A ella le entregó mudo y triste, dos taleguillas, la una teñida de grana, la otra color de azafrán. El pobre Quipildor rió entonces como un loco, con carcajada estrepitosa, intermitente, y se echó rumiando su acuyico, quebrada abajo...

Actores teatrales que fueron canonizados.

Nada menos que cuatro actores han sido canonizados.

El primero fué *Sans Gens*, actor del tiempo de Diocleciano, cuya conversión al cristianismo fué declarada en pleno teatro, durante la representación.

San Porfirio, comediante de Andrinópolis. Confesó que era cristiano en la presencia de Juliano el Apóstata, quien le hizo cortar la cabeza.

Ardelón, actor de Alejandría: fué tocado de la divina gracia en una representación donde él debía ridiculizar los misterios del cristianismo y fué martirizado en tiempo del Emperador Justiniano.

Pelagia, eminente actriz de Antioquía, oyendo un día predicar al obispo de Heliópolis, sobre la conversión de los pecadores, abandonó el teatro, recibió el bautismo, repartió a los pobres cuanto poseía y retiróse, disfrazada de hombre, a una montaña donde esperó la muerte en medio de las mayores austeridades.

LA CAMARERA

Por Pierre Valdagne

Mayo 3 de 1927.

Al verme entrar esta mañana, la directora de la oficina de colocaciones, tomó un aire de desesperación:

—¡Cómo, señora! ¿No ha resultado buena esta vez tampoco?

—Es la séptima, le dije.

—¿Qué le ha sucedido? Esa muchacha me parecía modesta y de buen aspecto.

—Salió ayer por la noche, con pretexto del cinema, volvió esta mañana en vestido de baile y me previno que me dejaba "plantada" porque, le habían dicho en la vecindad, que yo dejaba morir de hambre a mis criados.

Un taxi esperaba a la puerta: adentro había un hombre... un hombre de aspecto raro.

—Oiga usted, señora, me dijo la empleada; tengo aquí, desde hace una hora, una persona que quizá le convenga. ¿Quiere usted verla? No tengo sino los informes que ella misma me ha dado. ¡ Yo no le garantizo nada!... Acaba de llegar de provincia. Trae dos certificados muy buenos, pero difíciles de verificar. Prefiero prevenirla de una vez: he estado tan de malas con usted todo este tiempo!

Hice entrar a la persona. Vestía de negro, pobremente: medias de hilo, gruesos zapatos. Treinta años aproximadamente. Todo aquello me hubiese convenido a maravilla, si no hubiera notado unas manos muy finas, bastante cuidadas y blanquísimas.

—¿Hace mucho tiempo que usted no trabaja? le pregunté. Sus manos no son de persona que está trabajando diariamente.

—¡Oh, sí, señora! Es que me las cuido.

—¿Qué sabe usted hacer?

—Un poco de todo. Puedo prometerle a la señora que pondré toda mi buena voluntad.

—Lo que yo necesito es una persona para hacerlo todo.

—Muy bien, señora.

—Pago 200 francos.

—Muy bien, señora.

—¿Sale usted por la noche?

—Jamás, señora.

—¿Cuándo puede usted entrar?

—Inmediatamente, si la señora lo desea.

Así he tomado a esa Elisa a mi servicio y me espero a todo...

Mayo 4

Mi marido me ha improbado que contratara a esa criada sin haber antes escrito a las personas de Louviers, que le han dado los certificados. León los encuentra demasiado elogiosos, desconfía de ellos y me ha contagiado su miedo. Pero mi marido tiembla de todo; su hermano, que comió anoche en casa, se ha burlado de él. Le parece Elisa de un aspecto muy correcto, y hasta la ve bonita. Pero a este simpático Emilio le gustan todas las criaditas. Como es soltero, está en su derecho; pero yo le tengo prevenido, entre risa y risa, que en mi casa no hará esa clase de conquistas. Mientras escribo esto, pienso que de aquí a que Emilio haya logrado esta conquista, es muy probable que Elisa me habrá obligado, con alguna mula jugada, a ponerle en la puerta de la calle.

Mayo 7.

Elisa me ha pedido que si me es posible, la autorice para dormir en el apartamento, porque ha visto que tenemos sobre el patio un cuarto vacío. Le dije que podía hacerlo y esto me parecía un buen augurio, pero León me ha hecho una escena terrible, sosteniéndome que, es como meter al lobo entre el rebaño; que esta muchacha debe tener relaciones con apaches, que les abrirá la puerta cualquier noche, para que nos asesinen! En fin, estoy segura de que no volveré a pegar los ojos.

Mayo 10.

Nada qué decir en cuanto al servicio de Elisa. Hace su trabajo concienzudamente y en silencio, pero no sabe gran cosa y se fatiga muy pronto. Es una mujer delicada: León encuentra que cocina mal. Yo quisiera hacerla hablar, me gustan las chicas que charlan, así se puede coger algo de lo que piensan. Esta es absolutamente cerrada. Mi marido me asegura que es por hipocresía y que debe estar meditando contra nosotros una traición horrible. ¡Ah, la vida no es siempre divertida!...

Mayo 15

La portera de mi casa de la avenida de Ternes, me ha traído esta tarde 15.700 francos de arrendamiento que ha cobrado. Elisa los ha visto y León no ha podido llevar ese dinero al banco, era demasiado tarde. Lo hemos escondido debajo de la almohada y convenido en no dormirnos al mismo tiempo; cada uno velará mientras el otro duerme.

Mayo 16

Hasta las dos de la mañana, he expiado todos los ruidos que podrían hacerse en el cuarto de Elisa. Ha roncado toda la noche...

Mayo 19

He ensayado el golpe clásico, dejando un puñado de billetes sobre mi cómoda. Los he contado al volver de la calle y estaban intactos.

Mayo 22

He notado que Emilio viene a casa y come con nosotros más a menudo que antes. Hoy se ha detenido en la cocina y ha hablado largamente con Elisa. Esto me desagrada mucho. León trató de tocarle el punto, pero no se dejó. Siempre nos asegura que tenemos en ella una verdadera perla. Según él, Elisa nos tiene gran cariño, nos es muy adicta y nuestras aprensiones son ridículas. ¡Qué Dios lo oiga!

Mayo 29

Esta mañana Elisa volvió del mercado confundida. Todo aumenta de precio en proporciones espantosas. Me ha mostrado las cuentas, pero yo no encuentro los gastos demasiado exagerados. Desde que está a mi servicio, he economizado una suma no despreciable. Solamente me alarma el pensar que su solicitud por mi dinero, sus aires escandalizados, no son quizá sino una manera de adormecer mis sospechas. ¿Qué pensar? Mi marido encuentra inverosímil que una criada tome tanto interés por sus amos. ¡Es cierto que en esta época en que vivimos, es eso bastante raro! Llego a pensar que estaría más tranquila con una cocinera que rayara con tenedor.

Junio 10

Acabo de pasar una fuerte bronquitis. Elisa me ha cuidado con una abnegación absoluta y debo agregar que con mucha inteligencia. Esta muchacha conoce excelentes principios higiénicos. Mientras me preparaba las tisanas, yo le miraba la cara, tiene una fisonomía grave y simpática, que me inspiraba la más grande confianza. Me sentía feliz de tenerla cerca de mí, porque mi marido siente horror por las personas enfermas y huía de la casa, en cuanto le era posible. Como yo me quejara con ella de aquello, movió tristemente la cabeza y me dijo con dulzura: "¡Las mujeres no somos felices, señora!". Y vi que se le saltaban las lágrimas.

Junio 12

Hace unu momento entré al cuarto de Elisa. Había dejado sobre la mesa una carta sin cancluir que he leído. Tiene un hijo, un niño de tres años. La carta es dirigida a una señora Pollien, de Louviers, anunciándole un envío de dinero. Una pobre muchacha abandonada al ser madre, seguramente.

Junio 13

Quise saber a qué atenerme y la puse en confesión. ¡Elisa me lo ha contado todo! Es una mujer de la mejor sociedad. Su marido la arruinó y después la abandonó con su hijo de tres años. El bebé vive con la madre de ella, una dama muy bien, pero también arruinada. Les era necesario subsistir y mantener al niño, y Elisa, educada en un convento, no sabía profesión alguna. Entonces pensó en colocarse como camarera. No gastando nada en ella, podía disponer de su sueldo íntegro para dárselo a su madre y a su hijo. ¡Es admirable! Mi marido se ha arrepentido de todas sus prevensiones y va a ocuparse de Elisa para buscarle una buena ocupación digna de ella.

Junio 25

¡La situación se ha solucionado! Emilio se casa con Elisa. El es muy rico y un excelente muchacho, a pesar de sus defectos. Ella se los corregirá. En cuanto a mí, será necesario que desde mañana vuelva a la oficina de colocaciones. Por una vez que cayó en mis manos una criada perfecta, resulta justamente que todo es menos eso!

El secreto para adelgazar

Por R. Cansinos - Assens

Había empezado a adelgazar de pronto, de una manera progresiva y constante, pero tan insensible, que el espejo en que se miraba habitualmente, no pudo advertírselo. Fueron los demás quienes, con sus miradas curiosas y perspicaces, le llamaron la atención sobre el fenómeno.

"¡Está usted más delgado!..." "¡Parece que está usted más delgado!", le decían, esgún su mayor o menor grado de exactitud científica. El, al principio, erguíase alarmado al secuchar la noticia, y dejaba traslucir cierta aprensión. ¿Estaría enfermo de alguna dolencia consuntiva? Y asentía con tal expresión de semblante a sus interlocutores, que éstos se creían obligados a tranquilizarse, diciéndole: "No, no se alarme usted; pero vamos, que parece que está más delgado". Y le daban palmaditas en el hombro, y era como si se excusasen de verse obligados a notificarle el cambio que en él observaban, sin reparar en que con aquel sobo lo adelgazaban más.

Pero ,¿estaban obligados a eso? — pensaba él. — ¿No era más bien una descortesía?" Y, sin embargo, insensiblemente, todos sus amigos y conocidos habían de hacerle la misma notificación al encontrárselo; al hombre que adelgazaba parecíale ir recogiendo a lo largo de las calles prospectos que dijesen: "Está usted más delgado", pero en los cuales faltase el anuncio del específico infalible para recobrar las carnes perdidas.

Con el tiempo, llegó a ser, para el hombre que adelgazaba una suerte de distracción reparar en los modos distintos que cada cual tenía de redactar aquel prospecto. Unos ponían el gesto apiadado y contrito al decirle la frase de rúbrica, como sincerándose de no haberle arrancado ningún pellizco al cirio de su grasa; otros afectaban una indiferencia de buen tono; otros, en fin, parecían reconvenirle por haber alterado sin su permiso la imagen que de él tenían archivada en su álbum de clisés — ahora tendrían que rectificar su retrato y su ficha dactilográfica.

Un amigo artista halló un modo admirable de proclamar su delgadez sin aludir a ella. Le lecía:

—¡Está usted cada vez más alto!

Pero todos, como máquinas de precisión, exclamaban al verlo:

—¡Está usted más delgado, hombre!

Y el hombre se sentía espiado, observado, anotado y denunciado en su delgadez por aquellas "balanzas parlantes.

¡Qué fastidio !Empezó a practicar una dieta de sobrealimentación, con copioso empleo de grasas y azúcares. Era necesario engordar, o, por lo menos, contener aquel adelgazamiento progresivo y misterioso. Porque él no sentía síntoma alguno de malestar, y en las consultas médicas no lograron, a pesar de todos los esfuerzos, encontrarle alojado en ninguna víspera del proyectil de la enfermedad.

—Ha perdido usted las carnes— le decían. — ¿No hay quien pierde otras cosas? Tenga usted paciencia y absténgase del te...

Pero lo malo era que seguía adelgazando y que las máquinas registradoras ,después de entregarle el "ticket" de su consunción, llevaban su insolencia a pedirle explicaciones:

—Pero ¿qué le pasa a usted? ¿A qué se debe eso? ¿Esta usted enfermo?

¡Terrible tener que contestar a tanta interviú diaria! Y el hombre, cada vez más delgado, recurría a procedimientos ingeniosos para despistar a esos reporteros espontáneos. Mandábase hacer trajes de color claro y de tela blanca y esponjosa, para dar una sensación de apaisada amplitud; elegía cuellos mucho más pequeños de como él los necesitaba para llevarlos apretados y que la barba, oprimida, se le desbordase sobre ellos, simulando papada. Aprovechaba en su favor todas las falacias del ilusionismo óptico y sonreía maliciosamente, pensando engañar a los conocidos con aquella magía natural. Y alguna vez ocurría así, engañaba como engañan los retratos, pues amañado y retocado de esa suerte era un retrato de sí mismo. En una ocasión divirtióse no poco con la disparidad de criterio entre un pintor y un artista del mármol. Con un intervalo de cinco minutos, el primero lo encontró más gordo y el otro más delgado, demostrando mayor experiencia de las masas. Las máquinas registradoras no son infalibles — pensó. — Pero los burgueses, los tenderos sobre todo, acostumbrados a hacer magía con el peso, no se equivocaban como los artistas y él seguía escuchando, a pesar de todo, la frase acusadora:

—¡Está usted más delgado!

Estos en todos los tonos: dulce, compasivo, hasta agriamente. Confidencialmente también. Una vez, un amigo, al cual le guardaría él siempre una conmovida gratitud, le llamó aparte para decirle como un secreto íntimo o una obscenidad:

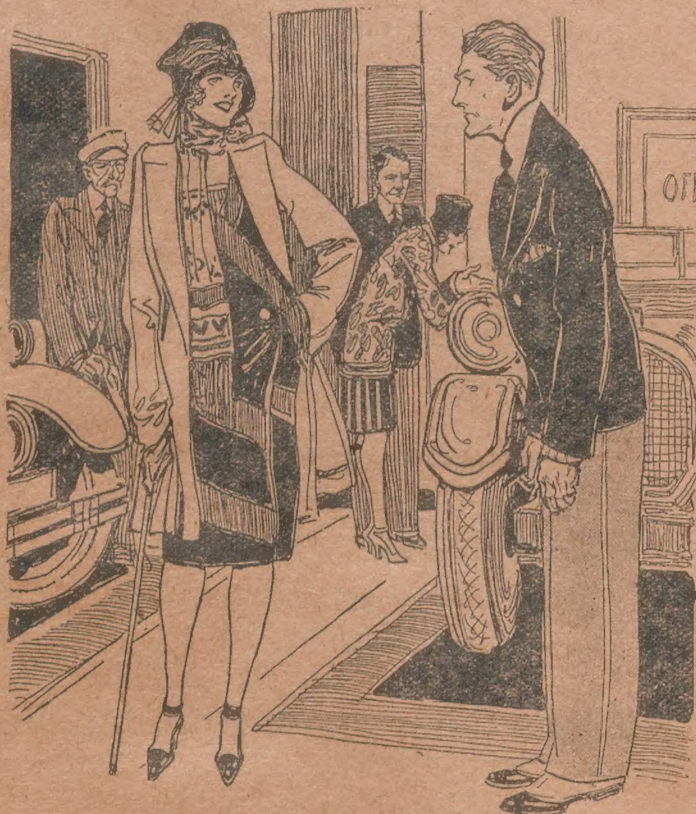
—¡Está usted más delgado!...

Hasta que al fin convencióse de que no podía engañar a nadie, salvo a los miopes y a esos espíritus escépticos que todo lo dicen en forma interrogante: "¿Está usted más delgado?"

Entonces tomó el acuerdo de huir de cuantos le conocían, de cuantos guardaban el clisé de su imagen antigua. Esquivaba el trato de los amigos y pasaba por entre la gente simulando una gran prisa, para no servir de blanco al proyectil de la notificación consabida. Saludaba de lejos, no daba lugar a que se le acercasen, lo que era facilísimo, pues su delgadez le dotaba de ingrávida ligereza. Parecía entonces cual si fuese culpable del delito de adelgazar, y andaba huído, buscando la impunidad en la lejanía y el aislamiento. Pero, a veces, miradas inquisitivas y curiosas le advertían que la Policía le observaba y le seguía la pista, como para decirle:

—Está usted muy delgado; rompe la armonía de la circulación...

¿Qué hacer? Y en el fracaso de todos sus medios ilusorios resignóse el hombre a afrontar todos los reproches y cargar con la responsabilidad plena de su delgadez. Era inevitable aquello; sentíase sujeto al poder de una marea irresistible que se le llevaba las carnes, para devolvérselas quizá a la hora del reflujo. Y desesperado, adoptó el cinismo de su delgadez, concluyendo por atribuirse la voluntad del prodigio.



—Señora... ¿Le interesa alguno de los autos?
—¡Quién sabe! ¿Cuál es el suyo?

Lejos de turbarse ya cuando le decían que adelgazaba, sonreía y exclamaba con la mayor naturalidad:

—No tiene nada de extraño, pues estoy a régimen para eso; no quiero estar gordo a mis años.

—¡Oh, sí! Pero ¿qué régimen es ese! Díganoslo usted, por favor. ¿Acaso algún te? ¿Aguas?...

El sonreía enigmático. Era un régimen de su invención, su secreto. Un secreto infalible, cuya búsqueda sólo hubiera podido bastar para que enflaqueciese. Podía haber adelgazado de tanto estudiar el medio para adelgazar. Y hecho el dueño de la situación, miraba con desdén y conmiseración a los demás que resultaban precisamente más obesos cuando se le acercaban. Cuando se divulgó la noticia de su receta mágica acosáronle todos sus conocidos, ávidos de conocer la fórmula, ya para practicarla ellos, ya para ensayarle en sus mujeres, a las que la moda imponía una sutil demacración. Y sus amigos cuarentones que exhibían su dicha doméstica en la vitrina de su abdomen le adulaban para obtener su confidencia, pero había de permitirles parecer jóvenes y solteros. Pero él se sonreía impenetrable. No quería decirlo. Pero ya veían ellos que poseía un secreto infalible. Para tentarle le decían:

—Podías hacerte rico, hombre; estás despreciando una fortuna... Y hubo uno que, dando muestras de un espíritu neoyorquino, llegó a ofrecerle el capital necesario para beneficiar el invento — a partes iguales en las ganancias. — Aquello venció finalmente la terquedad de nuestro hombre, y llegó a decir, sonriendo a una idea de pícaro genial:

—¡Será cosa de pensarlo!...

Pero cuando ya iba a decidirse a poner por obra la supercheria, una mañana los espejos empezaron a anunciarle que su delgadez terminaba. Iniciábase de nuevo la pleamar de sus carnes; saltaban los botones de sus ropas como los sellos de un Evangelio cumplido; y las máquinas registradoras rompieron a cantar a su paso:

—¡Está usted más gordo! ¡Está usted más gordo!

Alegría intempestiva, pues su demacración terminaba en el preciso instante en que iba a industrializarla y a encontrar en ella acaso la fortuna.

La hora de la muerte

Por José Romero Cuesta

Ya se había separado de todo. Cada prenda, cada objeto que se dejaba en la casa de préstamos era como un jirón de su vida mejor que quedase enganchado en las zarzas agudas que dificultaban su paso de viejo por el mundo. De aquel baúl superviviente de sus jornadas de triunfo, ya la mano, al buscar en él, tocaba el fondo.

América había desarraigado de España el gran cómico que tantos días gloriosos dió al teatro español. El *Don Alvaro* y el *Segismundo* de Antón Ferrero los juzgó insuperables la crítica, y alzaron clamores entusiastas en el público español primero, y luego en los espectadores americanos, que le agasajaron rendidos a su arte de intérprete. América le arrancó de España y le retuvo durante diez años. Tal vez llegó a cansarse ya de aplaudirle. O quizá fué la nostalgia que Antón Ferrero tocase tierra española una mañana de junio, jubilosa de cielo azul y de sol.

Las gacetillas con que le saludaron los periódicos no encubrían bastante con su tejido de elogios al actor la extrañeza que producía su llegada; que por la calle del recuerdo se dobla pronto la esquina del olvido. Pero, aun así, la noticia se difundió por España, y vivió de nuevo en su país el nombre de Ferrero, iluminado por los resplandores de la popularidad. En las tertulias y saloncillos teatrales se le recibió en un ambiente mezclado de satisfacción y sorpresa. Pero no tardó en presentársele el problema difícil del trabajo... Nadie formaba... La mayoría de los escenarios corrían sus cortinas en un período de malos negocios... Los cómicos sin contrata eran numerosísimos...

Poco a poco iba conociendo la realidad de la situación por que el teatro atravesaba. Muchos se lo decían con la misma expresión con que pudieran amenazarlo. Alguien, no queriendo desalentarle del todo, añadía:

—Sin embargo... Usted no es como los demás... Su nombre sólo ya presta excepcional prestigio a un cartel... Espere sin desanimarse...

Y esperaba. Al principio, serenamente. Inquieto después; sobre todo, a medida que iban enfriándose, casi casi haciéndose hostiles en torno a él los rostros y las manos de compañeros y amigos que diez años antes le agasajaban. Cada día transcurrido en inactividad forzosa era una llamita que se apagaba en la férvida hoguera de su espíritu que trajo Ferrero encendida en devoción filial al retorno a la tierra materna. Y era también una sombra de duda hacia sí mismo. ¿Era que diez años bastaban para aventar una cosecha de triunfos lograda en más de veinte?

A estos momentos en que hasta la propia estimación parecía entregarse en derrota, sucedían por reacción otros menos amargos, en que Ferrero tornaba a ser el primer convencido de su capacidad profesional. El intérprete del teatro romántico, que sintió vivir en él tantas veces al altivo don Pedro de *El zapatero y el rey*, quería borrar ahora del drama la escena de la profecía, para recordarse sólo temido y respetado, firme en sus sienes la corona de la dramática.

¿Quién había logrado en diez años un prestigio tan alto como el suyo o una popularidad como la que a él le ufanaba? Realmente, nadie... Y así recobraba las fuerzas indispensables para seguir aguardando el instante propicio..., que ya tardaba en llegar.

Tanto, tanto... que ya el baúl se quedó vacío. Y las necesidades apretaban tanto a Ferrero y tan agudamente como la silueta de cuchillos con que marca el contorno de su pareja el malabarista. Sólo le quedaba el reloj... Pero el reloj—aquel magnífico cronómetro de oro que causó admiración a sus amigos entre los regalos recibidos en una función de beneficio — había contado todas sus horas de triunfo y había latido junto a Ferrero como un corazón fraternal a lo largo de su vida y a través de todos los pueblos que cruzó el cómico en su carrera. Entonces mismo, cuando quería defenderse aún de la necesidad de separarse re él, el reloj, al registrar el tiempo en su esfera, seguía latiendo con una palpitación que tenía para Ferrero un hondo sentido humano. Pero aquel sacrificio tenía que ser ya inevitablemente.

Antón Ferrero llegó hasta los umbrales de la casa de préstamos, titubeó, tembló, acarició con trémulas agitaciones de su mano al camarada familiar que había señalado con sus agujas — con sus brazos — los minutos gratos y venturosos..., penetró en la tienda con paso irresoluto y torpe.

Sobre la mugrienta madera del mostrador el reloj destelló como un sol pequeño.

—¿Cuánto desea? — interrogó con falsa indiferencia el prestamista.

Ferrero no quería distanciarse mucho del reloj. Podía pedir... sesenta, setenta duros, quizá... Pero eso era perderlo...

—Curenta pesetas — respondió con voz que le temblaba.

El prestamista le miró sorprendido, desconfiado, suspicaz. Y luego reclamó:

—¿La cédula?...

Se inmutó Ferrero. Fingió buscar en sus bolsillos...

Aquello le desconcertó..., porque hasta entonces el actor había hurtado siempre su nombre a aquellas miserias: había dado un nombre cualquiera para el registro de aquellas operaciones, que denotaban una penuria de fracasado, de vencido...

—¿Trae la cédula? — volvió a preguntar el prestamista.

No había remedio. El nombre de Antón Ferrero rodaría por aquel cerro de angustias y pobreza, dejando atónito y desconcertado al usurero con su sonoridad, que estaba hecha de aclamaciones y de vítores. ¿Quién no se había rendido al arte mágico y al fulgor del comediante y de su nombre?

Ferrero dió su cédula.

El prestamista la tomó en la mano, la ojeó fugazmente y ordenó al dependiente que llenase el talón.

—Reloj de oro..., en cuarenta pesetas...

Buscó el nombre en la cédula, y con el mismo tono indiferente, casi mecánico, con que dictaba habitualmente nombres obscuros, deformados por la poca atención que les prestaba, avaro hasta en esto en sus préstamos, dictó:

—¡An .. tón... Gue...rrero!...

Ferrero vaciló sobre sus pies. Era que a sus plantas se abría un abismo de olvido, a cuyo fondo lo lanzaba el prestamista inconscientemente. No rodó su nombre, rodó él, él, en ruinas que se hacían polvo. Todavía vió el reloj. Las ocho y diez marcaban sus brazos... Aquella hora era la última de la vida de Antón Ferrero... El reloj había sido su camarada hasta el final.

DE LA LECTURA

Si deseas que la lectura deje en ti huellas profundas, limítate a algunos sabios autores y empápate en su substancia. Estar en todas partes es no estar en ninguna. Una vida pasada viajando hace conocer muchos hombres y pocos amigos.

Lo mismo sucede con los lectores impacientes que devoran un inmenso número de libros sin poner atención en ninguno.

Los alimentos no nutren la sangre y los músculos sino cuando se digieren: los alimentos del espíritu también necesitan ser digeridos.

No leáis sino libros generalmente estimados: es señal de un estómago enfermo comer de todos los manjares, los cuales, lejos de aprovecharle, sólo sirven para debilitarse más.

No es preciso leer muchos libros, sino pocos y con atención y reposadamente.

SENECA.

EL CENTENARIO DE UN AMOR

¿Fué traído a Madrid el brazo de Petraca?

Ya la Universidad de París conmemoró en su correspondiente fecha exacta el quinto centenario de un suceso singular que ha ejercido la más grande influencia en todas las literaturas... En la mañana del 6 de abril de 1327, Petrarca el poeta, que hacía sus oraciones en la iglesia que tenían en Avignon los frailes menores franciscanos, bajo la advocación de Santa Clara, alzó los ojos distraídamente del miniado libro de horas que servíale de guía en sus rezos... Su mirada quedó atónita contemplando el rostro de Laura, quien también casualmente, distraídamente, había dejado de leer en su devocionario... Encendióse entonces la llama del torturado amor, que venció a la muerte y sobrevive en los siglos... ¡Seis van transcurridos ya!

Vestía Laura aquel día remoto una túnica de seda verde salpicada de violetas bordadas. A su lado, de rodillas en un reclinatorio, estaba su esposo, el noble señor Hugo de Sade, que no ignora la devoción profana, la admiración rendida, la emoción lírica con que su mujer — cuenta veinte años apenas cumplidos — leía los versos del poeta, que eran famosos en la ciudad y corrían de mano en mano en copias manuscritas.

Era lunes de Pasión aquel día. La del poeta, que comenzara allí, no había de terminar sino con su vida. Hugo de Sade, seguro de la virtud de su mujer y aun del amor que le profesaba, abrió a Petrarca las puertas de su hogar, y no temió daño ni mengua de la mocedad del poeta — veintitrés años tenía — ni de sus exaltadas rimas ni de su fogosa y desbordada conversación, que le captaba el afecto y la admiración de los encumbrados reyes y papas, de los cardenales sesudos, de los humanistas de la Universidad, de las gentes del pueblo y singularmente de las mujeres...

No fué secreto en Avignon aquel amor ardiente, al que Laura correspondía castamente, con permiso de su esposo... Clamólo el poeta en un canto divino. El nombre de Laura corrió de boca en boca en toda Italia, en toda Francia, en toda España... Díjose de ella que amó tanto este amor, que trocólo en una religión y lo purificó hasta el heroísmo... Un biógrafo certero, Farinelli, ha señalado el hecho de que la conocemos por este esfuerzo de su virtud, no porque la amara el poeta, aunque esté en sus rimas la glorificación de la divina mujer.

Petrarca amó otras muchas mujeres, cuyos nombres no han pasado a la posteridad, aunque varias le correspondieran y saciaran con exaltada pasión. Pero su carácter era débil y su naturaleza delicada y muelle. Pasaba así, según señala Farinelli, desde los más fervorosos arrebatos de un apasionado, a los desvaneos y caídas de una sensualidad nada edificante... Y acontecerá, más tarde o más temprano, que un profesor de Psiquiatría examinará esta vida agitada, inquieta, de peregrino insaciado o de anacoreta indiferente, de humanista buscador de pergaminos y palimpsestos o de enamorado galán perseguidor de ninfas lozanas, y declarará que Petrarca fué un perfecto paranoico; un "trasto", dicho en lengua llana y corriente. Pero ella, no; Laura, enamorada y honesta, compartiendo dignamente el tálamo del noble señor Hugo de Sade y el corazón de Petrarca, esposa del marido y musa del poeta, es la imagen más perfecta del equilibrio entre la razón y el sentimiento, tan frecuente en la mujer meridional.

* * *

Conmemorada la fecha de aquel lunes de Pasión en la Sorbona parisién, la asociación, hermandad o cofradía que lleva el nombre de Amigos de Petrarca aplazó para los actuales días veraniegos evocar aquel momento en que nace el amor petrarquiano en la iglesia de los franciscanos menores... Hay en las cercanías de Avignon, en el delicioso valle de Vancluse, un recatado espacio, donde Petrarca, después de recorrer el mundo para olvidar su amor, se refugió, como en una Tebaida, y donde escribió su inmortal *Canzoniére*, lleno del recuerdo de la amada.

Nace allí el río Sorgue. *Chiare, fresque e dolci acque...*, dice el poeta. Su fuente es una misteriosa gruta de ocho a nueve metros de anchura, donde la luz y el sonido tienen cambiantes y ecos extraños; el agua misma que mana en su fondo y borbotea entre las estalacmitas y se desborda al exterior con estruendo parece poseída de un veleidoso espíritu, y crece o disminuye arbitrariamente y muestra a veces su venero exhausto... Esta gruta será en adelante un santuario para los fervorosos amadores del poeta. Ya muestra en uno de sus peñascales una lápida con esta inscripción:

AQUI PETRARCA HA CANTADO A LAURA Y DEVUELTO AL MUNDO EL TESORO DE LAS LETRAS ANTIGUAS.

Y los poetas provenzales repetirán, en su dialecto, los versos de Aubanel:

Bluio Sorgo, dins sa barco,
Amourous coume n'i'a plus,
L'as pourta dins soun trelus
Toun Petrarco...

(Azul Sorgue, en su barca,—enamorado como nadie más,—tú has conducido en su esplendor—a tu Petrarca...)

Allí cerca, entre cipreses y rocas, está aún la humilde casita en que el anacoreta "amador" vivía... la vida de claudicación y sensualidad de que habla Farinelli, a poca distancia, en la otra orilla del río, se alzaba el suntuoso castillo del cardenal Cabassole, su amigo y amparador, donde podía encontrarse blandos lechos, regalada mesa, humanistas discutidores, y donde acudían las más nobles damas de Avignon, gustosas y deseosas de escuchar los versos de Petrarca y poner un poco de bálamo misericordioso en las heridas que abriera cruel la implacable virtud de Laura...

* * *

Pero Petrarca no era provenzal, sino toscano, nacido en el mismo lugar que Mecenas, el protector de Virgilio y de Horacio, y que el regocijado Aretino. Se recluyó en sus postrimería en Arquá del Monte, cerca de Padua, y allí murió y allí se depositaron sus restos en la plaza pública, frente a la iglesia, en un severo sarcófago de mármol rojo, alzado sobre cuatro columnas y cercado de una sencilla verja de hierro. Cerca está la morada de los últimos años de su vida; como un santuario se la conserva... Allí el sillón, en que se le encontrara muerto, caída la cabeza sobre un libro abierto; allí otros muebles de más que dudosa contemporaneidad; allí —no se ría el lector, — bajo un fanal, el gato disecado, relleno de paja, que tanto amó el poeta, tanto como a Laura pospuesta en aquel verso:

El fiel, ella bella...

Los Amigos de Petrarca acudirán también en este rosario de conmemoraciones a Arquá del Monte. Y surgirá allí, una vez más, el clamoreo de indignación y de ira contra el fanático o el malvado que en tiempo de los Médicis, y acaso por su orden, logró romper la tapa de mármol rojo del sarcófago y separar del esqueleto sagrado que allí yacía el brazo derecho... Está allí la hendidura en la piedra, como testimonio del suceso. De lo que no hay prueba, ni relación veraz, ni indicio siquiera, es de que sea cierta la tradición que supone que el brazo de Petrarca fué enviado a Madrid... ¿Quién podía desear esta reliquia? ¿Nuestros poetas Boscán y Garcilaso, que adoraron a Petrarca y adaptaron al castellano de las rimas florentinas?... Y he aquí cómo el nombre de Madrid va a ser evocado en las conmemoraciones de este centenario de un minuto de enamoramiento.

Dionisio PEREZ.






"Soiree" mundana

Por G. de Pawlowsky

La publicación de mi artículo en la revista zoológica Le Gollet bastó para que se me abrieran las puertas del gran mundo. Aquella crónica, escrita sin pretensiones, que estudiaba la vida privada de los peces dorados, atrajo sobre mí la mirada del dueño de uno de los salones más inaccesibles, el ilustre Hauteville, que se dignó invitarme a la fiesta que iba a celebrarse en su casa.

Quien conozca a los Hauteville comprenderá el alto honor que se me hacía. Se trata de una familia de abolengo, perteneciente a la segunda rama de una antigua familia bretona, cuya nobleza remonta, si la memoria no me es infiel, a la reina Ana. Ella fué la que, con ocasión de un acontecimiento histórico, dió al escudo de armas tres horcas, indicando, como me explicó por sí mismo el señor Hauteville, el derecho de alta y baja justicia.

En cuanto a la casa de banca del célebre financiero, todo el mundo está conforme en París en que el señor Hauteville la dirige con tanta competencia como dignidad.

Aun comprendo mejor el valor de la invitación que me fué hecha desde que el señor Hauteville me indicó, con medias palabras y con una plácida sonrisa que sus recepciones le costaban, por término medio, diez mil francos una con otra, lo que, colocado con interés compuesto, representaría una bonita suma al cabo del año. Si esta imposición se hubiese hecho a la muerte de Jesucristo, si los calendarios no nos engañan, representaría hoy una cantidad suficiente para cubrir enteramente el territorio de Francia con billetes de 500 francos.

El señor Hauteville añade este dato curioso, que muchos de sus invitados ignoran cuando beben en su casa una copa de champaña, y es que esta simple copa viene a costar unos quince francos, por razón de los derechos que gravan en la actualidad la importación de los vinos.

Guardaré eterno y grato recuerdo de esta *soirée*. La casa daba enteramente la impresión más franca de la elegancia moderna: sobria, discreta y de buen gusto.

Cierto que el vestíbulo y la escalera, de un dorado brillante, pesaban un poco; pero otro color hubiese desentonado junto al *parquet* dorado y las libreas doradas de la servidumbre. Tal vez estuviera un poco fuera de tono la capa de oro que cubría por entero el rostro del *maitre d'hôtel*, en el cual, por grande que sea la impasibilidad de un criado, ciertos pliegues de la piel son inevitables. Al final de la *soirée*, algunos pedazos de esta capa dorada habían caído al suelo tras un súbito desprendimiento.

Era admirable el desprecio que indicaba por el dinero el dueño de la casa y la poca atención que dedicaba a sus riquezas. ¡Con qué negligencia se le veía quitar las etiquetas de los objetos recientemente adquiridos !Así descubrí, discurriendo por los salones, que un piano había sido pagado en 10.000 francos, según factura; una estatua de Sajonia, en 2.000, y un retrato de familia de tiempo de Luis XIII, en 5.000.

La dueña de la casa se había vestido, sin duda precipitadamente, y no había advertido que llevaba aun cosida a su magnífico vestido, una factura de 4.000 francos.

Pasé a la sala de fumar, donde encontré unos excelentes cigarros, sobre los cuales se hallaban sólidamente adheridas a las doradas sortijas estas palabras: "Para millonarios. Veinte francos".

Fumé uno de ellos cerca de 2.75 francos, y entré en el salón de fiestas, donde terminaba la representación teatral, cuyos primeros números no habían tenido ningún éxito. Una joven bastante fea, pero de excelente dote, recitaba *El sueño de Atalia*.

Los invitados escuchaban con atención sostenida. Me separé de este conmovedor espectáculo, y fuí a dar una vuelta por los salones.

Después de algunos bailes sin importancia vino el cotillón, que me interesó bastante.

Cada joven en edad de casarse llevaba bordada sobre su vestido la cifra de su dote.

Los parientes que las acompañaban exhibían discretamente un pequeño número bordado en negro, que indicaba las esperanzas. Los jóvenes casaderos tenía otro tanto sobre su traje

Esta ingeniosa innovación, permitía a las parejas que se formasen según sus conveniencias, sin pérdida inútil de tiempo.

Para no hacer un mal papel, saqué de mi bolsillo un billete del ómnibus y me lo coloqué en el frac.

Mi número marcaba el 995, y tuve la honradez de no añadir ninguna cifra que elevase un poco la cantidad.

Este acto irreflexivo fué erróneamente interpretado por una encantadora señorita, que acercándose a mí, me dijo que sería muy dichosa concediendo un baile a ún caballero que poseía 995 acciones de la Compañía de Omnibus.

Mientras se organizaban las figuras del cotillón conversamos animadamente. Fué un diálogo delicioso. Ella me confió sus sueños de jovencita sobre las cotizaciones de Bolsa y sus preferencias por el Amortizable 45,25, y se emocionó mucho cuando hice alusión a los ferrocarriles 100, serie B.

Me separé de ella radiante de felicidad, y fuí a despedirme del dueño de la casa.

—Espero — me dijo, estrechándome la mano — que volverá usted a nuestras reuniones. Bien sé que cada invitado me cuesta, por término medio, unos 45 francos; pero bien vale todo esto el recibir al gran mundo en mis salones, y también a la aristocracia de las Letras.

ANHELO

Madre, qué no daría
por dejar la ciudad,
ser labrador y al campo
todas mis fuerzas dar,
abrir surcos profundos
sobre su inmensa faz;
madre, qué no daría
por dejar la ciudad.

La tierra que es de todos
al hombre que le da
su energía, le ofrece
en cada grano un pan!
Qué anhelo de ser libre
como el viento y el mar,
como la golondrina
que a otras comarcas va!...
¡Oh! ¡cuánto yo ambiciono
dejar esta ciudad!
Distante del bullicio,
también ha de brotar
mi canción, parte integra
de mi vida fugaz,
y ha de serme propicia
la bella soledad!
Me sentiré más bueno,
y tendrá mi rosal
interior, muchas rosas
de interminable paz!

¡Madre, cuánto deseo
lo que no ha de llegar!
Tan breve es la existencia
el amor tan fugaz,
que en un día cualquiera
se calmará mi afán,
y la lámpara oculta
de mi alma, se irá
lentamente, apagando
por una eternidad!

Félix B. Visillac.

Animales que cambian de sexo

Entre los problemas relativos a la sexualidad, uno de los más desconcertantes es el del cambio periódico, regular, normal, de sexo; el animal, en determinado momento, de macho se torna en hembra, y viceversa, de hembra, macho. Las especies que presentan esta particularidad son raras; el caso de las ostras es uno de los más curiosos. El cambio de sexo se opera en ellas muy rápidamente, sin ningún período de transición. Hace dos años un sabio inglés demostró que así que una ostra hembra pone sus huevos, comienza a elaborar células reproductivas del sexo opuesto.

Recientemente el mismo sabio ha hecho conocer una serie de hechos sobre este fenómeno. Sus experiencias consisten en perforar la concha de la ostra, examinando con el microscopio el estado de las glándulas reproductivas, y una vez identificado el sexo, coloca al animalito en una jaula sumergida en el mar, de donde la saca de tiempo en tiempo para nuevo examen.

Algunas ostras cambian de sexo hasta cuatro veces al año .

La causa de esta transformación que generalmente se verifica en el invierno, no se sabe todavía.

ELLA Y SU ALMA

Por Antonio Guardiola

¿Por qué me fijé en ella?... Yo, el escéptico, el desengañado del amor y de todas las mujeres, y que acababa de llegar a aquella gran urbe, desde otro inmenso hormiguero humano, huyendo precisamente de una mala pasión y de una mala mujer... me fijé en ella. Bajo el cielo, de un azul profundo de la mañana primaveral, pasó por mi lado con su traje vaporoso, que la hacía semejante a una gran flor recién abierta. Y lo sentí, ¡os lo juro!, ese golpetazo en el pecho que avisa las grandes pasiones... y mis labios sonrieron de un modo nuevo, casi impercebtible..., y otra vez hubo luz en mi pecho y en mi frente, como si nunca en mi vida hubiera amado a mujer alguna.

Hablamos. ¿Por qué se prendió tan pronto en su alma mi corazón atormentado?... No lo sé. Yo acababa de sufrir el suplicio de la pasión más grande y dolorosa de mi vida..., y sólo ansiaba olvidar y recobrar la calma de mi espíritu bueno. Había sido horrible. Veréis. A los 30 años me enamoré como nunca me había enamorado. Me enamoré con todas las fuerzas de mi alma apasionada, con todas las ternuras de un corazón dulce y cándido que yo he tenido siempre y que hasta entonces había reservado. Y lo entregué entero a aquella mujer, y le entregué cuanto era: mi alma, mi pensamiento, mis ideales, mis esperanzas, mis secretos, mis recuerdos más santos y queridos de mi vida... ¡todo, todo!... Y un día, por un azar, cuando ya íbamos a casarnos, supe que me engañaba... Y me engañaba de un modo inícuo, de un modo innoble, con método, *casi científicamente*: tenía un amante. Me lo dijeron en un anónimo... y lo vieron mis ojos...

Creí morir de dolor. Como el héroe de Maupassant, crispé muchas veces mis manos en mi casa o en un rincón obscuro de las calles, con ademán de ahogar o de estrangular... Pero no la maté. Un asco invencible habíase levantado de lo más hondo de mi pecho y de lo mejor de mí mismo... y huí, lejos, a otra gran ciudad, en busca del olvido y de la soledad purificadora...

Pero me llevaba en el alma un odio profundo, el dolor de los traicionados, el dolor espantoso de los escarnecidos... Y yo también, como el *Germán* de EL MAL QUE NOS HACEN, sentía deseos de hacer mal, mucho mal, y de saber de lo que era capaz...

Así fué como yo conocí a María. Mas, ¡ay!... ¿Qué diferencia separa unas almas de otras?... Apenas hablé con ella por primera vez, ya me sentía invadido por extraña dulzura. Así como hay mujeres que desequilibran, que excitan, que siembran con el amor la inquietud y el desasosiego, hay otras que parecen emanar consuelo y paz. Y María era de estas últimas. Junto a ella se derrumbaban poco a poco, de un modo insensible, mis odios, mis rencores... Otra vez me volvía a sentir bueno, y por eso sentíame feliz y dichoso. Encontraba al pan el viejo sabor de antaño, y al sol la caricia perdida..., y el viejo palacio de mis oídos se iba derrumbando junto a aquella mujer, sordamente, silenciosamente, del mismo modo que caen los edificios en una pesadilla o en una película cinematográfica... y sobre sus escombros, otro palacio blanco, todo de marfil, iba surgiendo: era que amaba a una mujer buena.

Era una tarde espléndida. Yo esperaba a María en una estación de la gran ciudad. Al fin llegó. ¡Qué linda era!... Llegaba con un traje claro, que parecía acariciar sus formas suaves. ¿No lo habéis observado?... La inmensa mayoría de las mujeres buenas, son bellas y armoniosas, y diríase que de sus líneas se desprende algo así como un irresistible encanto maternal... María era así: toda armoniosa y suave, y dulce, y tranquila; hablaba de un modo lento y reposado; andaba a menudos pasos..., todos sus movimientos eran reposados, majestuosos, con una feminidad de niña grande... y de niña grande también eran sus pensamientos, siempre puros y castos y limpios como el agua de una fuente serena, y sus sentimientos, tiernos y dulces, que a mí me recordaban los sentimientos de mi madre santa, y al mirar claro de sus ojos de ámbar que reflejaban, en las miradas hondas y pensativas, toda la maravilla del jardín encantado de su interior. Porque tenía aquella mujer, un jardín en el pecho..., un tesoro de belleza y de ternura en el corazón, que había ido despertando las bellezas y las ternuras de mi alma apasionada... Ya la quería mucho, mucho. Y la quería de un modo tan suave, y tan hondo a la vez y tan fuerte, que, muchas veces, mirándola u oyéndola, yo me decía en silencio: "¡Es lo mismo, es igual, exactamente lo mismo que mi madre!"...

Y... ¡qué torpes somos, qué estúpidos, qué llenos estamos todos de lamentables contradicciones!... Yo perdí para siempre a aquella mujer santa por dejarme llevar de un momento de torpe deseo... Fué aquella tarde encantadora de marzo. Habíamos ido a nuestro encinar favorito, y luego de recorrer un camino guijarroso y solitario, nos sentamos sobre unas piedras, al sol. Y ella hablaba con su voz suave, envolviéndome en su mirada de ámbar. Todo lo que decía ella era noble y bueno, y como impregnado de santidad...: "¡Te quiero como a un hermano! ¡Y tanto y tanto, que yo creo que me podría pasar la vida entera a tus pies, mirándote y oyéndote, sin pedir nada más!..."

¿Cómo fué?... ¿Fueron aquellas palabras?... ¿Fué la hermosura de su rostro, transfigurado en aquel instante de éxtasis..., la belleza de sus ojos de caramelo o la belleza azul, toda azul, de su espíritu, lo que en aquel momento me enloqueció?... ¡No sé!... Lo cierto es que mi boca se unió a la suya con furor, y le arrebaté el beso más hondo de mi vida... Ella me devolvió el beso con la misma pasión..., nuestras manos y nuestros ojos se besaron también locamente..., pero, en seguida, María se irguió deshaciendo el abrazo.

Se había ofendido. Y más que ofendido, se había extrañado inmensamente. Me lo decían sus ojos, que me miraban de un modo nuevo, como si no me reconocieran... Y quiso que volviéramos inmediatamente a la ciudad.

—¡Ya no me verás más, Luis! — me dijo al separarnos.

—¿Cómo? — pregunté yo, con el alma desgarrada. — ¿No verte más?... ¿Por qué?...

Me costó un trabajo improbo arrancarle otra cita. Habían pasado quince días, que fueron para mí una larga tortura. Porque yo comprendía que perdí el amor excelso de aquella mujer incomparable por la torpeza de un segundo loco. ¿Por qué había hecho aquello?... ¡Cómo me censuraba y me arrepentía!... ¡Pero ya era tarde!...

Sí, salió otra tarde conmigo. La última. Ella iba también muy triste, y sus hermosos ojos me decían, en largas miradas, toda su amargura y su desencanto y su desengaño infinito... Quiso que fuéramos al mismo paseo, al mismo sitio que quince días antes, y fuimos. Y allí..., ¡oh, allí!...

Se irguió como se deben erguir las almas de los muertos en los cementerior solitarios, en las noches blancas de luna..., y cogiéndome las manos con sus manos de palma blanca, me dijo esto, mirándome a los ojos:

—¡Oyeme bien, Luis! He venido aquí para que nos despidamos para siempre. Te quiero demasiado para resistir... Ya ves si te soy franca: otro beso tuyo como el del otro día, otro beso mío... y mancharíamos este amor, que ha sido y será lo más alto de mi ivda... ¡Y no quiero! ¡Sábelo bien, no quiero! ¡Separémonos! Yo sé que tu querrás también que sea así. ¡Y ahora, ven, abre tus brazos como yo abro los míos, y bésame y estréchame en ellos como yo a ti, como si fuéramos hermanos!...



—¿No me dijo que aquí había un buen camino para automóviles?

—Sí; pero aun no ha llegado a él.

A LA ANTIGUA USAURA

A...

Dígote, bardo, a nome de la gaya cordura
—e mi acento non sabe de carocas banales —
que fuérades do fuérades, fás ánima e fegura
d'uno d'aquellos rancios líricos provenzales.

Home de pro, en tu espíritu guardas la savia pura
que por eluminalle vérten los tus ideales
e xoven caballero d'arrogante apostura
remozas el orgullo de las cifras ducales.

Ante lides d'ingenio non te fáces empacho;
quiebras los corazones ansí, bizarramente,
mesmo que quiebras l'ala del tu chambergo gacho;

tal que se te adevina por semblanza concreta,
diestra de sembrador, corazón de valiente,
temple de fixodalgo e ánima de poeta.

Miguel de ARZUBIAGA.

¡Oh, qué beso aquél, qué abrazo aquél... Apenas mis labios rozaron su frente... apenas se cerraron mis brazos sobre su cuerpo querido... cuando los dos nos separamos, llorando en silencio... Y ya no insistí más.

—¡Tienes razón! — había dicho yo solamente.

Y emprendimos lentamente el regreso a la ciudad.

Cuando ya íbamos a separarnos, ella me dijo, estrechando mi mano:

—¡Gracias, Luis! Eres como yo te había soñado.

Mirándola y sintiéndola caminar a mi lado, yo sentía lo que nunca he sentido. Dios había descendido a mi pecho, y había claridad radiante en mi jardín secreto. Pensaba que si aquella mujer hubiera sido mía, habría tenido un cuerpo más de los tantos que habían vibrado entre mis brazos, así, en cambio, me llevaba la flor de su alma, su alma entera, lo más hermoso de su vida y de su espíritu..., lo que nunca muere... y mi recuerdo sería, también, en su alma, imperecedero.

Y cuando, una hora después, nos separamos en una calle concurrida de la gran ciudad, yo la vi perderse entre el gentío, fantasma blanco del amor más hermoso de mi vida.

Y pensé que nos habíamos salvado, porque estábamos puros..., porque no manchamos nuestro amor...

¡Yo sabía que me llevaba, dentro de mi pecho y de mi vida... a ella y a su alma!...

La visión sin los ojos

Hace poco se difundió en París la noticia de que un investigador acababa de hacer un descubrimiento fisiológico de una originalidad sorprendente. Decíase que había logrado demostrar que el sentido de la visión no está localizado en el hombre exclusivamente en los ojos, y que nuestra epidermis es capaz de darnos una percepción bastante neta del mundo exterior.

Simplificando las cosas, el público se creía autorizado a expresar esta conclusión mágica: se puede ver sin los ojos; se puede leer con la piel.

A pesar de su aspecto esquemático, poco científico, esa fórmula resume bastante bien el alcance del descubrimiento hecho por el señor Luis Faringoule, profesor universitario.

El señor Faringoule afirma que existe una "visión extrarretiniana" y que estamos dotados, sin saberlo, del "sentido paróptico".

Y da la explicación técnica siguiente: el tegumento que recubre nuestro cuerpo contiene una serie de órganos microscópicos llamados "ocelos". Fisiológicamente, el ocelo es un ojo pequeño, rudimentario, pero completo. Comprende: Primero, un cuerpo refrigerante, constituído por la célula ovalada. Segundo, una retina ocela, constituída por la expansión en forma de menisco. Tercero, una fibra óptica constituída por la fibra nerviosa que sostiene la expansión.

Según el autor del descubrimiento, la función ocular sería, esquemáticamente, la siguiente:

"Los rayos luminosos, luego de atravesar las capas superiores de la epidermis, cuya transparencia es suficiente, hieren el cuerpo refringente, sufren en él refracciones sucesivas y van a formar en la retina ocular una imagen más o menos borrosa". La percepción paróptica utilizaría, pues, un mecanismo muy semejante al de la visión retiniana.

Los ciegos poseen también ese "sentido de los obstáculos" que les advierte de la proximidad de una pared, de un árbol o de un transeunte.

Esa percepción podría resultar de una aptitud de la epidermis para apreciar una especie de electricidad variable, para avaluar los grados de resistencia de la capa de aire que separan al ciego del cuerpo sólido a que se acerca.

Pero el señor Faringoule, al experimentar el sentido de los obstáculos de los ciegos, advirtió pronto que la definición clásica de la vista, que dice que es un "tacto a distancia", resultaba de una exactitud inesperada. Acercando rápidamente a la mano de un ciego un objeto puntiagudo, provocó un movimiento reflejo de defensa.

El señor Faringoule efectuó experimentos con personas dotadas de vista normal, a las cuales cubría herméticamente los ojos. Deseaba demostrar que la función paróptica no se desarrollaba sólo en los ciegos. Ese sentido, en su opinión, pertenece a todos los seres y es una facultad latente que se trata de despertar y desarrollar.

Al poco tiempo, después de entregarse a un esfuerzo de atención bastante fatigoso, los sujetos en experimento lograron leer caracteres de imprenta.

Para evitar toda posibilidad de fraude, el experimentador coloca las letras o los números que somete a la "lectura epidérmica", en un cajoncito iluminado interiormente y abierto por un solo lado, y esta única abertura es la que se pone sobre la nuca, o con la parte de epidermis elegida.

Estos resultados han sido fiscalizados por miembros del Instituto de Francia, oculistas, radiólogos, filósofos y críticos de diversas materias, los cuales han firmado un acta que no deja dudas en cuanto a los fenómenos que dejamos narrados.

POLEN

(Del libro de este título, próximo a aparecer).

ESPECIAL PARA FRAY MOCHO

Tuve los dedos ávidos de polen ardoroso...
sobre cien flores los pasé.
Diez abejas: mis dedos... Un instante...
y el jardín perfumado abandoné.

Después, en la vitrina donde el sabio
guardó una planta bella sin amor,
introduje las manos a escondidas...
y abatí los diez dedos en la flor!

...Desfallecí sintiendo que mis manos
sostenían a Dios!...

INSACIABLE

Rara es la vez que al entregarme al sueño
en las noches del éxtasis divino,
no tenga que exclamar, en paz con todos
y con mi vida en paz:—¡ Gracias, Destino!
Por la sorpresa que tu gesto pródigo
causó a mi alma temerosa y sola,
por mi visión de infinidad de mundos,
por el martirio de mis noches rojas,
por el dolor de amar, por el tremendo
desasosiego de mi vida toda,
¡ gracias, Destino, formidable hermano:
mi sed eterna vaciará tu copa!

CONFESION

—¿Por qué me quieres, por qué?...—
me preguntas con empeño;
hoy, mi rey, en voz muy baja,
te respondo con un verso...

No fué tu rostro bizarro
ni tu mirada de ensueño,
ni tu boca que es el alma
de los líricos momentos,
ni tu amor cálido y fuerte
ni tu extático silencio
si anudando las miradas
anudamos pensamientos,
lo que entrando hasta mi alma
me dejó el raro veneno
que me mata si no vienes
y me embruja si te veo...

Fué una sombra de tristeza
que la mano del misterio
puso, queda, en tu alba frente
— cofre santo de mis sueños...—

UN DIA...

Te tomaré las manos y te diré — "¡ Marchemos!
Estoy pronta a seguir!...
Por los anchos abismos, por las altas montañas
vagaremos sin brújula ni fin..."

Repetiré: — "¡ Marchemos!" con la voz ronca y trágica
de quien lleva en el alma una atroz ansiedad...
Te erguirás en ti mismo... y seré en tu destino
como una gran tormenta que explotara en el mar!

ALICIA PORRO FREIRE

VAGUEDADES

No hay muerte. No queda más que la vida. Pero si la vida es una transformación armoniosa que conserva entre los innumerables y pasajeros elementos corpóreos la unidad anterior — lecho del río, bajo las aguas siempre fugitivas — la muerte es una transformación desordenada, un Waterloo donde se dispersan y agrupan los infinitesimales soldados del ejército organismo. No muere nuestra carne, sino el plan director de la campaña fracasada.

Mas, pongamos evidenciando matemáticamente en nuestra razón y palpado en nuestros laboratorios que nos aguarda la muerte completa, la nada irremediable, "el infinito negro donde nuestra voz no alcanza". Supongamos necesaria la muerte definitiva de los individuos y hasta de las especies. Entonces se nos habrá revelado una de las más profundas intenciones del destino. La muerte nos ligará íntimamente a la verdad de las cosas, y por ella tocaremos las entrañas de la realidad.

Comprenderemos que no somos sino el vehículo de las formas, y que la inmortalidad pesa todavía demasiado a nuestros hombros flacos. Aceptaremos prolongar nuestra raza y nuestro pensamiento, sacrificando nuestra individualidad inútil.

Aceptaremos la muerte, no despiadada al separarnos pronto de los buenos, sí piadosa al barrer a los débiles, a los abortados y a los viciosos. Amaremos la muerte, gran amiga de los héroes y de los mártires, fondo tenebroso sobre quien se destaca estremecido el cuadro centelleante de la vida. Sentiremos que debemos morir porque aun no somos perfectos y porque es indispensable nuestra sangre y nuevos ensayos. Sentiremos que somos nobles tentativas en manos de la naturaleza, la cual en su afán sublime de conseguirla más hermosa, funde y vuelve a fundir infatigablemente el bronce de la estatua.

Rafael BARRET.

La vuelta a la realidad

Por Antonio Portnoy

Era domingo.

En el andén de la pequeña estación provinciana se apiñaba compacta muchedumbre campesina, vestida con pintorescos atavíos de fiesta.

Las mujeres, con la mantilla de estameña basta, las medias calzas en vistosa variedad de tonos y las arracadas, en que se reflejaban con metálicos destellos los rayos del sol, iban llegando a pie o en rústicas tartanas.

Mozas rollizas, de abultadas carnes y sonrasada piel, mocetones fornidos, de curtida tez, viejas del pueblo, de rostro apergaminado y manos escuálidas, esperaban la entrada del tren matutino para despedir a los parientes y amigos.

Por el paso inferior de un puente apareció por fin una negruzca masa de hierro con trepidación jadeante, lanzando espesas nubes de vapor por la chimenea. Crujieron los frenos de aire comprimido, resonó más fuerte el "chij-chij" de la válvula de escape y la locomotora se detuvo frente a la boca de agua, mientras resoplaba como un monstruo y se hacía oir el agudísimo silbato bajo la tensión de la palanca.

En un extremo del andén hallábase un joven de apuesto continente, cuyo traje, de impecable corte, formaba vivo contraste con la tosca indumentaria de aquella palurda gente de campo.

El joven conversaba con dos personas de aspecto bastante humilde y con una muchacha de mejillas muy tersas y aterciopeladas, de naricilla algo respingada, ojos rientes y boca de fresa, que parecía en extremo graciosilla y pizpireta por sus mohines y su modo de hablar.

Alberto Fuentes — que así se llamaba el mozo — había terminado, felizmente, sus estudios comerciales, y después de pasar las vacaciones con sus padres y aquella chica — Amalia, su novia — en el añorado pueblo natal, partía nuevamente para Buenos Aires, la urbe tentacular de sus ensueños y desvaríos, en busca de algún rendidor empleo que le permitiese consolidar su bienestar económico.

La enorme máquina de acero parecía impaciente por arrancar.

Hubo abrazos, besos, palabras de aliento, pañuelos que se agitaban, ojos de párpados temblorosos y húmedos... y el tren se puso en marcha, dejando en cada corazón una sensación indefinible de ansiedad y esperanza.

* * *

Alberto está ya en Buenos Aires. Ha alquilado una modesta habitahabitación en una casa de la calle Corrientes. Sus días se deslizan en fluencia mansa, sosegada. Y, gracias a la recomendación de un amigo de estudios, Pepe Conde — muchacho de gran viveza y bastante trastienda, — ha conseguido un empleo no desdeñable en una importante firma comercial.

—Oye, Alberto — le dijo un día su amigo Pepe — hoy dan una recepción los de Gutiérrez y no te excusarás de acompañarme. Verás: te presentaré a un encantador núcleo de niñas, a cual más simpática... No vayas a dasairarme. Creo, por otra parte, que no te pesará el sacudir un poco el "*toedium vitae*" con que nos apolillamos en la oficina.

Alberto no tuvo otro recurso que conformarse y acompañar a su amigo al baile. Cuando llegó a la residencia de los Gutiérrez quedó agradablemente impresionado por la distinción de los concurrentes y la suntuosidad de la gran sala, que estaba hecha un ascua de luces.

Le tocó por pareja una señorita francesa, que lucía unas manos marfileñas, de uñas muy rosadas y puntiagudas, arrastraba deliciosamente la "r" y tenía un nombre tanto o más bonito que ella misma: Lulú Pompón. En la charla insulsa que se entabló entre ambos, Lulú le confesó mil cosas, entre otras, que había sido dama joven en el teatro "Porte de Saint Martin, de *Paagi*" (pronunciación suya) y que su golosina preferida eran los bombones Suchard y los terroncitos de azúcar mojados en champagne.

A los pocos minutos de conversación, la ex - actriz, que era de ademanes bastante desenvueltos, daba a su compañero el tratamiento de "mon cher", en un tono de familiaridad sorprendente, y hasta le pidió que le concediera una cita en el Pabellón de los Lagos, a lo que Alberto no pudo menos que acceder.

En las primeras horas de la madrugada se despidió de la gentil extranjera, que, desde el asiento de su lujoso "landaulet", le gritó: "Adieu, monsieur Albert. Ne manquerez - vous au rendez vous?"

—En mi vida me he encontrado con una señorita tan desenfadada — murmuró el joven, — mientras emprendía el camino de su domicilio.

Sin embargo el recuerdo de la Pompón llegó a obsesionarle.

No sólo acudió a la primera cita, sino también a muchas otras ..., a las que concurría su amiga con puntualidad ejemplar.

Nunca imaginó que la naturaleza viril fuese tan débil y vulnerable ante las seductoras flechas de las gracias femeniles.

Aquellos días significaron una grata variante en medio de la monotonía de su vida.

Pero al mismo tiempo se percató con desagrado de que había perdido su habitual apego al trabajo. Las horas de oficina le parecían nostálgicas e interminables. A ca-

da momento consultaba el reloj con una sensación de angustia. Sus compañeros de tareas notaban su atolondramiento y él mismo sentía en ocasiones ganas de abofetearse cuando contemplaba sus indisculpables desbarros cometidos en los libros de caja.

Varias veces llegó tarde a sus ocupaciones y hasta tuvo que soportar un día una humillante reprensión del sub - gerente.

Aquello no podía continuar así. Alberto lo sabía.

Pero le faltó la fortaleza de ánimo para renunciar a sus entrevistas y paseos con Lulú, los que no sólo le convirtieron en un empedernido noctámbulo, sino que empezaron, además, a mermarle el modesto sueldo y los escasos ahorros...

Y un día acaeció lo inevitable.

Al llegar tarde a la oficina, cierta mañana de mayo, fué llamado a la gerencia, donde recibió una notificación terminante. Estaba despedido..

El joven salió apresuradamente, deseoso de esquivar la mirada de Pepe Conde, que en aquel momento martillaba el teclado de una Remington.

Cabizbajo y pálido se encaminó a su casa y al subir la escalera oyó que le llamaba una desagradable voz femenina de contralto. Era la casera, que venía a importunarle con el pago del alquiler. ¡Oh, la eterna prosa de la vida!

Recordó que la caja en que guardaba sus economías se hallaba exhausta o poco menos, y comenzó a presentarle una serie de escusas y promesas.

De pronto llegó a sus oídos una voz muy conocida, que venía del rellano de la escalera. Era Lulú, que había escuchado el diálogo trivial y preguntó a la casera.

—¿Cuánto le debe?

Al saber la cantidad, extrajo una suma equivalente de su cartera, no obstante las vivas protestas de Alberto, y tendiéndosela a la mujer con supremo gesto de desdén:

—Aquí tiene su dinero, señorra. — dijo.

Claro está que tal acción le causó poquísima gracia al joven, dado que era una limosna denigrante, aunque disimulada.

Como no deseaba recibir a la Pompón en su habitación desordenada, la invitó a dar un paseo por la Plaza de Mayo, en uno de cuyos bancos se sentaron a conversar.

Alberto refirió lo crítico de su situación. Ella le escuchó sonriente y exclamó:

—Permítame que le dé un consejo de mujer experta.

—Tendré sumo gusto en oirlo.

—Pues bien, querido amigo, ahora le queda a Ud. aceptar una solución amistosa y a la vez heróica...

—Confieso que no veo la idea peregrina. ¿Cuál es?

—"¡Parbleu!"... La de casarse con una señorita rica que le saque de apuros.

—¡Ya! Eso sí que me parece indigno de un joven honrado.

—Pues crea que no lo es tanto, y el caso es harto frecuente.

—Y además, a mí no me parece tan fácil hallar una mujer que se deje engañar así como así.

—¡Oh! De eso no se preocupe. Es mucho más sencillo de lo que usted supone.

—¿Será, acaso, porque usted conoce a alguien de tales condiciones?

—¡Vaya si conozco! ¡Y usted también!

—¿Sí? ¿Quién es?

Lulú se inclinó un poco hacia Alberto y contestó con la mayor naturalidad del mundo:

—Yo, por ejemplo.

—¿Usted? — exclamó el joven, como si se hubiera despertado de un letargo.

Después de todo, aquella proposición audaz, formulada casi a quemarropa, halagaba profundamente su instinto donjuanístico.

Era una victoria obtenida sin lucha, sin el menor esfuerzo de su parte.

Alberto permaneció callado un lorgo rato. Su silencio era muy significativo.

Ella clavó en él, sin pestañear sus negras pupilas magnéticas, como si tratara de sondear lo más recóndito de su alma. Después, satisfecha de su examen, convencida de que la invisible saeta había dado en el blanco, la fascinadora sirena volvió a mostrar en su rostro la placidez que le era habitual.

En los días siguientes continuaron viéndose con más frecuencia.

La seductora mujer empezó a esgrimir todas las certeras armas de sus hechizos, en el cual arte se revelaba maestra consumada.

Alberto había olvidado a sus padres, a su novia, a sus amigos. Lulú ocupaba ahora, por entero, todos los vericuetos y repliegues de su corazón.

Y llegó por fin el día en que la aventurera logró arrancar al joven la anhelada palabra de casamiento. Alberto, incapaz de sobreponerse al impulso de atracción irresistible, convino en fijar la fecha del enlace.

Ella resolvió correr con todos los gastos de la boda. Algo sencillamente vergonzozo...

—Es una atrocidad — decíase a sí mismo, al reprocharse su conducta — pero también la tentación es demasiado fuerte.

El tiempo fluía sin contrastes, sosegado y sereno, como el discurrir de un límpido arroyuelo.

El día anterior a la boda recibió Alberto una visita que, por cierto, estaba muy lejos de entrar en sus planes. Hallábase ocupado en poner un poco de orden ne el sobrio moblaje de su habitación, cuando oyó unos discretos golpecitos en la puerta. Al abrirla, no pudo contener un grito de sorpresa.

—¡Papá!... ¡Amalia!...

Sí; allí estaba el autor de sus días, encorvado y algo envejecido, y Amalia, bella y lozana, como siempre, con los ojos húmedos de alegría.

Después de los primeros abrazos y las cálidas efusiones del momento, supo que ambos, alarmados de no tener noticias suyas, habían decidido realizar el viaje a la capital, a fin de indagar lo que podía haberle ocurrido.

Como no conocían sus señas particulares, se informaron antes en la oficina. De modo que sabían que ya no trabajaba...

Alberto sintió de pronto como si un sordo clamor se elevara desde el fondo de su conciencia, al mismo tiempo que un sutil estilete aceraba su atormentado espíritu.

Aquella visita inesperada, la presencia de esos dos seres queridos, le hizo volver a la realidad. ¡Cuán culpable y necio había sido al olvidarlos! El, un muchacho lleno de bríos juveniles, de carácter recto y espíritu optimista, ¡se había lanzado a la pesca de una dote, seducido, deslumbrado por las momentánea atracción de una aventura... y de una aventurera! ¡Ciego, iluso!, ¿qué ruin móvil había alentado sus esperanzas? ¡No! ¡Era necesario ser hombre y hacer frente a los embates adversos de la vida! ¡Trabajar honradamente y elevarse por la escala de los méritos propios, sin claudicar ni humillarse ante nadie! Tal debía ser su norma y su divisa.

... ...

Al día siguiente, mientras Lulú, radiante de satisfacción, preparaba su ajuar de novia, la mucama le entregó una breve misiva, cuya lectura la dejó estupefacta, anonadada.

Decía la lacónica esquela:

"Gracias a Dios, he comprendido a tiempo el incalificable paso que estaba dispuesto a dar. Nuestro matrimonio, Lulú, es imposible. No me reproches nada. No debemos guardarnos rencor recíproco. Es inútil que trates de disuadirme. Mi decisión es irrevocable".

Alberto.

La francesa dejó escapar un grito de fiera herida. Su rostro se contrajo en una mueca siniestra.

Sin perder un instante, tomó un "taxi" y se hizo conducir al domicilio de Alberto. Subió las escaleras con una rapidez increíble, pero no tuvo siquiera necesidad de llamar a la puerta.

La estancia estaba vacía, desalquilada...

—¡El miserable se ha burlado de mí! — rugió entre dientes, en el paroxismo de la ira, lanzando destellos por los ojos.

* * *

Alberto trabaja ahora en otra casa, donde observa una corrección que deja más que satisfechos a sus superiores.

Y la vida le sonríe al lado de sus padres y de Amalia — convertida en su esposa — a la que, según lo comprende él mismo, nunca dejó de amar...

LOS ENIGMAS

¿Por qué te inquietas y preocupas de los enigmas del Universo, si pronto vas a morir y te dará la muerte contestación a todos ellos?

¿Cuántos años te separan aún del fin?

¿Diez, veinte, medio siglo? Qué corto es de todas suertes, el plazo.

Día a día marchas hacia el inmenso misterio, que, como gran estatua negra, te aguarda inmóvil al final del camino, con los brazos cruzados y los grandes ojos llameantes de respuestas.

¿Por qué, pues, tanta impaciencia?

Deja a tus dilemas dormir, con sus aceradas tenazas, que rematan en puntas crueles.

Te dices: "Tiene que ser esto o tiene que ser aquello; pero esto es absurdo, y aquello... también".

Deja a tus dilemas dormir, como tenazas de alacranes ponzoñosos.

El, que todo lo sabe, está, con los enormes brazos cruzados, en medio de cada dilema.

Entre el Sí y el No, están sus inmensas pupilas radiantes.

Se alza como un coloso antiguo en los límites de la Noche y el Día.

Cada hora volandera, en sus brazos impalpables, te lleva hacia El.

Y cuando llegues a lo que aquellos que te sobrevivan llamarán el "Silencio absoluto", su gran boca se abrirá para decir cosas definitivas.

Quién sabe si entonces verás que esa gran boca (¡oh, dulce milagro!...) sonríe.

Amado NERVO.

DEL VIEJO MONTEVIDEO

INDIRECTAS "A LO TARDAGUILA"

Por Rómulo F. Rossi

Cuando una persona espeta a otra una andanada de palabras sin eufemismo, es corriente decir "Fulano dijo a Mengano, una indirecta a lo Tardáguila".

Tal dicho es muy nuestro, muy montevideano; y su data se remonta a la época en que la Plaza Cagancha era más conocida por de "Carretas", porque hasta ella llegaban y allí acampaban tales vehículos y los carros de mercachifles, — únicos medios que servían como intermediarios comerciales y sociales entre la gente de la capital y del interior del país.

Por entonces estaba establecido con negocio de tienda en modesta finca de la Plaza, — a la sazón andurriales de la ciudad y por ende con edificación bastante diseminada, — un señor de apellido Tardáguila, quien, por lo que podrá ver el lector era hombre de llamar, al pan, "pan" y al vino, "vino".

Cierto día se le ocurrió a unos titireteros efectuar por allí una "tournée" artística al aire libre, levantando el tinglado frente mismo, — precisamente — a la tienda del amigo Tardáguila. Y tan positivos prestigios y lauros llegó a conquistar la troupe de fantoches, cuyas pretensiones no eran otras que las de hacerse admirar y ganarse unos reales, — que la fama, saliendo de muros, atrajo también, no pocos curiosos campesinos de Peñarol, Cerro, Casavalle, etc., ávidos de presenciar las, para ellos, maravillosas funciones que se daban en la Plaza Cagancha.

Muchos de los espectadores "pajueranos" y aun mismo los de la ciudad ,en el afán de conquistarse los mejores sitios frente al escenario, concurrían a la Plaza con demasiada antelación, razón por la cual, y en el deseo de matar el tiempo, penetraban a la tienda de Tardáguila, unos, — con el pretexto de elegir puntillas y festones otras, haciendo hajar de los estantes piezas de trué y de zarazas floreadas, otras a pedir muestras de cretonas, etc., etc., — pero, con la aviesa intención de no comprar nada y de sacar después para la acera, buscando mayores comodidades, las sillas y los bancos de la tienda.

Tardáguila, cuya paciencia llegó a agotarse porque lo obligaban a subir y bajar escaleras y le dejaban los falsos clientes, el mostrador totalmente cubierto de telas y puntillas en vergonzoso revoltijo después de un fracasado afán de exhibicionismo, — llegó a explotar cierto día, en que, unas clientas le perdieron toda clase de consideraciones.

—¡Pero!... ¡Díganme una cosa, — les demandó poniéndose en jarras y cansado ya de tanto traqueteo inútil. — ¿Ustedes vienen a comprar o a ver los títeres?

A lo que las clientas, — porque femeninas eran, — con una franqueza hiriente replicaron:

—A ver los títeres; pero... para no aburrirnos con la espera, venimos a refistolearle sus artículos.

—¿Qué dicen?... ¿A refistolear por aquí? ¡Habráse visto...!

Y sin poderse contener más, gritó a todo pulmón, con el rostro congestionado por la ira:

—¡Pues!... ¡Se van a refistolear a la gran.... Punta Carretas!... ¡Qué caray!

Y el apóstrofe saltó en la forma más brutal.

Tal andanada, dicha sin metáforas, produjo dentro del local, el inmediato desbande de la clientela que no se encontraba allí con propósitos comerciales.

Montevideo, chico por entonces, recogió, escandalizado, el exabrupto de Tardáguila, y, naturalmente, no faltó el amigo que le reprochara su conducta.

—¡Pero... qué bárbaro, che, Tardáguila! ¿Qué le dijistes a las de Fulánez?

—Nada m'hijo. Con una indirecta les dije que dejaran de fastidiarme...

Y Tardáguila legó así a la posteridad, el célebre refrán que habría de inmortalizar su nombre.

SUEÑO

Soñaba profundamente,
Y su rostro contemplaba,
Y mi sueño lentamente
Vida y expresión le daba.
Asomó a sus labios rojos
Encantadora sonrisa,
Y de sus azules ojos
El llanto corría aprisa.
De mis párpados, el llanto
También ardiente caía.
¡Hay de mí! me cuesta tanto
Creer que has muerto, alma
[mía!

Enrique Heine

El homenaje

Por César Gonzalez - Ruano

Pensaba en él, en su vida, con una indecible voluptuosidad de dedicarse por completo al pensamiento, estando ausente en realidad, aunque cortesmente contestaba y agradecía a todos aquel homenaje que se le tributaba al escritor que, sin ceder en nada, sin conceder nada, manteniendo su postura literaria en todo momento, había conseguido un triunfo rotundo y verdadero.

Esta vez el hostil silencio que parecía querer ahogarle entre su pesado abrazo mortal había cedido, y aquel público numeroso y selecto que le rodeaba, aquella Prensa dedicada a glosar su nombre y su obra se lo decían bien claro: "Luciano, la hora del triunfo ha llegado para ti. Aprovéchala".

La ocasión de aprovecharla llegó a excitarle, a querer ocultarse del éxito, temeroso de toda aquella pompa, que era como una responsabilidad, como un deber ante la vida, algo, en fin de cuentas, que le obligaba a caminar derecho, a estudiar la risa, pendiente de cómo debía estar ante esas instantáneas que elevan o comprometen al hombre célebre cuando menos lo piensa.

Ahora, en el jardín con techo de cristal del hotel, cerca de la gran mesa donde, por un original capricho, habían de tomar el aperitivo los concurrentes al homenaje, Luciano contemplaba el paseo por el que, bajo la lluvia, cruzaban sombras grises y fugaces. Una de las sombras se había parado en la verja, clavando en él sus ojos. Luciano más adivinaba que veía un rostro de mujer. La figura desaparecía, se difuminaba, concretándose, resumiéndose toda en aquellos ojos fijos, inquietantes y grandes, que resbalaban por la pechera almidonada de su camisa. Luciano notó un vago malestar, un deseo que le rubricó la espalda en un escalofrío.

Sentía una necesidad absurda, de ver de cerca aquellos ojos fijos el secreto de su curiosidad. ¿Secreto? Seguramente no le había... Y, sin embargo... Pretextó algo, y después de mucho trabajo, para librarse de aquella turba de admiradores, llegó hasta el guardarropa. Llovía; una lluvia fina y pertinaz. Luciano fué derecho hacia la verja donde había visto los ojos aquellos. Al llegar, una sombra inverosímil, equívoca, resbalando por la verja corrió hasta ganar la esquina y desaparecer. Luciano la siguió.

No se atrevía a acercarse, y limitándose a seguirla a corta distancia, se alejaba con inquietud del hotel. Comprendía lo estúpido de aquella obsesión, en los precisos momentos en que sus amigos, echándole de menos, buscarían un lógico motivo a su ausencia... Por fin decidióse y entabló con la sombra un diálogo vulgar, tibio y obscuro:

—Perdóneme, ¿no era usted quien miraba antes por la verja?

La sombra se encogió de hombros. Arrebujada en sus harapos, esquivaba mostrar el rostro. Parecía una mujer pequeña, insignificante, y, sin embargo...

Contestó:

—¡No sé!... Tengo frío y llueve..., voy de prisa a casa... ¡Váyase!... ¡No le conozco!

Aquello gustó a Luciano. No le conocían; le tenía sin cuidado a aquella mujeruca insignificante; él, admirado y buscado hasta la sociedad, no era nada para aquella sombra llena de harapos, que daría su amor a cualquier hombre sucio. Se aventuró y la tomó del brazo. Estaban en un descampado. Luciano se notaba calado por la lluvia, y comprendía que su regreso, mojado y lleno de barro, sería lamentable; pero el deseo de ver a aquella mujer le atraía. Preguntó;

—¿Quién eres? ¿Adónde vas?...

—Va adonde me da a mí la gana, ¿estamos?...

Luciano se volvió. Detrás de él, como brotado del suelo, un hombre grande, fornido, le hablaba en términos violentos. Su aspecto no era muy tranquilizador. Un poco más lejos vió otras dos sombras... Se debatió nervioso:

—Bien, esto es estúpido... Ya conozco el timo. Usted va a decirme que esta mujer es su amante, va a pedirme dinero... Es inútil: ¡no he de darle un solo céntimo!

El otro avanzó dos pasos. Luciano vió su rostro próximo, su rostro brutal, de expresión estúpida... Se sintió agarrado por las solapas del abrigo:

—¡Suelta! ¡Suelta te digo!...

Pero el otro reía... Reía echándole su aliento.

—¡No suelto! ¡Antes has de soltar tú la plata!...

Luciano se vió perdido:

—¡No llevo, te digo que no llevo!...

El bárbaro rió:

—¿Y esos brillantes del pecho? ¡Y además, llevas una sortija de marqués! Pero yo sólo quiero dinero... ¡Venga dinero!...

Entonces pasó algo rápido, brutal. Luciano debatióse aun, intentando libertarse. En uno de los empujones sintió un fuerte y hondo dolor en el pecho. Llevóse la mano y la sacó roja de sangre. Un mareo, un desfallecimiento angustioso se apoderó de él, y cayó al suelo arrodillándose en el fango.

Confusamente, en su agonía, vió cómo a la cita con la Gloria acudía presurosamente la Muerte..., allí, de un modo estúpido y vergonzoso, mientras en el hotel el público le buscaría para aclamarle en el homenaje...

Aun notó un fuerte golpe en la cabeza, una patada, sin duda... Después, nada más. Una congoja, y el sabor del barro en la boca...

Conmemoración de la independencia de la República de Chile





Dos instantáneas obtenidas durante el homenaje organizado por el Centro Chileno y tributado ante el monumento del General San Martín. Asistieron las autoridades y los alumnos de la escuela República de Chile y después de depositar una corona de flores naturales al pie de la estatua, hizo uso de la palabra el presidente de aquella institución don Mariano Necochea.





Por iniciativa de un grupo de residentes chilenos, realizóse una velada literaria en homenaje a Chile. — A la izquierda: un aspecto del local Sarmiento 1116, donde se efectuó la fiesta, durante la cual hizo uso de la palabra el cónsul de Chile, don Héctor Mujica. — A la derecha, el actor chileno Evaristo Lillo, mientras recitaba un monólogo que figuraba en el programa de festejos.

Homenaje a la memoria de José Manuel Estrada





Con asistencia de los miembros de la Comisión Nacional de la Juventud pro-homenaje a José Manuel Estrada, de delegaciones de los Círculos Católicos de Obreros y de la Unión Popular Católica Argentina, y de numeroso público, fijóse en el atrio de la iglesia de San Ignacio una placa conmemorativa en homenaje a la memoria de José Manuel Estrada, con motivo de cumplirse el 33 aniversario de su fallecimiento. — A la izquierda: el doctor Manuel Carlés pronunciando su discurso. — A la derecha: vista parcial de la concurrencia.

En honor del embajabor de Méjico



Grupo de comensales que asistieron al banquete con que las publicaciones "Martín Fierro", "Inicial", "Revista de América" y "Valoraciones", obsequiaron al embajador de Méjico en la Argentina doctor Alfonso Reyes.

Baile de la Biblioteca "Ciencia y Labor"



Algunos de los concurrentes al baile social organizado por la comisión directiva de la "Biblioteca Popular Ciencia y Labor".

Banquete al señor A. González



Vista de la concurrencia que asistió al banquete que un núcleo de amigos ofreció al señor Angel González, con motixo de su prximo enlace.

Congreso de la industria panaderil



Cabecera de la mesa en el banquete organizado en homenaje a los delegados al primer congreso nacional de la industria panaderil a las autoridades y a los representantes de la prensa.

Nota de Arte





"El promesante", notable cuadro al óleo, original del pintor Gaspar Besares Soraire, que figura en el XVII Salón Nacional de Bellas Artes.

BIBLIOGRAFIA



Señor Arsenio Cavilla Sinclair, autor del libro "Volvamos a casita", "El caballo moro" y "Flores del campo", recientemente aparecido.



Doctor Luis S. Botta, autor del folleto titulado "Estudio sobre la crisis europea de 1914" que acaba de publicarse.

DE DOLORES - (F. C. S.)



El insigne poeta español Francisco Villaespesa, acompañado de los prestigiosos escritores argentinos Juan José de Soiza Reilly y Oscar R. Beltrán, quienes dieron varias conferencias de carácter literario obteniendo gran éxito.



El intendente municipal de Dolores, doctor Nestor Aparicio y el gerente de la sucursal del Banco de la Nación en dicha localidad, acompañando a los mencionados conferenciantes después del almuerzo que, en honor de éstos ofreciera don Osvaldo Perazzo.

LA CASA DEL TEATRO



La feliz iniciativa, debida a la señora esposa del presidente de la República, doña Regina Pacini de Alvear, de crear la "Casa del Teatro", determinó un homenaje de agradecimiento hacia dicha dama, por parte de los artistas de nuestro país, acto que se realizó en el teatro Colón. — El primer magistrado y su señora esposa, rodeados de un núcleo de artistas, durante la realización del homenaje.

VIDA BANCARIA



Doctor Alfredo L. Goti, recientemente nombrado vicepresidente del Banco Hipotecario Nacional. Esta acertada y merecida designación, que ha sido recibida con agrado en nuestros círculos financieros, dió motivo a que se tributaran diversas demostraciones al mencionado caballero. — Una de ellas consistió en un banquete, servido en su honor en el París Hotel, durante el cual hizo uso de la palabra el doctor Ricardo J. Davel a quien contestó el obsequiado.

La casa de Boulogne - sur - Mer en que vivió el general San Martín



Doctor Antonio Dellepiane, presidente de la comisión recolectora de fondos.

La comisión que preside el doctor Antonio Dellepiane y que integran, como vocales, los señores Carlos Vega Belgrano, Juan E. Guastavino y Alberto Chueco, nombrada por el gobierno para realizar la suscripción nacional destinada a adquirir en propiedad la casa de Boulogne - sur - Mer, en que vivió el general San Martín, ha desempeñado su cometido en forma harto halagüeña, pues recaudó en espontáneas cuotas mínimas, más de 78.000 pesos. Como el valor de dicha casa asciende a 50.000 pesos, el Poder Ejecutivo, aceptando la idea de la mencionada comisión, ha resuelto invertir en cédulas hipotecarias los 28.000 sobrantes de la suscripción y destinar la renta a premiar anualmente los actos heroicos que lo merezcan, a juicio del alcalde de Boulogne - sur - Mer, quien será el encargado de distribuir públicamente dichas recompensas en la fecha del aniversario de la muerte del prócer, recordando, en cada acto el nombre y las hazañas del héroe.



La estatua del general San Martín erigida en la plaza de Boulogne - sur - Mer, (Francia). — Frente que mira al Sud.

NECROLOGÍA



Doctor José María Zavalla, ex-senador provincial y ex-diputado nacional.



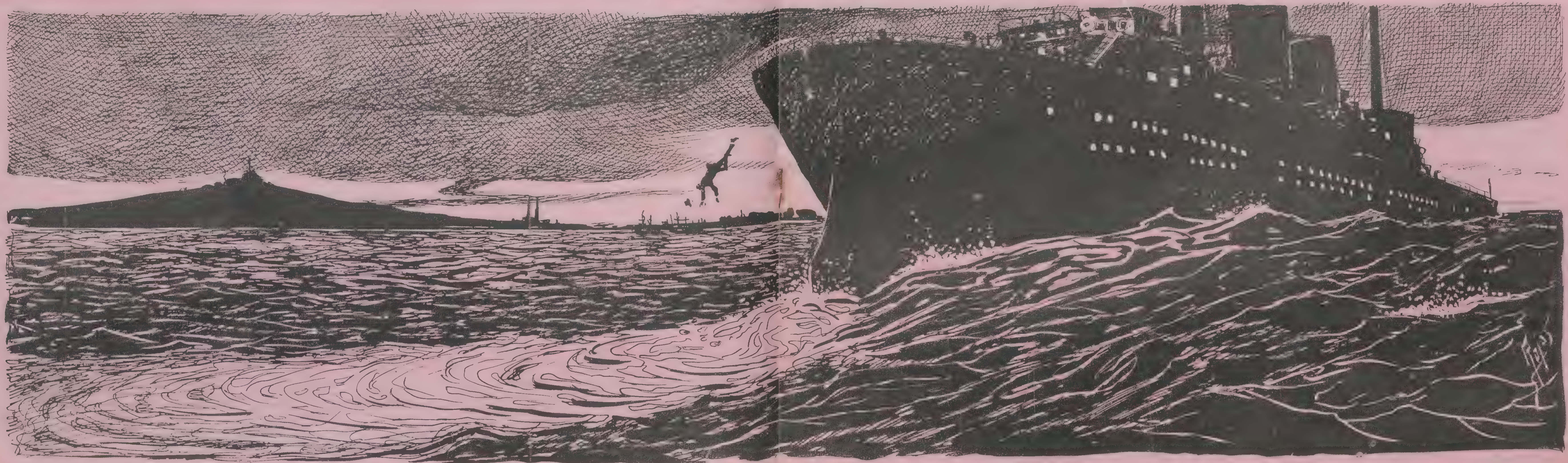
Señor José Pepe



Señor Juan Duboux



Coronel del ejército nacional José Benavidez



Sobre la mar

por Victor Alberto Buzio

...de los que murieron amando en silencio
...de los que callaron muriendo de amor."

BIEN era cierto que aquel amor tuvo, en el juego infantil del oficio mudo una paridad casi exacta, pero no era menos verdad, que la intensidad del mismo, sobrepasó en mucho, los más altos vuelos de la elocuencia amatoria

Los labios nada se habían dicho, pero en cambio, los ojos, con el fuego de todas las fiebres erigieron sobre la roca del silencio un mundo de promesas y de ensueños.

Fué algo más que un amor, pues tuvo contornos excepcionales en los límites de la psiquiatría.

Amándola con todo el fervor de su alma ,jamás osó acercarse a ella para exponer la sincera confesión de su cuita.

Cabía, entonces, pensar que, en puridad ,sólo había amado su sombra.

De su estado interior que demarcaba su conducta, surgía una trilogía espantosa e inaceptable, perfilándose en un confuso sentimiento deprimente, la timidez y la torpeza, que tanto repugnan al instinto de la mujer, y el inaudito egoísmo que satisface el placer en la mujer que ama sin dejar que lo comparta.

El espíritu lírico y viril de Carlos Aníbal, se rebelaba violentamente ante estas desolantes pavorosas deducciones.

La sensatez, el equilibrio y la mesura, eran las características de sus veintidos años y en ellas había tenido sus peores enemigos.

Fueron siempre el peso muerto que, gravitando sobre sus impulsos, cortaron alas a la fantasía creadora de quimeras, y guiaron su vida por el carril común de una normalidad que sufre por pasar desapercibida en un ambiente de silencio y dependencia aplanadores.

Pudiendo no quiso: él mismo labró su infortunio. Queriendo, ¿podría?

En la balanza de las probabilidades, el fiel — al parecer — se inclinaba favorablemente.

Y cómo no había de inclinarse favorable, si se tiene en cuenta que en los muchos encuentros ocasionales, las pupilas negras de su adorada cobraban un fulgor inusitado, y sus labios, grandes y sensuales como el fruto mordido de una pasionaria, se entreabrían, dejando al descubierto una hermosa hilera de dientes pequeños y agudos, en una sonrisa con vibraciones de acero...

* * *

¿Dónde el romance urdió el telar que aprisionó su corazón?

. . La poesía de aquellas ensoñaciones, originóse en la prosa moldeada en la diligencia autómata del trabajo cuotidiano.

Amanuense, al servicio de un acaudalado comerciante, al mes de estar en la casa reparó, por vez primera, en la hija de éste.

Era el mediodía de una deliciosa primavera.

En las oficinas, las máquinas de escribir habían puesto tregua a la mañana de contínua labor. Dijérase que también ellas recuperaban en el reposo, el desgaste de energías mecánicas.

En el instante preciso que Carlos disponíase a marchar, penetraba en la oficina el administrador acompañado de una joven que tendría, a lo sumo, diecisiete años.

Diecisiete años triunfantes en amor, gracia y fortuna.

Algo extraño y venturoso debió animar a los dos cuando se observaron curiosa y detenidamente.

Ambos, con el alma puesta en los ojos, gozaron el éxtasis de la adoración recíproca.

Las pupilas irradiaron destellos fulgurantes y el pensamiento, en raudo y glorioso vuelo, elevó los corazones a los cielos inefables de la idealidad y de la belleza.

Aquel sentimiento súbito, fué como el tamborileo anunciador de la comunión de dos almas.

Sin embargo, aparte de la repetición de miradas insaciables, transcurrían los días y semanas sin que nada hiciera Carlos para apurar aquel preludio, que tantos exquisitos y sutiles pesares le causara.

¿Fué aquello timidez de adolescente — tenía entonces dieciocho años — o producto de su natural místico y contemplativo?

—Abstruso problema que el diablo resuelva — decíase para su coleto toda vez que rememoraba aquel pasaje.

Y aconteció que se invirtieron los papeles.

Impaciente por tan dilatada espectativa, rompió ella aquel poema de elocuente mutismo, dejándole dentro del escritorio una esquela rosada, conteniendo unas líneas escritas a lápiz, con caracteres nerviosos, donde pedía le disculpara por haberse tomado, sin previo consentimiento, una publicación semanal que a su tiempo restituiría.

Carlos, sorprendido agradablemente, tomó un lapicero, y al correr de la pluma volcó su emoción en frases lacónicas y sentidas.

Le habló de sus ojos, y le habló de sus labios, revelándole la inquietud de su dulce tormento. Y cerró aquel escrito que reflejaba, aunque débilmente, su pasión, remitiéndose a la clemencia de María Luz, donde hallaría perdón para el imperativo de su desahogo.

La tarde del mismo día halló respuesta su esquela. Resultó ser de un laconismo vertiginoso: "Me detuve largo rato leyendo su pequeña cartita. ¿Será verdad lo que ella encierra? ¡Lo idolatro! — María Luz."

Al leerla, Carlos palideció de emoción. — Lo idolatro... Lo idolatro — repitióse. Semejante dicha superaba a sus más fantásticas y optimistas concepciones. Ella, nada menos que "ella", idolatrarlo a él?... ¡No! No cabía tal posibilidad.

Releyó muchas veces el escrito para convencerse de que no era el suyo un error de alucinado. Y su alma ingenua y virgen de amores, sintió como una eclosión de entusiasmos y de afectos desbordantes.

Necesitaba verla; le urgía estar en su presencia; hervía en deseos de confesarle el ardor pasional que lo consumía. ¡Oh, qué no le diría en ese momento!

¿Coincidencia o la voz del reclamo vibró en el éter mensajero?

Acababa de entrar María Luz, y sus ojos, negros y brillantes, contemplábanle amorosamente.

La sorpresa de Carlos Aníbal debió rayar en el espanto, pues tembló azorado sin atreverse a nada. ¡Desairada situación! ¿Dónde quedaron los arrestos de hacía un instante?

Hizo un esfuerzo por serenarse, pero, cuando quiso hablar comprendió que había perdido la noción de la palabra, y además ella, interpretando el gran momento quizá — momento que pudo ser patético o risueño, puesto que fué librado a su penetración psíquica — se había alejado prudentemente.

Al día siguiente, en compañía de algunos de su familia, María Luz se ausentaba en viaje de placer hacia tierras extranjeras.

* * *

Aquella inesperada partida desorientó su espíritu trastrocando su sensibilidad en la punzante inquietud de la espera.

Contrariando sus dictados íntimos, por imposición de su discernimiento cerebral, alejóse de aquella casa en procura del olvido que habría de reconciliarlo con su propia vida.

¿A qué consumirse en la vana espera de una realización imposible?

Sobre su atribulado corazón martillaba el razonamiento implacable y previsor, la imposibilidad que surgía de la confrontación de valores.

No había nacido para él la criatura, carne de sus ojos, sobre quien la diosa alada volcó la génesis de un florecimiento maravilloso.

La sociedad, en sus prejuicios criminales, ha establecido las absurdas jerarquías que basamenta la posición económica. Y dice a cada uno en particular: no levantes los ojos sin antes consultar son tu arca. Si no tomas en cuenta este precepto, señalaré tu atrevimiento y serás escarnecido, prescindiendo de los móviles que te impulsaron, como un vulgar aventurero incorporado a la falange innúmera de los modernos cazadores de dotes.

—¡Caigan rayos sobre el pedestal de la diosa, y arrástreme en su caída, pero resplandezca mi dignidad! — gritaba afiebrado Carlos.

En tanto, el corazón, que no sabe de prejuicios ni indignidades, languidecía en la soledad penumbrosa y torturante, avasallado por un amor sin esperanza, loco, fatal... ¡maldito!

Como único medio salvador, ya que vivir del recuerdo es una forma lenta de suicidio, quedábale la losa sepulcral que cubre las remembranzas: el olvido.

—¿Yo olvidarla? ¡Nunca!... He de amarla a través de las cosas y del tiempo—exclamaba con unción de apóstol y demente.—Aun cuando fuera la más abyecta y vil de las mujeres. Siempre... ¡Siempre! ¡Que quizá ella no me recuerde? Mi amor es grande, generoso. Para subsistir, no necesita que lo aliente la reciprocidad. El mundo todo, ni el desdén ni el odio de ella ,podrán arrancarme el recuerdo de su imagen, ni borrar el extraño fulgor de sus ojos hechiceros...

Y para mejor evocarla, bajando la vista, como un quejido del alma, musitaba: ¡sus ojos!... ¡sus ojos!

Con suma frecuencia se entregaba a estos delirios.

Cuatro meses duró la ausencia de María Luz.

Al enterarse Carlos del regreso, dedicó las horas que le dejaba libre su trabajo, a la ingrata y complicada tarea de verla sin ser visto.

¡Merodeador del amor que acechando en la obscuridad el momento propicio de renovar la visión interior de su adorada, huye, luego de asestado el golpe, a ocultarla en las sombras de su secreto íntimo!

Algunas veces, en la inminencia ineludible del encuentro, sentía debilitarse sus piernas bajo el peso de una emoción febril que daba a su rostro la expresión miedosa del chiquillo sorprendido en falta.

Al cruzarse tenía ella para el niño, la sonrisa afable, el saludo cordial, la mirada chispeante...

Hay en la vida un factor principalísimo que interviene en todas las operaciones de ella: el tiempo. Sus trancos acompasados repercuten en el vacío infinito, con el eco indiferente de su marcha en el rodar incesante de los años y los siglos. Ajeno a los conflictos que en la vida se suscitan, ni se dilata ni se contrae para nadie, fijando, con isocronía de péndulo, las etapas mortales de la jornada eterna.

Nada elude su rigor fatal.

Y el amor está sujeto al tiempo, y el tiempo extingue su ardor.

No debió Carlos entenderlo así, cuando dejó transcurrir tres años sin mostrarse a ella siquiera a largos intervalos.

Pero, una noche, al penetrar en su alcoba, sintió que sus veintidós años abofeteaban su faz de hombre-niño, clamando por una orientación en su vida. Y dióse a la tarea ingrata de meditar el pasado e inferir consecuencias.

Los dedos, cual sierpes vibrátiles ocultos bajo la abundante cabellera blonda, aguijonearon el cerebro calenturiento por la sucesión pre-

(Continúa en la página 37).

SOCIALES


ENLACES. — Natalia Montes Caballero - López Coustet.


Hilda J. Dompé con Alberto Sonmaruga


Yolanda María Capozzi - Juan Amaral


Teolina Vidal con el doctor Alberto J. Galmarino


Lelia Cavenave Miranda con Alfredo Reta


Mina Fischer con el doctor Eduardo Levrato


María Rosa Alvarez - Osvaldo Gutiérrez Jordán




Emma Saracco - Alberto Julio Scarnati

GENTE MENUDA


Niño de Hararis


Elsa Beatriz, M. Susana y Raúl M. Becco.


Horacio N. Frattini

La penitenciaría de Córdoba

(Véase en la página 35, la crónica correspondiente a esta nota gráfica.


La capilla del establecimiento

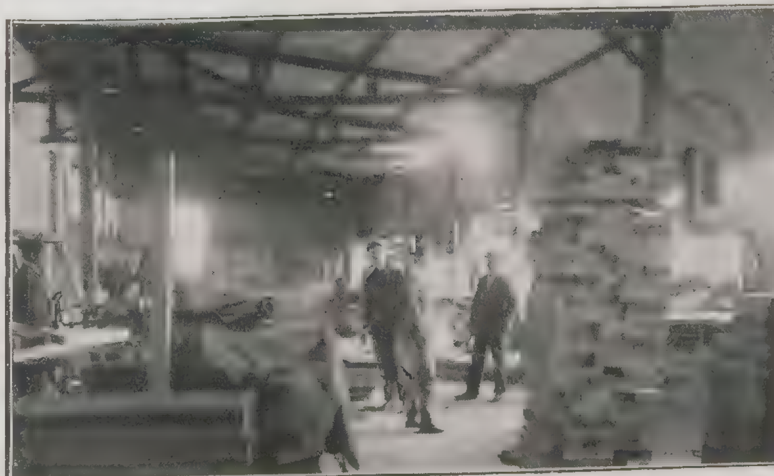

Una sección de la imprenta


Un aspecto de las celdas donde se alojan los penados


La garita de la entrada


Primo Comán, que tiene a su cargo seis homicidios


La carpintería mecánica


El aserradero


La herrería


Taller de confección de escobas

ACTUALIDADES CINEMATOGRÁFICAS



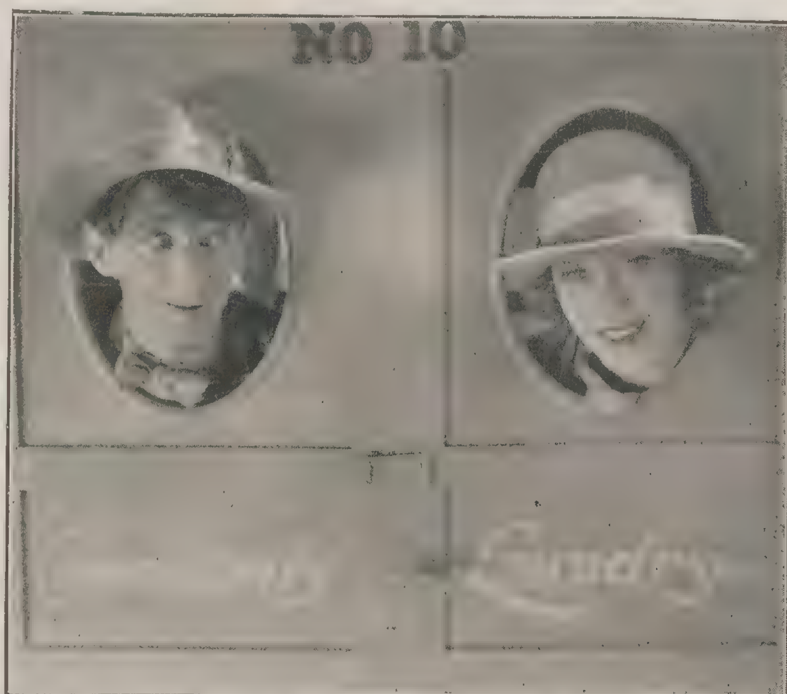
Marie Prevost y Harrison Ford, en "La novia de una noche", que Glücksmann estrenará pasado mañana.



Escena de "Mariposa social", film del cual son protagonistas Mildred Harris, Creighton Hale y Johnnie Walker, que la Corporación exhibe desde anteayer.



El famoso actor Lewis Stone (el de la chiva) con el director John Francis Dillon, tal como aparece en "Su hijo", de la First National Pictures.



Clyde Cook y Louise Fazenda, en "Jabón y besos", que la General presentará el viernes próximo.



Lloyd Hamilton y Toy Gallagher en "Las tribulaciones de Barrillito", que pasado mañana estrenará la New York Film Exchange.



El autor-actor Capitán Riesemberg (a la derecha) y George O'Brien, intérpretes de la obra de aquel "East Side West Side", que la Fox está preparando.



Escena de "Lazo Sagrado", film interpretado por Virginia Valli y Allan Durant que la Fox estrenará pasado mañana.

EL GRAN DESFILE de las MARAVILLAS



Mae Murray



John Gilbert

LA VIUDA ALEGRE

El Exito de 1927



Alice Terry



Antonio Moreno

Mare Nostrum

La monumental novela de Vicente Blasco Ibañez.



Doris Kenyon



Milton Sills

HOMBRES DE ACERO

La gigantesca producción de la época.



Mae Busch



Lon Chaney

La BRUJA

Otra magistral interpretación del genial actor de los mil rostros.



Joan Crawford



Owen Moore

La Bailarina del Billete

Delicada y emocionante comedia de la vida artística en el luminoso BROADWAY

METRO GOLDWYN MAYER
First National Pictures

DISTRIBUIDAS POR Metro-Goldwyn-Mayer DE LA ARGENTINA

El violín de Cremona

Por Ernesto T. G. Hoffmann

El consejero Krespel era el hombre más maravilloso que se ha ofrecido a mis ojos en el transcurso de mi vida.

Cuando llegué a H..., donde debía permanecer algún tiempo, todo el pueblo hablaba de él, por estar entonces en pleno apogeo de su originalidad.

Krespel se había hecho célebre como jurisconsulto esclarecido y como profundo diplomático. Un soberano, no poco poderoso, entonces, en Alemania, le había pedido que le redactase la Memoria dirigida a la corte imperial, relativa a un territorio que se creía con derecho de posesión, y aquella Memoria dió el más satisfactorio de los resultados.

Y como Krespel se había quejado una vez, en presencia del príncipe de no encontrar una habitación cómoda, éste para recompensarle, se ofreció a sufragar los gastos de una casa que Krespel edificase a su gusto. Krespel compró todos los materiales necesarios, los hizo transportar al lugar designado, y desde aquel día se le vió amasar la cal, desbastar las piedras, amontonar ladrillos y entregarse a toda suerte de trabajos manuales.

Ni se había dirigido a arquitecto alguno ni había trazado el menor bosquejo de plano. Unicamente buscó a un maestro de obras de H..., rogándole que desde el día siguiente fuese, seguido de numerosa cuadrilla de operarios, para comenzar la edificación.

El maestro de obras le pidió los planos, y no fué poca su sorpresa cuando Krespel le respondió que no se necesitaba tal cosa, y que el edificio se acabaría sin ecesidad de semejantes zarandajas.

Al siguiente día, el maestro y sus obreros encontraron a Krespel junto a un foso trazado en forma de paralelógramo regular.

—Aquí es -- dijo el consejero donde es preciso echar los cimientos de la casa. Después no tenéis que hacer más que elevar las cuatro paredes hasta que yo os diga: "Basta".

—¿Sin puertas, ventanas, ni tabiques? — preguntó el maestro de obras, asombrado de las extravagancias de Krespel.

—Como os lo he dicho, buen amigo — respondió tranquilamente Krespel. — Lo demás se arreglará por sí mismo...

La promesa de una espléndida paga fué lo único que decidió al maestro a emprender tan extraña construcción. Pero jamás edificio alguno se levantó más alegremente ni con más júbilo y buena voluntad de los obreros, a los que nunca les faltaba qué comer y qué beber en abundancia.

Así es que los muros se elevaron con rapidez increíble, hasta que un día Krespel dió la voz de ¡alto! Entonces espiochas y martillos dejaron de sonar; los trabajadores bajaron de los andamios y Krespel se vió rodeado por los obreros, que le preguntaban qué era preciso hacer.

—Dejadme paso — contestó Krespel, y después de inspeccionar la extraña contrucción se detuvo junto a uno de los muros, diciendo:

—¡Venid, amigos! Aquí me habéis de abrir mi puerta.

Y dando las dimensiones exactas que había de tener, aguardó a que aquélla estuviera hecha según sus indicaciones.

Una vez abierto el boquete, entró en la casa, dentro de la cual sonrió con aire satisfecho. Krespel se paseaba a largos pasos por el interior de las cuatro paredes, seguido de albañiles, provistos de palas y espiochas.

—Aquí hace falta una ventana de seis pies de alto y cuatro de ancho — gritaba. — Aquí un tragaluz de dos pies.

Y tan pronto como daba la orden, se ponía en práctica.

El resto de la construcción del edificio y los otros trabajos secundarios fueron realizados de igual manera y con la misma libertad.

La grotesca singularidad del conjunto de la edificación, la sorpresa producida al ver que la casa tomaba buen aspecto, y sobre todo la liberalidad de Krespel, mantuvieron el buen humor de los obreros, que acabaron por tener fe ciega en las iniciativas del consejero.

Todas las dificultades fueron vencidas, y en poco espacio de tiempo se levantó una casa espaciosa que si, exteriormente, tenía el más extraño de los aspectos, por dentro ofrecía toda suerte de comodidades.

Cuando la visitaron convinieron en esto, y yo mismo tuve que rendirme a la evidencia, cuando, un íntimo conocimiento con Krespel, me abrió su casa.

Todos los amigos y conocidos de Krespel esperaban una gran comida cuando se construyese la casa; pero el consejero sólo invitó a los maestros, oficiales y aprendices que habían contribuído a la construcción del edificio, y los que trató del modo más espléndido que puede imaginarse. Los albañiles se regalaron con delicados pasteles de venado, los pobres carpinteros probaron por vez primera los faisanes dorados, y las trufas y los pescados monstruosos, etcétera.

Algunos días después de aquella fiesta, que dió al consejero el renombre de amigo del pueblo, le encontré en casa de su amigo el profesor M..., donde su conducta me pareció de las más extrañas.

Sus movimientos eran tan bruscos y tan torpes, que yo temía a cada paso que se lastimase o quebrara algún mueble.

Krespel examinó minuciosamente, antes de la comida, cuantos objetos había en la sala del profesor, llegando hasta subirse a un sillón para descolgar un cuadro que quería mirar más de cerca. En la mesa habló mucho y calurosamente, pasando a veces de un tema a otro sin transición; extendiéndose otras sobre un asunto prolijamente hasta dejarlo agotado, y abandonándose a las más mimias digresiones. Su palabra era entre ronca y chillona, unas veces aguda, otras profunda, pero siempre en tono contradictorio a las idas expresadas. También se habló de música, haciendo grandes elogios de un nuevo compositor, Krespel se echó a reir, y dijo con voz aflautada:

—¡Que Satanás se lleve a ese maldito alineador de notas a diez mil millones de toesas al fondo de los infiernos.

Añadiendo después con acento terrible:

—¡Ella! Ella sí que es un ángel del cielo y su voz un acento divino, formado de los acordes más puros.

Al decir estas palabras sus ojos se llenaron de lágrimas.

En el momento de levantarse de la mesa, la sobrina del profesor dijo a Krespel:

—¿Qué ha sido de nuestra buena Antonia?

Krespel hizo una horrible mueca, y tomando su rostro una expresión diabólica, dijo:

—¡Nuestra querida Antonia!

El profesor se adelantó con viveza. En la mirada severa que lanzó a su sobrina, adiviné que ésta había hecho vibrar una cuerda que resonaba de un modo disonante en el alma de Krespel.

—¿Cómo va ese violín? — preguntó el profesor en tono alegre tomando una de las manos del consejero entre las suyas.

El rostro de Krespel se iluminó, mientras respondía con una sonrisa:

—¡Admirablemente! Ya conocéis ese hermoso violín de Amati, de que he hablado, y que una feliz casualidad ha hecho caer en mis manos. Ya he comenzado hoy a desmontarlo, y espero que Antonia habrá cuidado de acabar de hacerlo trozos.

—Antonia es una excelente joven — dijo el profesor.

—¡Ciertamente! — exclamó el consejero, volviéndose súbitamente para coger su bastón y su sombrero y dirigirse a la puerta.

Cuando salía, vi en el espejo que dos gruesas lágrimas se escapaban de sus ojos.

Cuando Krespel hubo partido, yo insté al profesor a que me explicara la relación que tenía el consejero con los violines y, sobre todo, con aquella Antonia.

—¡Ah! — exclamó el profesor. — El consejero es un ser verdaderamente maravilloso, que hace violines de la misma manera que habéis visto que ha construído su casa.

—¿Hace violines? — pregunté con asombro.

—Sí -- replicó el profesor. — Krespel construye, al decir de los inteligentes, los mejores violines que se conocen desde hace muchos años. Antes, cuando había terminado un instrumento de que estaba satisfecho, permitía a sus amigos que le usaran; pero desde hace algún tiempo no es así. Cuando Krespel termina un violín, toca él mismo una hora o dos con su fuerza de ejecución poderosa y su admirable expresión, y después lo coloca con los otros sin volverle a tocar, ni permitir que nadie le toque. Cuando un violín de un viejo maestro se

halla en venta, Krespel lo adquiere al precio que le piden, y hace poco más o menos lo mismo que con los que él construye, esto es, le toca una sola vez, y luego le desmonta para examinar su estructura interior, y cuando no descubre lo que busca, arroja los fragmentos, con desconsuelo, en un arcón lleno ya de despojos de centenares de violines.

—¿Y Antonia? — pregunté con vivacidad.

—Ese punto — dijo el profesor— me hubiese hecho aborrecer al consejero, si la bondad de su carácter, que llega hasta la debilidad, no me diera la certeza de que en su conducta hay alguna circunstancia ignorada. Cuando hace algunos años el consejero vino a establecerse aquí, vivía solo con una vieja criada. Bien pronto sus excentricidades llamaron la atención de los vecinos; pero cuando él notó tal curiosidad, trató de hacerse relaciones, y como en mi casa, en otras muchas acabó por hacerse indispensable. Después de haber permanecido aquí algún tiempo, desapareció de repente sin que nadie conociese el lugar de su retiro. Algunos meses más tarde volvió.

La noche que siguió al regreso de Krespel, se vieron las ventanas de su domicilio iluminadas de un modo extraordinario. Esta circunstancia despertó la atención de los vecinos, que no tardaron en oír una voz encantadora, una voz de mujer acompañada por un piano.

Después se escucharon los acordes de un violín que luchaba en energía, en agilidad y en ligereza con la voz, no costando mucho adivinar que era el consejero el que tocaba aquel instrumento.

Yo me mezclé a la multitud inmensa que aquel maravilloso conconcierto había congregado en torno de la casa del consejero, y debo confesar que al lado de aquella voz dulce y delicada, la de la más célebre cantante me hubiera aparecido débil y sin expresión. Jamás había concebido la idea de que pudiera existir aquellas cadencias tan largamente sostenidas, aquellos trinos de ruiseñor, aquellas escalas que se elevaban a los más profundos bajos del órgano, para caer en el más leve de los murmullos.

Era cerca de la media noche cuando se oyó al consejero hablar con violencia. Una voz de hombre le respondía con acritud, mientras otra entrecortada de mujer, indudablemente joven, se mezclaba con ambas voces plañideras.

El consejero hablaba con voz cada vez más colérica, hasta que su acentó acabó por tomar el tono insinuante que le conocéis. Un grito desgarrador de la joven le interrumpió. Después reinó un profundo silencio.

Algunos momentos después, un joven salió conteniendo mal sus sollozos fuera de la casa y se dejó caer en el interior de una silla de postas que le esperaba y que partió al galope de los caballos que la arrastraban.

Al día siguiente el consejero se mostró a todo el mundo con la más serena tranquilidad. Nadie tuvo valor para preguntarle cosa alguna que pudiera relacionarse con las escenas de la víspera. Solo la vieja criada dijo que el consejero había traído consigo una joven encantadora que se llamaba Antonia y que cantaba maravillosamente, y que a ésta la había acompañado un joven que debía amarla tiernamente, que debía ser su prometido, pero al que el consejero había obligado a partir sin dilación alguna.

Los lazos que unen al consejero con Antonia han sido, hasta aquí, un misterio; pero no cabe duda que tiraniza a la pobre joven de la manera más odiosa.

Si alguna vez, a fuerza de apremiantes instancias, la lleva consigo, no aparta de ella un punto los ojos, y no sólo no tolera que Antonia cante delante de nadie, sino que llegue a los oídos de la joven la más insignificante nota musical.

Sabido es lo que nos chocan y conmueven las cosas fantásticas. A mí me pareció indispensable trabar conocimiento con Antonia. Yo había oído ya las hablillas del público; pero, hasta que hoy oí al profesor, no me convencí de que la encantadora joven pudiera estar bajo el absoluto dominio del extravagante Krespel.

Aquella noche soñé con el canto maravilloso de Antonia y que la niña me suplicaba, en un adagio compuesto por mi mismo, que me resolviera a ser un segundo Astolfo, penetrando en casa de Krespel como en el castillo encantado.

Las dos cosas sucedieron, sin embargo, mucho más apaciblemente, puesto que, apenas hube hablado dos o tres veces con el consejero y le hablé de la estructura de los buenos violines, él me invitó espontáneamente a visitar su casa. Yo no resistí a la invitación, y no tardó mucho en poner ante mis ojos el tesoro que poseía en violines.

En su gabinete había colgado una docena de tales instrumentos. Entre ellos me fijé en uno que tenía todo el aspecto de una venerable antigüedad y estaba ricamente esculpido. Colgado encima de los otros y coronado por una guirnalda de flores, parecía ser designado como el rey de los instrumentos.

—Este violín — me dijo Krespel — es un trabajo maravilloso de un artista desconocido, que debió vivir en el tiempo de Tartini. Estoy convencido de que hay en su construcción interna, algo de particular, un secreto extraño, que persigo desde hace mucho tiempo y que acabará por revelárseme cuando desmonte el instrumento.

Reíos de mi debilidad, si queréis, pero este objeto inanimado a que doy cuando se me antoja, vida y palabra, me habla de una manera maravillosa; tanto que, cuando le tocaba por vez primera, me pareció que era el magnetizador que excita a la sonámbula y la ayuda a revelarle sus más ocultas sensaciones.

Supondréis que esta locura no me ha ocupado jamás seriamente; pero es de notar que jamás me he decidido a destruir esta imbécil máquina. Hoy me alegro de no haberlo hecho, porque desde que Antonia está aquí toco este violín algunas veces delante de ella, y Antonia le escucha con placer, ¡con demasiado placer!

El consejero pronunció estas últimas palabras con visible ternura. Esto me alentó a decirle:

—¡Oh, mi querido consejero! ¿No querríais tocar ese violín delante de mí?

Krespel tomó de nuevo ese aire arisco, y me dijo con voz cantante y modulada:

—No, no, mi querido estudiante.

Después me hizo ver mil pueriles curiosidades, y por fin, abriendo una cajita, sacó de ella un papel que puso en mis manos diciendo con solemnidad:

—Vos sois amante del arte. Tomad esto como un recuerdo que os ha de ser muy estimado.

Al decir estas palabras me empujó suavemente hacia la puerta, en la cual me abrazó cariñosamente. Es decir, que, hablando en plata, me puso en la calle de una manera verdaderamente simbólica.

Al desdoblar el papel, encontré un fragmento de partitura, en el que se leían estas palabras: "Trozo de la partitura para violín de que se sirvió el célebre Stamiz en el último concierto que dió antes de su muerte".

La prontitud con que había sido despedido cuando había hablado de Antonia, me hizo pensar en que no la vería nunca. Y, sin embargo, no fué así, puesto que la segunda vez que fuí a casa del consejero encontré a Antonia en su gabinete de estudio ayudándole a ajustar las piezas de su violín.

El exterior de Antonia no hizo en mí profunda impresión y, sin embargo, no se podía apartar la mirada de aquellos ojos azules y de aquellos labios color de rosa, tan delicadamente redondeados.

Estaba muy pálida, pero en cuanto la conversación se animaba, tomaba un aspecto digno y un vivo carmín se esparcía por sus mejillas, dando luz a su semblante. Yo hablé con Antonia con relativa familiaridad, y no noté en modo alguno, en Krespel, aquellas miradas de Argos de que me había hablado el profesor.

Después visité con frecuencia al consejero, y la intimidad, que no tardó en establecerse entre nosotros, dió a nuestra reunión un encanto infinito.

El consejero me regocijaba con sus singularidades; pero la que me atraía principalmente y me hacía soportar muchas cosas era Antonia.

Entre las manías del consejero había una que me contrariaba más que todas y que yo encontraba del peor gusto. La tal manía estribaba en que cada vez que la conversación tomaba los caminos de la música, y sobre todo del canto, tenía especial cuidado en hacerla cambiar de rumbo. Entonces veía yo, en el profundo pesar, que delataban los ojos de Antonia, que el principal

LABIOS DE NOVIA

Labios de juventud, labios hermosos
como un rimar sangriento de claveles
que son dulces y suaves, cual las mieles
de los griegos panales deliciosos.

Labios como en sazón, labios gloriosos
que reclaman la luz de los pinceles
o el ardiente vibrar de los rondeles
qué los canten en versos armoniosos!

Labios que van cruzando tentadores,
que dicen de fragancias y frescores
y que divinos el amor hiciera,

Labios de novia ¡ plenos de poesía !
que se abren rebosando de alegría
para embriagar como una primavera !

Felipe FLORES (hijo).

objeto del consejero era evitar una invitación para que la joven cantara. Y, sin embargo, yo no renunciaba a conseguir de que esto sucediera.

Una noche encontré a Krespel del mejor humor. Acababa de hacer pedazos un violín de Cremona y había encontrado en él, que las tablillas de armonía estaban separadas unas de otras, media línea más que lo que era de uso común y corriente.

¡Qué precioso descubrimiento para llevarlo a la práctica!

Yo conseguí excitar su ánimo hablándole de la manera de interpretar los mejores trozos de los grandes maestros ,consiguiendo que los que citaba Krespel me llevaran a hacer la crítica de ese método de canto, que consiste en dejarse llevar por los efectos producidos por una amanerada instrumentación.

—Nada más absurdo — exclamé lanzándome al piano, que abrí resueltamente. — No hay nada más ridículo, que ese método que parece querer derramar las notas como se suelta el agua de una cuba llena.

Entonces canté algunas piezas nuevas, que a mi juicio confirmaban mis teorías, acompañándolas con extemporáneos acordes.

Krespel reía a carcajadas y exclamaba:

—¡Sí, sí! ¡Me parece oír nuestros alemanes italianizados, interpretando a Puccita o a Portogallo!

El momento ha llegado — me dije, — y exclamé dirigiéndome a Antonia:

—Estoy seguro de que nos es ese vuestro método.

Y al propio tiempo puse ante sus ojos una partitura del admirable y apasionado Leonardo Leo.

Las mejillas de Antonia se tiñeron de un vivo carmín, un fulgor celeste reanimó sus ojos hasta allí apagados y dirigiéndose al piano, abrió los labios para cantar. Pero en aquel momento Krespel avanzó, y poniéndome las manos en los hombros, me dijo con voz un tanto destemplada:

—Confieso, mi digno y respetable estudiante, que faltaría a todas las conveniencias si expresara en voz alta el deseo de que Satanás os cogiera entre sus garras para llevaros al fondo de los infiernos. La noche está obscura y es fácil que no pudiérais llegar sano y salvo al final de la escalera. Tomad esta luz, y mirad bien la puerta para acordaros de que en mí tenéis un verdadero amigo, al que pudiera suceder muy bien que no encontrárais nunca en su casa.

Diciendo estas palabras me arrastró hasta la puerta, en la que me abrazó tan estrechamente, que me impidió dirigir una sola mirada a Antonia.

Dos años hacía que me hallaba establecido en Berlín, cuando emprendí un viaje al mediodía de Alemania.

Una noche vi bosquejarse a la luz del crepúsculo las torres de H..., y confieso que a medida que me aproximaba, un sentimiento de malestar se apoderaba de mí. Sentía que me ahogaba y hasta me vi obligado a apearme del coche para respirar con más libertad. Pero bien pronto aquel abatimiento se agravó hasta llegar al dolor físico. Me parecía oir los acordes de un coro celestial, pero cuando las voces se fueron haciendo más distintas, reconocí que eran de hombres que entonaban un canto sagrado.

—¿Qué pasa? — exclamé con espanto.

—¿No lo veis? — me contestó el postillón. — Es que entierran a alguien en el cementerio.

En efecto, nos encontrábamos cerca de un cementerio, en el que vi un círculo de hombres vestidos de negro, que rodeaban una fosa. Oí que los cantos cesaban y noté que el desfile del cortejo comenzaba, dirigiéndose todos los asistentes hacia las puertas de la ciudad. Me puse a recorrer aquellos lugares esperando que el paseo me aliviara de un malestar que debía tener por origen causas puramente físicas. Al internarme en una calle de árboles que conducía a la ciudad, fuí testigo de un singular espectáculo. Conducido por dos hombres vestidos de negro, vi al consejero Krespel que hacía violentos movimientos por escaparse de sus manos.

Como de ordinario, vestía su casaca gris de extraño corte y llevaba su sombrero de picos derribado sobre la oreja izquierda. De su cintura pendía al tahalí, pero en él, en vez de espada, lo que había era un arco de violín. Un frío glacial corrió por mis huesos y no pude menos de seguirle con la mirada. Los hombres enlutados condujeron a Krespel hasta su casa, donde él los abrazó lanzando sordas carcajadas. Cuando se hubieron alejado, las miradas de Krespel se fijaron en mí, y después de contemplarme algunos momentos con fijeza, exclamó con voz conmovida:

—¡Sed bienvenido, señor estudiante!

Y lanzando una triste mirada en torno suyo, añadió:

—¿Comprendéis?

Al decir esto, me tomó del brazo, y arrastrándome hacia el interior de la casa, me llevó a la estancia donde se hallaban los violines. Todos estaban cubiertos por crespones negros, faltando entre ellos el violín de Cremona, cuyo hueco había sido llenado con una corona de ciprés. Entonces fué cuando comprendí lo que había ocurrido.

—¡Antonia! ¡Antonia!... — exclamé con dolor.

El consejero permaneció ante mí inmóvil y con los brazos cruzados sobre el pecho, mientras yo le señalaba la corona de ciprés.

—Cuando murió — dijo Krespel con voz comprimida y solemne, — el arco de ese violín se rompió con estrépito y su tabla de armonía cayó en pedazos. El fiel instrumento no podría existir sin ella. La misma tumba los encierra ya.

Profundamente conmovido caí sobre una silla. En cambio el consejero se puso a cantar con ronca voz una canción alegre y retozona.

No podía darse espectáculo más horrible que el que ofrecía aquel desdichado, haciendo extracagantes piruetas y dando inconcebibles saltos. En el momento en que pasaba por delante de mí, no pude contener un grito de espanto. Me parecía que los fúnebres créspones que velaban los violines colocados en las paredes iban a envolverme como habían envuelto ya la inteligencia del pobre Krespel.

De pronto se detuvo ante mí, y dijo con voz modulada:

—Hijo mío, ¿por qué gritas así? ¿Has visto por acaso el angel de la muerte?

Diciendo esto se adelantó al centro de la estancia, arrancó el arco que pendía de su cintura y le hizo pedazos con mano tan vigorosa, que los fragmentos volaron por el aire, en tanto que exclamaba sin dejar de lanzar carcajadas nerviosas:

—¡El arco está roto! ¡Ya soy libre! ¡Completamente libre! ¡Ya no haré más violines!

Y volvió a cantar con terrible ensañamiento la alegre canción.

Lleno de horror me disponía a escapar, pero Krespel me detuvo diciéndome con tono más tranquilo:

—Quedaos, señor estudiante. No toméis por locura estos accesos de un dolor que me mata. ¡Todo esto ha sucedido por quererme arrogar la misión del destino ,de Dios!

Hablando así, sin tino ni concierto, acabó por caer agobiado por la fatiga. La vieja criada acudió a mis voces, y yo respiré cuando me vi al fin en libertad.

No dudaba un instante de que Krespel había perdido la razón; pero el profesor sostenía lo contrario.

—Hay hombres — me dijo — a los que la naturaleza o circunstancias particulares, despojan del velo, bajo el cual cometemos todas las mayores locuras sin que nadie se percate de ellas. Se parecen a esos insectos que, faltos de piel, nos muestran al descubrimiento la máquina de sus músculos. Todo lo que en nosotros es puro pensamiento, en Krespel es acción. Pero tales cosas no son más que relámpagos pasajeros. La muerte de Antonia ha conmovido todos su resortes. Mañana, estoy seguro de ello, volverá a su vida ordinaria.

En efecto, Krespel se mostró al día siguiente en su estado habitual. Sólo declaró que no haría más violines y que no volvería a tocar tal instrumento. Después he sabido que cumplió su palabra.

Las palabras del profesor aumentaban las sospechas que me habían hecho concebir la muerte de Antonia, convenciéndome de que Krespel tenía grandes faltas que expiar. Yo no quería salir de H... sin haberle reprochado el crimen de que le tenía por culpable, y mi propósito era penetrar hasta el fondo de su alma para arrancarle la confesión de su crimen. Cuando más pensaba en ello, más claramente veía en Krespel un malvado.

En tal disposición de ánimo me dirigí un día a casa de Krespel. Como me recibiera con aire risue-



—Aunque hoy es el segundo día de navegación he averiguado algo, amiga mía. Tiene veinte años, aunque ella solo confiesa diez y siete, su padre es un destilador de whisky retirado, posiblemente es sólo contrabandista de alcoholes. Está enamorando al segundo de a bordo, quien está casado y tiene dos hijos que viven con la madre en Glasgow.

LA INQUIETUD DE LA MUERTE

Para FRAY MOCHO.

Díjome la tierra con acento leve
. . . .
"Tienes frío. Sacúdete el traje,
y la nieve, la nieve, la nieve.
Hambre tienes: devora el paisaje;
y sed: bebe del agua que llueve.

Sécate las alas en la lumbre. Mueve
los músculos; cierra el equipaje.
Largo es el viaje; la ruta de nieve;
llueve nieve y es largo tu viaje.

Date prisa en sembrar tu semilla
que muy pronto entrarás en mi seno...
Ha caído una hoja amarilla
ha rodado una lágrima al cieno,
en tu celda quebróse una astilla,
gustó la laringe del treuno...

MEJICO. *José ESQUIVEL PREN.*

fie y tranquilo, no pude contenerme y exclamé encarándome con él violentamente:

—¿Cómo puede tener vuestra conciencia un sólo momento de tranquilidad, pensando en un hecho a que por horrible no castigarían bastante todos los tormentos del infierno?

El consejero me miró con asombro, y me dijo:

—Sentaos, amigo mío, sentaos.

Pero yo, enardeciéndome, acabé por romper todas las barreras y le acusé de la muerte de Antonia, amenazándole con todas las venganzas del cielo. En mi calidad de legista le prometí poner en juego todos los resortes para descubrir las huellas de su crimen y entregarle a la justicia humana.

Krespel recobró su aire grave para decirme en tono solemne:

—Joven, veo que me tienes por un extravagante, por un insensato; pero yo te lo perdono porque estamos encerrados en la misma casa de locos y tú no te irritas porque yo crea en Dios Padre, sino porque tú crees en Dios Hijo. Sin embargo voy a hacerte una pregunta: ¿Cómo te has atrevido a mezclarte en una vida que debe serte extraña y a buscar en ella los hilos más secretos? Ella no existe ya y el secreto ha cesado.

Krespel se levantó y dió grandes pasos por la estancia.

Yo recobré mi energía y le supliqué que me explicara aquel enigma. El me miró largo espacio, tomó mi mano y me condujo hacia la ventana que abrió de para en par. Después con el cuerpo echado hacia afuera y los ojos fijos en el jardín, me contó la historia de su vida.

Cuando la hubo terminado me retiré conmovido y confuso.

He aquí las circunstancias concernientes a Antonia:

Veinte años antes, la afición, pasión, mejor dicho, que el consejero tenía por los mejores violines de los viejos maestros, lo llevó a Italia.

En Venecia oyó cantar a la célebre cantante Angela N..., que brillaba entonces en los primeros papeles en el teatro de San Benedetto, y el entusiasmo que sintió no fué solo inspirado por el talento de Angela, sino por la celestial belleza de que la había dotado la naturaleza.

El consejero trató de hacer conocimiento con Angela, y a pesar de sus formas un poco rudas, llegó, por su superioridad musical y por su aire atrevido y expresivo tocando el violín, a ganar por completo el corazón de la hermosa italiana. Unas íntimas relaciones los llevó en pocas semanas a un matrimonio que permaneció secreto, porque Angela no quería perder el nombre con que había adquirido su celebridad, para tomar el poco armonioso de Krespel. El consejero me pintó con ironía la singular manera con que Angela le atormentó desde el mismo punto en que fué su mujer.

Todos los malos humores, todos los caprichos de las cantantes de primera línea ,se habían congregado, al decir de Krespel, en el esbelto cuerpo de Angela.

Una vez, después de un fuerte disgusto conyugal, Krespel huyó a una quinta de recreo de Angela, donde olvidó todos sus sinsabores improvisando en su excelente violín de Cremona. Mas, ¡ay! bien pronto la "diva", que le había seguido de cerca, entró en la sala.

La bella italiana se hallaba en aquel momento dispuesta a la ternura, y arrojándose en brazos de Krespel, le colmó de dulces reproches y le abrumó a caricias.

El consejero, sin embargo, arrastrado por el torbellino de sus acordes, continuó tocando el violín con su ordinario entusiasmo, llevando éste hasta el punto de que el arco fué a lastimar levemente el rostro de la cantante.

—"¡Bestia tudesca"! — exclamó levantándose enfurecida.

Y arrancando violentamente de manos del consejero el inestimable violín, le hizo menudos pedazos, golpeándolo contra una mesa de mármol. El consejero quedó petrificado en el primer momento; pero luego, levantándose como el que despierta de un sueño, cogió a la italiana por el talle, la arrojó por la ventana, y sin inquietarse por las consecuencias de su arrebato, se dirigió a Venecia, desde donde salió inmediatamente para Alemania.

Solo entonces, fué cuando se dió exacta cuenta de lo que había hecho, y aunque se enteró de que la altura de la ventana no pasaba de cinco pies, se sintió tanto más atormentado en su conciencia cuanto que hacía poco la hermosa italiana le había dado a entender que abrigaba la esperanza de ser madre.

Apenas se había atrevido a hacer algunas averiguaciones, cuando ocho meses después del suceso recibió una carta por extremo tierna de su cara mitad.

En ella no le hacía la menor alusión a lo pasado y le anunciaba haber dado a luz una encantadora niña, rogando al "marito amato", al 'padre felicissimo" que fuera sin perder momento a Venecia.

Krespel no aceptó la invitación, pero escribió a sus amigos de Italia, pidiéndoles informes acerca de lo pasado durante su ausencia.

Por ellos supo que su "cara" esposa había descendido sobre unos haces de hierba, y por lo tanto su caída no había tenido consecuencia más que en orden moral, puesto que desde aquel instante se había mostrado por completo cambiada.

De su carácter caprichoso no quedaba la menor huella, y hasta el maestro que había compuesto la ópera que debía cantarse el Carnaval de aquel año, se reputaba el hombre más feliz de la tierra. La avasalladora "diva" se había avenido a cantar su parte sin exigir, como acostumbraba, cambios y más cambios en la partitura.

A Krespel le llegó tan al alma aquella transformación, que inmediatamente escribió a su mujer una carta ternísima, en que le habló de la alegría que le causaba saber que su hija tenía como él un lunar detras de la oreja izquierda, y en que juraba que amaría eternamente a su Angela...

Desde aquella época, las protestas de amor, las lamentaciones por la ausencia, los deseos y las esperanzas, siempre por escrito, se cruzaron sin cesar de Venecia a H... y de H... a Venecia.

Pero Angela por fin fué a Alemania y obtuvo, como es sabido, un éxito prodigioso en el teatro F...

Ya no era joven; pero su mágico atractivo seducía aún, y su voz no había perdido nada de su frescura y de su extensión.

Antonia había crecido, y como su madre había comunicado desde Italia al consejero, anunciaba un talento de primer orden.

Los amigos que Krespel tenía en F... le dijeron, con afecto, que dos cantantes arrebatadoras habían llegado, y le instaban a que fuera a oirlas.

El consejero no sospechaba entonces los vínculos que le únian con aquellas dos extranjeras; pero tal vez su presentimiento le debió anunciar algo, y se quedó en su casa, rodeado de sus violines destrozados.

Entretanto, un compositor joven y bien reputado se había enamorado de Antonia y Antonia correspondió a su amor. Angela no tuvo nada que oponer a aquella unión, y Krespel dió su consentimiento.

Este esperaba todos los días la noticia del matrimonio: pero en vez de ella, lo que recibió fué una carta en la que el doctor R... le anunciaba que Angela había tomado un aire al salir del teatro, y que había muerto la noche anterior al día en que debía celebrarse el matrimonio de su hija.

PALABRAS DE COMBATE

Adoro la juventud revolucionaria y tumultuosa. Del joven que tiene explosiones de ira y desentona con la mediocridad en arranques de nerviosismos, hay mucho que esperar; ese lleva fuerza acumulada. Nada más detestable en la juventud que los temperamentos de vaselina, que en todo resbalan sin clavar dentellada. Prefiero esos caracteres ásperos como las limas: hieren lo que rozan, pero pulen y construyen. Lo que muchas veces se tiene por incivil no es sino dinamismo y fuerza pensante, removedora. Y aquello que el mundo pide como expresión de cultura, es, casi siempre, refinamiento de hipocresía e intensidad de simulación.

Los temperamentos fuertes que se construyen sobre una recia base moral (moral de vida), prescinden de todas o casi todas las imposiciones de la sociedad. El hombre que se adama y sofoca sus más íntimas rebeldías, creyendo hacerse culto con ello, no hace sino castrar su temperamento y perder sus mejores patrimonios. Es menester pelear y enemistarse para asegurar nuestra propia fortaleza. Quienes son amigos de todo el mundo y se adaptan sonrientes a la farsa social, sufren un error de muerte moral al pensarse, por eso, fuertes y cultos. En realidad han vendido su personalidad en la feria del bienestar y de las vanidades mundanas. Aquel que padece el no — conformismo, que tiene un "estómago mental" delicado para digerir ideas domésticas, que pasa en más de una ocasión por "hombre de mal carácter", debe reconfortarse y saberse con grandes atributos. Ese comprenderá en seguida que la virilidad no está en el sexo; sabrá que existe un "sexo ideológico", fuente de la verdadera masculinidad. Y quienes lo posean, necesariamente chocan con el eunuco común y son como ácidos para el plomo de las pobres voluntades de salón. De otra manera, el esfuerzo cotidiano de quien se enardece en ansias de superación perdería su altísimo significado; la vida misma, con ser tan honda de trascendencia, resultaría una mísera charca de bacterios más o menos inteligentes...

Edifiquemos siempre en nuestra heredad. No importa que los grandes terratenientes del prejuicio y de la comedia social enriquezcan con la valoración que impone nuestro esfuerzo. Ya perderán sus latifundios y una palabra de alba amanecerá en nuestra escasez. Entonces, esta capacidad de fecundar que nos exalta será la justicia de nuestra fuerza; y al llegar el tiempo de vendimia, la dicha del despertamiento interior nos hará comprender la profunda belleza y dignidad humana que había en nuestra lucha.

Ricardo TUDELA.

Atorrante



Como símbolo evidente
de completa rebeldía,
ante todo lo existente
que es rutina y sumisión,
siempre pasas por mi lado
sin notar la simpatía
que me inspira tu tocado,
tu indumento, y tu zurrón.

—

Pordiosero nunca fuiste
porque nada más opuesto
a tu genio (el que tuviste
y el que tienes) puede haber;
pero por tal te tomaron
y aunque sin duda molesto,
viviste, pues te dejaron
a tu albedrío mover.

—

Hoy no es así: se detiene
a quien pide o lo aparenta;
a quien trabajo no tiene
y se alberga en un portal.
Y aunque tú nunca has pedido,
esto no se tendrá en cuenta
y te verás detenido
como un mendigo normal.

—

No te arredres, atorrante,
ni te inclines ni sometas
ante nadie, sigue errante,
sin trabajo y sin hogar:
Vale más no tener nada:
si no hay goces no hay rabietas;
si no anhelas una amada
¿qué te puede interesar?

José Pavía R. — Jaén.

(Dibujo de Ovidio Nuñez Abrego)

Angela había declarado al doctor que era la esposa de Krespel, y aquél invitaba al consejero a que fuera a la mayor brevedad a recoger a su hija, que sin él quedaría sola en el mundo.

Krespel partió inmediatamente a F..., no siendo fácil describir la emoción que sintió al vez por primera vez a Antonia.

El prometido de ésta se hallaba a su lado, y Antonia, que apreció desde el primer momento lo extraño del carácter de su padre, se puso a cantar un motivo sacro del viejo Martini, que su madre cantaba al consejero en los tiempos de sus primeros amores.

Krespel derramó un torrente de lágrimas. Angela jamás había interpretado aquel trozo de música con tanta expresión.

El timbre de la voz de Antonia era maravilloso, semejando algunas veces al soplo armonioso de un arpa eólica, y otras, modulaciones del ruiseñor.

Antonia, en su verdadero arrobamiento amoroso, cantó los hermosos trozos de música de su repertorio, acompañada de su prometido, que ponía el mismo entusiasmo que ella en arrancar suaves acordes al instrumento que manejaba hábilmente. Krespel, arrebatado primero por el entusiasmo, no tardó en caer en un profundo abatimiento. Por fin, se puso en pie, estrechó a Antonia contra su corazón, y le dijo con voz apenas perceptible y velaba por las lágrimas:

—No cantes más. Si me amas, no cantes más. Por favor. Tu acento me desgarra el alma.

Al día siguiente decía el consejero al doctor:

—No me había engañado. Ayer, mientras cantaba, las dos manchas rosáceas que aparecían en sus mejillas pálidas, me han hecho temblar. ¿Decidme si me engaño?

El doctor, cuyo semblante se obscureció a las primeras palabras del consejero, le respondió:

—Sea que los esfuerzos que exige el canto, sea que un accidente natural haya producido ese estado, el pecho de Antonia ofrece un defecto de organización que da a su canto esa fuerza maravillosa y esos tonos únicos que se salen de la esfera de acción de la voz humana. Pero esa facultad celestial le costará la vida si no deja de cantar. De no renunciar al canto, en seis meses habrá cesado de vivir.

Krespel sintió desgarrada su alma. Le parecía ver un frondoso árbol que ofrecía sus primeros frutos, al mismo tiempo que se doblaba cortado por sus raíces. Su resolución estaba tomada. Nada ocultó a Antonia, preguntándole si prefería seguir a su prometido y morir después en el torbellino del gran mundo, o vivir largo tiempo en un tranquilo retiro. Antonia se arrojó llorando en los brazos de su padre, que comprendió todo el dolor que debía costarle tal resolución.

Después conferenció con su joven prometido, que le juró que jamás saldría una nota musical de los labios de Antonia. Pero el consejero sabía de sobra que el compositor no podría resistir a la tentación de hacerla ejecutar sus obras, y su egoísmo, por otra parte, no consentiría que aquélla hiciera el encanto de otro que no fuera él. No tuvo en cuenta, pues, los votos del músico, y de repente desapareció con Antonia.

Pero el joven, que había sabido con desesperación la partida de su amada, averiguó el camino que ésta llevaba y, casi al mismo tiempo, que ella llegó a H...

—¡Verle una vez más y morir! — decía Antonia con voz suplicante.

Y como el consejero viera con rabia que aquella a quien consagrara su vida entera se escapaba de sus brazos por volar a los de su prometido, exclamó en el colmo de la desesperación:

—¡Puesto que lo quieres, sea!

Y obligó al joven compositor a sentarse al piano.

Antonia cantó y Krespel tocó el violín hasta que las dos placas rojas aparecieron en las mejillas de su hija. Entonces les mandó parar, y tan luego como Antonia se hubo despedido de su prometido, lanzó un grito y cayó inerte.

—Creí que estaba muerta, como me lo habían predicho — me dijo Krespel. — Y como yo estaba preparado para la terrible catástrofe, permanecí tranquilo y dueño de mí mismo.

Entonces así por la solapa al joven compositor, y le dije:

—Puesto que habéis querido asesinar a vuestra prometida, podéis retiraros tranquilamente, a menos que prefiráis quedaros hasta que sepulte en vuestro corazón este cuchillo de caza.

Algo de terrible debió de haber en aquel momento en su mirada, puesto que el mozo se apresuró a partir lanzando tristes gemidos.

—Cuando el consejero — continuó diciendo el doctor — se volvió a Antonia, ésta abrió los ojos, que volvieron a cerrarse de nuevo.

A los gritos acudió la vieja criada, la cual salió a buscar un médico, y, gracias a los cuidados de éste, Antonia no tardó en volver a la vida.

Con más celeridad de lo que el consejero esperaba, se restableció la joven por completo, y desde entonces no dejó ni un solo momento de compartir con Krespel, las más extrañas, ocupaciones. Sus manos delicadas le ayudaban a destrozar los viejos violines y a rehacerlos de nuevo.

—No quiero cantar, sino vivir para ti — decía a su padre cuando alguien la invitaba a cantar.

Pero, a pesar de esto, el consejero procuraba siempre evitar tales invitaciones, y sólo con disgusto la presentaba alguna vez en sociedad, evitando con escrupuloso cuidado llevarla a las casas en que se hacía música.

Cuando adquirió el magnífico violín que ha hecho enterrar con ella, se disponía, como de costumbre, a desmontarlo, cuando Antonia, mirando el instrumento con interés, le dijo tristemente:

—¿Este también?

El consejero no acertaba explicarse qué fuerza desconocida le impedía destruir aquel violín y le impulsaba a tocarle. Lo cierto es, que tomó el arco, y apenas hubo arrancado las primeras notas, oyó a Antonia que decía con inefable júbilo:

—¡Ah, me encuentro al fin!... ¡Ya canto, ya canto de nuevo!

En efecto, los sonidos argentinos de aquel instrumento parecían salir de una garganta humana. Krespel, conmovido hasta lo más íntimo de su ser, tocó con más expresión que nunca, mientras Antonia, arrobada por aquellas notas tiernas y apasionadas, exclamaba con pasión:

—¡Eso, eso es! ¡Soy yo que canto!

Desde aquel momento una serenidad extrema parecía rodear la existencia de la joven. Frecuente-

mente, cuando decía al consejero:

—¡Quisiera cantar algo, padre mío!

Krespel descolgaba el violín y tocaba las piezas que hacían en otro tiempo las delicias de Antonia, y ésta caía en arrobamientos que la hacían completamente feliz.

Poco antes de mi vuelta, una noche el consejero creyó oir el piano en la próxima estancia, y no tardó en reconocer el modo de preludiar del joven compositor. Al escuchar aquellos acordes, quiso levantarse, pero le pareció que férreas y pesadas cadenas le sujetaban al lecho, y por más esfuerzos que hizo tuvo que permanecer inmóvil. Entonces oyó la voz de Antonia, que cantaba primero de un modo vago y apenas perceptible, para elevarse después al "fortissimo" más resonante y hacerse luego un tono grave y majestuoso al empezar su canto sagrado a la manera de los antiguos maestros, que el joven profesor había compuesto en otro tiempo para ella.

Krespel me confesó que el estado en que se hallaba era imposible de definir, pues mientras se apoderaba de él, el más horrible espanto, sentía el más delicioso de los arrobamientos. De pronto se sintió deslumbrado por vivísima claridad, y vió que Antonia y su prometido se abrazaban mirándose con ternura. El canto continuaba, a pesar de que ni Antonia cantaba ya, ni el maestro ponía los dedos en las teclas del piano.

El consejero cayó entonces en un profundo sopor.

Cuando volvió de él, recordó su visita y corrió a la estancia de Antonia.

La joven estaba tendida sobre un diván, con los ojos cerrados y los labios ligeramente contraídos por una dulcísima sonrisa.

Parecía dormida al arrullo del más bonancible de los sueños.

Y, sin embargo, estaba muerta.

Las fábulas mitológicas tienen un fundamento científico

Esas leyendas de ogros y dragones, esas fábulas mitológicas que todo el mundo conoce, tienen todas un fundamento científico.

Que al cabo de miles de años nos hablen de un dragón que sabemos no existe, no quiere decir que en la época en que nació la leyenda no hubiese monstruos parecidos a los dragones.

Los antiguos griegos tenían la leyenda de Polifemo, hijo de Neptuno y de la ninfa Tosa, uno de los cíclopes de Sicilia. Tenía un solo ojo en medio de la frente y era un ser gigantesco y monstruoso que devoraba a los hombres y los destrozaba arrojando enormes pedruscos sobre ellos y sobre las embarcaciones que pasaban cerca de los lugares donde apacentaba sus carneros.

Así mató a varios de los compañeros de Ulises al llegar a las costas de Sicilia y el mismo Ulises hubiese sufrido idéntica suerte, si el héroe no hubiera aprovechado la ocasión de saltarle el ojo al encontrarle dormido.

Todo esto nos hace sonreir. ¿Quién va a creer que hayan existido esos cíclopes con un solo ojo en la frente?

Pues bien, la leyenda del hombre de un solo ojo tiene su fundamento.

Es evidente, que en el antiguo mundo animal, hubo seres que tenían un ojo en la frente, restos del cual quedan aún en lo que se conoce con el nombre de glándula pineal que el hombre actual tiene en el centro del cerebro.

El profesor Willeiton, muestra el dibujo del cráneo fosilizado de un reptil de la Edad de Permean, encontrado en Texas, con la cuenca de un tercer ojo en la frente.

La antigua leyenda griega de Polifemo puede muy bien tener un origen en estos hechos.

En la leyenda de las Hesperides, figura el dragón Jadón. Su enorme boca se tragaba las embarcaciones que allí se acercaban y así defendía el jardín de las manzanas de oro, las naranjas.

El profesor Westenkoefer, sabio alemán, afirma que hay pruebas suficientemente científicas para demostrar que el hombre primitivo tuvo que habérselas con enormes criaturas de horrible aspecto, que son la base de las leyendas y cuentos populares así como mitológicos.

El citado profesor Westenkoefer, cree que en otros tiempos un antiguo caballo debió figurar en la cadena de los antecesores del hombre; monstruos de terrorífico aspecto que dieron lugar a la leyenda de los centauros.

Ahora bien, es cosa sabida, que toda vida tuvo su origen en las aguas, entre los vapores que formaban las aguas calientes de los mares prehistóricos y recordemos como en las leyendas citadas no falta este elemento. El cíclope Polifemo tuvo por padre a Neptuno, el mar; los dragones con ríos y torrentes que serpentean por los valles; nacen del elemento agua, y por último, el centauro tiene por madre a una Oceánida.

El hombre, según este sabio, tuvo su origen en el agua. Es parecidísimo a lo que fué en los primeros días de su existencia.

EPÍLOGO

(Del libro «La linea», recientemente aparecido)

Los hombres, como los números, tienen dos valores: el valor absoluto y el valor relativo. El valor absoluto es independiente de circunstancias ocasionales. El valor relativo depende de esas circunstancias. Se puede ser, por ejemplo, ministro, sin tener las nociones elementales que deben caracterizar las actitudes para ser tal. Un sujeto en esas condiciones, investido por el decreto oficial, tendrá valor relativo: le faltará, en cambio, el valor absoluto. Tal es el caso de los dos ministros que intervinieron en esta incidencia. El uno oficializó las diatribas con supuestos injuriosos en el citado decreto del 26 de febrero de 1923 y ordenó una investigación para que fuese realizada por un amanuense sin concepto jerárquico y con manifiesta ignorancia del significado de la institución, revestido con la solemne gravedad con que pretendía aparentar la imparcialidad de sus procederes. El otro, "al seguir las huellas de su antecesor" (1) — según sus propias palabras — creyó fácil conquistar resonancias efectivas con el citado decreto de fecha 21 de agosto de 1924 (2). Tal vez se asignó un valor absoluto, sin darse cuenta que, sin el decreto que le confirió la investidura oficial, viviría anónimo, confundido en el ambiente o en el rebaño...

La amplitud mental y la entereza moral se exteriorizan cuando, verificado el error, es corregido por voluntad propia, sin presiones extrañas, por obediencia al imperativo categórico que radica en la conciencia humana. Si por error se me había sometido a la exacción que define la investigación ordenada por el decreto del 26 de febrero de 1923; si dos sumariantes, después de dieciocho meses, no habían podido concretar ningún cargo, no obstante los procedimientos inquisitoriales para obtener pruebas condenatorias; si todos los cargos quedaban reducidos a la enumeración contenida en el considerando primero del citado decreto del 21 de agosto de 1924; — un ministro de positivo valor absoluto habría, con mano firme, redactado un decreto que reintegrase al funcionario al ejercicio de su cargo con la dignidad que le correspondiese. Sagarna, en cambio, amasó, con la chismografía, el sumario, ese mismo decreto, desprovisto de altura, propio de los funcionarios que se adaptan a todas las circunstancias, como el líquido al recipiente que lo contiene. No es de extrañar. Quien pudo suscribir resoluciones y decretos que motivaron el episodio grotesco de la renuncia del Juez Federal de Bahía Blanca (3), no puede tener la estructura que impone el ejercicio de altas funciones, cuando el hombre, a su vez, comprende el honor que aquellas comportan y honra la investidura.

Callo las cambiantes políticas y doctrinarias de Sagarna (4). No me interesa anotar sus amaneramientos retóricos, sin acertar, en su gestión en plantear uno solo de los problemas que caracterizan la evolución contemporánea en la organización de la enseñanza o en la administración de justicia. Con prescindecia del hombre, sólo quiero reflejar la flexibilidad que sintetizan sus actitudes de ministro.

Terminada la incidencia administrativa con la solución que define los procederes oficiales, cumple destacar el concepto que transparenta, para dar el relieve que señalan los hechos de esta misma incidencia. Si ella exhibiese una controversia puramente personal no habría sistematizado las fases con que se ha desarrollado. Las cuestiones, cuando no hieren principios de orden público, no deben salir del círculo extrictamente privado. Pero, en este caso, perfila modalidades propias del ambiente que afectan intereses colectivos, cuyas consecuencias nulifican conceptos básicos que resguardan las garantías civiles, taxativamente prescriptas por la Constitución Nacional.

Cuando se pone en peligro un principio esencial, el hecho, por insignificante que sea, adquiere contornos concordantes con ese mismo principio. En esta incidencia se han desconocido principios que garantizan las prerrogativas del funcionario, la corrección administrativa y la seriedad de una repartición que tutela, por el ministerio de la ley, derechos que constituyen uno de los capítulos más significativos del Código Civil. De ahí el valor que corresponde asignarle. Por eso, al coordinar la documentación, con las otras correlativas, cumplo un deber y ejerzo un derecho inherente al ciudadano solidarizado con las instituciones del país.

Jose BIANCO.

---

(1) Véase III parte, "Las prerrogativas del funcionario", cap. IX, La actuación de Sagarna, parágr. IV, nota número 2.

(2) Véase III parte, "Las prerrogativas del funcionario", cap. X, Solución definitiva, parágr. III.

(3) Con fecha 23 de agosto de 1924, el Juez Federal de Bahía Blanca, doctor Emilio Marenco, renuncia su cargo y solicita ser nombrado Defensor de pobres, en reemplazo del doctor Juan Antonio Argerich, fallecido pocos días antes. Por decreto de fecha 28 del mismo mes, el Poder Ejecutivo acepta su renuncia de Juez Federal, nombrándolo Defensor de Pobres, tal como lo había solicitado. Con fecha 2 de septiembre de ese mismo año, el Poder Ejecutivo dirige un mensaje al Senado de la Nación, solicitando acuerdo para nombrar al doctor Berlingieri Juez Federal de Bahía Blanca, en reemplazo del doctor Marenco. Con fecha 3, — seis días después de haberse aceptado la renuncia del doctor Marenco y nombrársele Defensor de Pobres, y al día siguiente de haberse solicitado acuerdo al Senado para nombrar en ese cargo al doctor Berlingieri — el doctor Marenco se dirige al Poder Ejecutivo, manifestando la decisión de continuar en su cargo de Juez Federal. Pasados los antecedentes al Procurador General de la Nación, en su dictamen, manifiesta que la situación creada a raíz de la renuncia que el doctor Marenco ofreció en su nota del 23 de agosto, aceptada por el Poder Ejecutivo por decreto del 28 del mismo mes, no puede ser modificada con la simple derogación de dicho decreto. Después del dictamen del Procurador de la Corte, el ministro Sagarna, con fecha 18 de septiembre, contesta la nota citada de fecha 3, en la que Marenco manifiesta la decisión de continuar en su cargo, para preguntarle si deseaba ser nombrado nuevamente Juez Federal, porque habiéndosele aceptado su renuncia por decreto de fecha 28 de agosto y nombrándosele Defensor de Pobres, ha cesado legalmente en su cargo de Juez. Replica el doctor Marenco, con fecha 23 de septiembre, manifestando que su nota del 23 de agosto, en que renunciaba su cargo de Juez Federal y solicitaba se le nombrase Defensor de Pobres, no era una renuncia. Por decreto de fecha 1.º de octubre, el Poder Ejecutivo declara que, no obstante el citado decreto de fecha 28 de agosto, el doctor Emilio Marenco no ha dejado de ser Juez Federal de Bahía Blanca... (Véanse los diarios en las fechas citadas del año 1924, inclusive "La Prensa", "La Nación" y "La Fronda").

(4) "Paraná, agosto 4 de 1918. — Al señor Presidente de la Nación, doctor Hipólito Irigoyen. Permita V. E. que el más modesto de sus conciudadanos y colaboradores como funcionario público en la obra de institucionalizar el país, le exprese sus plácemes más sentidos por el monumental proyecto de ley orgánica para la instruccinó pública que V. E. ha enviado al Honorable Congreso. Nada parecido conocía el país, ni como simple iniciativa particular, por la comprensión integral de la enseñanza, la perfecta armonía de todos sus grados o siclos, la precisa orientación educacional, la previsión absoluta de todos los medios ocncurrentes para hacerla efectiva y eficaz. Si yo fuera legislador votaría a libro cerrado esa ley trascendental, seguro de que así contribuiría a dar a la patria un instrumento insuperable para la evolución de su progreso y conservación de sus grandes destinos. Saludo a V. E. con mi más alta consideración. — Antonio Sagarna".

Al Excelentísimo señor Ministro del Interior, doctor don José P. Tamborini

A su Excelencia el señor
Ministro del Interior
respetuosamente digo:
Que me designe algún puesto
de DENTISTA en presupues-
[to
favoreciendo al amigo.

———

Harán muy próximamente
dos años que activamente,
estoy prestando servicio
en la pampeana ASISTEN-
[CIA
con tan aguda apentencia
que constituye un suplicio.

———

Pues mientras curo sus
[dientes
a los seres indigentes
en esta Repartición
y comen perfectamente,
yo — muy flaco y penitente—
me muero por consunción.

———

Señor: no es útil la vida
cuando se tiene abolida
la función de masticar;
dice la Patología:
todo órgano se atrofía
si deja de funcionar.

———

Y ya es cosa archiprobada
dentadura descuidada
causa trastornos sin tasa;
prima facie es una anemia
que, si estalla en epidemia
se degenera la raza.

———

Conviene prever los males;
honorables congresales
lo han dicho en sus discusio-
[nes:
"seres sanos, buenos dientes,
engendran hijos potentes"
¡orgullo de las naciones!

———

Si la patria necesita
para su dicha infinita
ser fuerte, grande, admirada,
es menester que sus hijos
sean sanos y prolijos,
que cumplan bien su jornada.

———

Sin salud no se trabaja
y es esta una desventaja
para un país floreciente
¡cuidemos los ciudadanos
que tengan sus dientes sanos
y habrá energía viviente!

———

Energía que aplicada
a cualquiera empresa dada,
dará enorme rendimiento;
esto es lo que necesita
la patria amada y bendita
que soñara el gran Sarmien-
[to.

———

Por todas estas razones
que expongo en estos renglo-
[nes
señor: —muy justo sería,
diérais al pueblo que clama
un DENTISTA. — ¡Lo recla-
[ma
La Pampa de Echeverría!

———

Por tanto, os ruego, Exce-
[lencia
un poquito de indulgencia
para el que gratis oficia.
¡Mejorad su situación
la doliente población
os agradece!—Es justicia.

C A R L O S   E.   A N E L L O

S. ROSA, AGOSTO 1927.

La penitenciaría de Córdoba

(Véase, en las páginas de grabado, las fotografías relativas a esta crónica)

El tranvía, [illegible] de recorrer una gran distan[illegible]ndo la ciudad y pasando por [illegible] urbanos se ha det[illegible] más con mucho ruido [illegible]to. El motorista ha sacado la manivela y se ha dado vuelta a mirar a la concurrencia: entonces todos hemos desalojado el vehículo como si aquel hombre fuese un mal orador.

Pueblo San Martín. Allí está la punta de rieles de la línea. Camino unos pasos y veo el enorme ed[illegible]cio de la Penitenciaría, níveo, ref[illegible]gente a la luz del sol, un sol p[illegible]te a las 15 horas. Con su cuerpo central y sus dos grandes alas, aquello no parece una cárcel, sino una blanquísima paloma de paz reposando sobre los jardines bien cuidados.

Sin que nadie nos molestase entramos hasta el "hall" donde nos detuvieron una voz y unos galones:

—¿Qué desea el señor?

—Hablar con el señor Director.

—No está... Está el Sub. ¿De parte?

—"Fray Mocho".

Pocos segundos después se abraía el pesado portón de hierro cuyo cerrojo sólo manejan las manos del guardián armado que lo custodia.

Amabilidad y buen café, en el elegante y sencillo despacho Previa una breve conversación y ente[illegible] el señor Manuel L. Pizarro, Subdirector del establecimiento, de nuestra misión, iniciamos la visita de la casa.

A medida que avanzamos, nuestra impresión se acentúa. Una de las cosas que nos llama la atención es la extraordinaria limpieza. Las paredes blancas parecen recién pintadas y el mosaico de los pisos, como un espejo, refleja las cosas en todas partes.

Vamos por un corredor a cuyos costados se abren, en hilera, las puertas de las celdas vacías. Los presos, — tenemos deseos de decir simplemente, los obreros, — trabajan en los talleres.

Cada puerta de celda tiene un pequeño ventanuco con repisa y en cada una de éstay hay un pan francés grande y fresco que podríamos llamar "el te de las cinco". Miro las celdas por dentro: en general, camas blancas con colchas también blancas y limpias. Luz y aire entran suficientemente par una ventana alta no tan grande como para un poeta ni tan chica como para un preso. Todo con mucho orden.

En particular, detalles que traducen pasiones e inclinaciones. Casi todos los presos arreglan con esmero y gusto aquel estrecho lugar donde deben pasar las horas más tristes del cautiverio. Si pudiésemos saber lo que ellos piensan allí, de noche, cuando no se oye más que el alerta periódico de los centinelas, nos espantaríamos en alguno que otro caso pero seguramente nos apiadaríamos siempre.

Una celda atrajo nuestras miradas más que las otras: libros en profusión; un calentador y adminículos para tomar mate; adornos... Aquello era más bien una celda de estudiante en un internado.

—¿Tienen mucha libertad en sus gustos? — inquirimos.

—Relativamente, — nos contesta el Sub, como en adelantes designaremos al señor Pizarro, considerando que su temperamento cordial y ágil lo aceptará. — Se aloja aquí un hombre de excelente conducta. En general, todos se portan bien y aquí les tratamos humanitariamente, alentándolos en todo lo posible. No impera la anarquía, sino el respeto mútuo. Vd. se habrá fijado — continúa — como se cuadran o se descubren cuando paso o les hablo.

—Es cierto...

No nos costó mucho tener la certidumbre de que ese respeto no era forzado por una disciplina brutal, respondiendo, más qué a la natural exigencia del reglamento, a un sentimiento de gratitud.

El Sub nos invita a seguir la recorrida, y en el camino nos cuenta que hace cuatro años que desempeña el cargo y aun no ha puesto a ningún preso en el triángulo.

—¿Qué es el triángulo?

—Un cuchitril reducidísimo, obscuro, húmedo y frío, de donde los hombres salen tiritando y maldiciendo.

—¿Tiene usted métodos?

—Vea, amigo; los métodos serán muy buenos, pero yo prefiero proceder "sanchescamente". Funcionarios hubo que, en mi situación, no se aventuraban, ni acompañados, por el interior de la casa. Yo, ya lo ve usted; y sin armas.

—¿No le custodian a usted cuando inspecciona?

—No; sé que sólo debo inspirarles simpatía, aunque no dejo de ser enérgico cuando es necesario.

Llegamos a la cocina. ¡Qué lejos está esto de los hórridos calabozos medioevales! Un olorcito agradable nos recuerda que va llegando la hora de la comida. En grandes calderas, el "rancho" está a punto, hirviente aún. Podemos comprobar que es limpio, bien sazonado y abundante.

Hacemos algunas preguntas y a todas obtenemos contestaciones que manifiestan agrado, hasta donde puede agradar una excelente comida a un preso que preferiría comerla, mala, en la fonda de la esquina, adosada con laureles libertarios.

—¿Hay muchos presos? — preguntó mientras nos dirigimos a los talleres.

278 penados y 235 procesados. Es decir, que estos últimos no están condenados aún. Total, 513, terminación cabalística.

Vemos el aserradero y la carpintería mecánica donde se hacen bancos para las escuelas y excelentes trabajos para obras particulares y del gobierno provincial; la herrería y el taller mecánico con sus enormes máquinas; la escobería, limpia y ordenada, repleta de grandes haces de escobas, listas para la venta.

Luego la fotografía y la zapatería... Llegamos por fin al muy criollo taller de lazos. Hay allí unos hombres morenos de pelo negro e hirsuto que con maestría y gusto fabrican desde los más gruesos hasta los más delicados arreos y tejidos de cuero y de cerda.

Con los distintos trabajos se sostiene el establecimiento y ganan los penados para sus gastos particulares, ahorrando para recomenzar la lucha por la vida, en un ansiado día de libertad. La Escuela y la Capilla del establecimiento son dos columnas que sostienen la esperanza de aquellos hombres y les preparan para ese mañana. Escuela y Capilla les educan el alma y la mente. Aprenden a sentir y a pensar.

Muchos hombres de aquellos con el corazón de piedra, derramaron su primer lágrima en esa húmeda capilla y aprendieron a deletrear la palabra amor en la limpia y luminosa escuelita de la cárcel.

Nuevamente en el despacho del Sub, formulamos una pregunta más:

—¿Hay entre los recluidos algún hombre muy "bravo"?

Poco después, como contestación viviente, entra un hombre joven y se cuadra ante nosotros: es Primo Comán. Moreno y delgado, tiene aspecto servicial y humilde. Atrae nuestra simpatía, contestando con un acento de profunda sinceridad, las preguntas que le hacemos.

—Estoy arrepentido, señor, de lo que he hecho... En esos momentos, uno no sabe... Ahora sólo quiero salir de aquí para ser un ciudadano pacífico y útil a la sociedad... Para trabajar y para vivir. Imagínese, señor, que si "hago otra", me pasaré la vida encerrado... hasta que sea viejo!

Primo Comán tiene sobre sí la carga de una herencia ancestral. Siente sus buenos propósitos, indudablemente, pero... a pesar de todo se entrevé alguna vanidad en sus palabras cuando dice... Bueno; ¿para qué repetirlo? El no lo hará más, os lo aseguramos.

Solo diremos, para amenguar la curiosidad de nuestros lectores, que son ya seis los que han salido de este valle de lágrimas, impulsados a ello por nuestro hombre.

Al separarnos de él, nos pide que consignemos en "Fray Mocho" sus buenos propósitos. Así lo hacemos.

Nos despedimos. El Sub nos tiende su mano y nos dice:

—Ya sabe, compañero... esta es su casa...!

—Gracias — le contestamos, comprendiendo su broma. Y volvemos nuevamente a la ciudad, que se divisa allí abajo, envuelta entre las brumas y el humo dorado por el sol que se pone tras las sierras.

ESPINILLO.

Córdoba, 1927.

FILANTROPO INVOLUNTARIO

—¿Comestibles, licores, te envasado?
—No compro, tengo en venta la existencia.
—Paréceme que brilla por su ausencia:
no veo más que un armazón labrado.

—Para lograr el todo aquí empleado,
casi en guerra viví con mi conciencia.
¿Qué no hice?... Establecido, mi prudencia
tomó por norma no vender al fiado.

Mas, ora uno, que cambio no tenía;
luego otro, que enfermaba a cada instante;
ya en pos quien nunca vástago quería

y lo sufriera de engañosa amante...
Un vaivén, mientras hubo mercancía,
y por ganancia un "déficit" helante.

Jorge F. SERGI.

La piel del tiburón en la industria.

El reino animal, que antes era considerado por el hombre, principalmente como una fuente de recursos alimenticios, excepto en el caso de los animales que tienen pieles peludas, cuyos cueros sirven para la fabricación de prendas de vestir, se está explotando cada día más, para ser utilizados en la manufactura de diversos artículos.

Cinturones, zapatos, cintas para sombreros y otros objetos por el estilo son fabricados de la piel de serpientes, como todo el mundo sabe. El caimán o cocodrilo tiene el raro privilegio de ser una de las principales fuentes de abastecimiento en el campo de maletas y valijas de cuero fino. Ahora, el tiburón está tomando un lugar de importancia en el terreno industrial. Los expertos que han indagado el mercado de los productos derivados del tiburón ,insisten en que ninguna parte del llamada iobo de los mares, debe desperdiciarse. La cabeza del tiburón puede servir para la manufactura de la cola; los joyeros utilizan los dientes de marfil del terrible monstruo. Las grasas y aceites de su cuerpo sirven para la elaboración de aceites medicinales. Sus huesos, y la mayor parte de su cuerpo, sirven para fertilizante.

Pero éstos solamente son artículos secundarios. Es la piel de tiburón, lo más importante, pues de ella se puede obtener un cuero duradero y de buena calidad. Los expertos afirman que el cuero del tiburón, es igual al cuero de una res ordinaria, y el hecho de que puede ser preparado en el brevísimo tiempo de quince días, hace crecer notablemente su valor comercial.

Un tiburón de tamaño regular, debería rendir aproximadamente, unos diez pies cuadrados de cuero, adecuado para la fabricación de zapatos, mientras que su cuero más delgado que se encuentra en la región del vientre, puede ser empleado en la manufactura de artículos más livianos.

La vida de sociedad

Reglas y costumbres de buena educación en el trato de las personas

Las visitas

Las visitas son una costumbre que tiende a mantener los lazos de amistad y las relaciones sociales.

Es de buen gusto visitar a las personas a quienes estamos obligados por algún acto de deferencia; otras veces la visita es necesaria para solicitar un favor y más comúnmente por el placer de pasar un rato en compañía de sujetos que encantan por su trato agradable o por su simpatía.

La costumbre de señalar un día para recibir, es útil y necesaria. Nada hay más desagradable que dejar las ocupaciones para ir a una casa cuyos dueños están ausentes, y nada que contrarie tanto como la llegada de una visita cuando el salón no está preparado, o cuando el dueño de la casa tiene otras ocupaciones o necesidad de salir.

El día en que se recibe, ya se han dejado de antemano, otros cuidados para reconcentrar la atención en las personas que nos visitan; el orden más riguroso reina por todas partes; la estufa está caldeada; las flores frescas y el sirviente de frac o la mucama con cofia y delantal blanco, sin más cuidado que el de abrir la puerta y atender a los visitantes.

Generalmente, las horas de recibir son de tres a siete; las visitas de poca intimidad deben ir de las primeras.

Casi siempre, todas estas visitas ceremoniosas son breves, y cuando llegan nuevos visitantes dejan el puesto libre después de algunos minutos, pues sería de mal tono marcharse al llegar ellos.

Las visitas de pésame resultan penosas, y a pesar de que son siempre desagradables por la pena que causa ir a ver la aflicción de los amigos, se necesita armarse de valor y cumplir este deber.

Al entrar en la casa adonde se va de visita, los hombres dejan en la antecámara los paraguas, las capas, los objetos que lleven en la mano y los abrigos. Las señoras pueden conservarlos, pero es de mejor gusto desprenderse de ellos.

Hecho esto, la mucama levanta el portier y anuncia a las personas que entran, las cuales van a saludar a la dueña de la casa, informándose de la salud de su familia. La señora de la casa se levanta a la entrada de un nuevo visitantes, y las demás personas de la tertulia, permanecen sentadas, inclinando la cabeza al saludarlas. Las mujeres no se levantan cuando es un hombre el que llega.

Las jóvenes no reciben nunca solas, a no reemplazar a su madre por cualquier circunstancia, y en ese caso lo harán acompañadas de su institutriz o de una parienta o amiga de edad. Si son huérfanas, reciben en compañía de su padre.

La señora que recibe, necesita estar vestida con esmero, demostrando así, deseo de honrar a sus visitas, pero sin gran lujo, para no eclipsarlas. Los guantes son de rigor por la noche, pero la dueña de casa no los lleva jamás en las recepciones de día. Asimismo, en estas últimas recepciones, puede recibir sólo la señora, mientras que en las que se verifican de noche es indispensable la presencia del marido.

Después del saludo a la señora de la casa, el visitante va a estrechar la mano de las personas que conoce. La señora visitada le presenta a las demás. Primero repite el nombre del visitante: "El señor de M. o la señora de Z. mi querida amiga", o bien su título y profesión, catedrático, profesora, artista, etcétera, y después va presentándole a todos los visitantes, no por su rango, sino por orden de proximidad. Sin embargo, si en la sociedad hay personas de mayor edad o respeto, se debe empezar por ellas. Esto en reuniones pequeñas: en grandes salones de concurencia numerosa no se presenta más que a determinadas personas.

Las personan de edad están autorizadas a tender la mano a todos los que les presenten, hombres o mujeres; los hombres de mediana edad pueden tender la mano a los de su misma condición y a los jóvenes, pero nunca a los de más edad, hasta que estos la ofrecen primero.

Las mujeres de cierta edad pueden permitirse ofrecer la suya las primeras a los hombres de su misma edad y a los jóvenes. En cambio, los jóvenes y las jovencitas necesitan gran reserva y han de esperar que los saluden, a no ser que ya se hayan encontrado varias veces en sociedad y hablado amistosamente, en cuyo caso el movimiento es espontáneo de parte de unos y otros.

Un hombre joven no debe jamás ser el primero en ofrecer la mano a una mujer; cuando dos hombres se encuentran en un salón y no tienen intimidad, el de más edad debe ofrecer la mano al otro.

Si se desea ser presentado en una casa, es necesario que un amigo pida permiso a la señora y que esta fije el día y hora. El presntado, a no ser de edad, ha de esperar a que la señora le tienda la mano antes de ofrecer él la suya.

Un joven o una señorita, no aceptan jamás una butaca, a no ser que no haya otros asientos o que la dueña de la casa insista y fuese imprudente rehusar. Los hombres que hayan llegado antes, ofrecen sus sillas a las damas que entran, a menos de estar mal colocados o en asiento demasiado modesto.

La duración de las visitas depende del grado de intimidad; así, las de etiqueta no pasan de un cuarto de hora, y los amigos las prolongan mucho tiempo.

Sólo una gran intimidad permite hacer visita fuera de los días de recepción. No se debe, jamás, ir mal vestida de visita a casa de una amiga en el día que recibe, por mucha que sea la intimidad. Si no se encuentra a la persona que va a verse, por ignorar su día de recepción, se deja una tarjeta con un ángulo doblado, y no se repite la visita a no recibir autorización o mediar confianza.

Asimismo, en días de gran fiesta no se harán visitas.

Las visitas de casados que ofrecen su casa, se verifican a los tres meses del matrimonio.

Las de dar gracias por un pésame cuando ha terminado el período de luto riguroso.

Entre las visitas obligatorias están las de felicitación de primero de año, de gracias por un favor recibido, las llamadas de "digestión", o sean las que se hacen despues de haber sido invitados a comer; éstas deben hacerse dentro de la misma semana.

Hay también obligación de visitar a las amigas enfermas, a las amigas que dan a luz, a las señoras que son presentadas en casa, a las amigas que vuelven de un viaje para el cual se despidieron, y a las que han tenido un suceso dichoso o una desgracia de familia.

En cuanto a devolver las visitas, una señora que recibe con frecuencia está dispensada, y las amigas van a verla a ella; pero de vez en cuando ha de ir a visitarlas o dejarles tarjeta.

Los que se conocen en sociedad pueden empezar a visitarse después de haber cambiado sus tarjetas y partir la autorización de la persona más respetable.

Una señora nunca puede ir sola a visitar a un hombre soltero, a no ser que éste sea de edad y respetable posición. Si le es necesario verlo, deberá ir acompañada de personas serias.

La costumbre de saludarse las señoras besándose, está ya pasada de moda. Nada tan incómodo como estos besos, para los que estorban el sombrero y el velito, y nada tan poco antihigiénico como esto y besar a los niños.

C. DE B.

(Continuará).

LA VIDA Y LA MUERTE

La Vida es una vieja desdentada,
decrépita y soez;
el gesto oblícuo, torva la mirada.
Son dos garras sus pies...
Sus manos, son dos zarpas encorvadas,
viscosas y temblantes,
y sus dedos, con uñas prolongadas,
son diez escolopendras ondulantes.
Ella es de la avaricia la maestra,
a la ventura siempre nos incita:
nos la ofrece en su diestra,
pero con su siniestra nos la quita.
...Hoy, durmiendo mi fiebre, la malvada
se apareció rondando mi dolor.
Me despertó su horrible risotada
con sobrecogimientos de pavor.
—¡Vete, maldita! ¡Vete! ¡te aborrezco!
—mi angustia le decía—
¡Yo he sido bueno!... ¡yo no te merezco!...
(Y la bruja reía...)
—¡Quiero la Muerte!... ¡basta de tortura!...
Bajo su placidez dormir... ¡dormir!...
(Y apareció una pálida figura
de manso sonreir...)
—Yo soy... ¿qué labios mi presencia invocan?...
—¡Tú!... ¡tan bella!... — asombrado balbucí —.
—Me pintan espantosa, y se equivocan,
he sido siempre así...
—¡Mata la llama de mi mala estrella!
¡contigo quiero huir!...
(Y la Muerte, tan pálida y tan bella,
dejó de sonreir...)
Y musitó: — No puedo complacerte,
otro día será;
esto no puede resolver la **Muerte**,
la Vida lo dirá...
Y la Vida, la bruja malhechora,
hiriendo el suelo con monstruoso pie
rugió a la Muerte: — ¡Vete!, ¡no es la hora!...
(Y la muerte se fué...)

Eduardo O. ZAPIOLA.

(Continuación de «SOBRE LA MAR»)

cipitada de recuerdos. Su rostro, a medida que desfilaban por sus ojos visiones imprecisas y vagas, contraíase en un rictus de dolor. Ronda macabra: orgullo, dignidad, indecisión, timidez... ¿Y ella? En su egolatría nunca había reparado en lo que ella pudo pensar, ni en lo que pudo sufrir. ¿No le asistían razones, acaso, para creerse despechada?

¡Oh, su torpeza!

—¡Bienaventurados los pobres de espíritu! — exclamó interrumpiéndose con una carcajada histérica que rompió el silencio de su noche bruja.

Demudado, lívido, preso su alma de una angustia indecible, lloró a mares sobre el dolor inmenso de aquella, su juventud...

No podía, sin grave riesgo, prolongarse ese estado de cosas. El organismo caduco sintió la reacción que liberta o aniquila.

Frente a la misma puerta de su amada, la mañana sorprendióla de pie; en los ojos un halo de serenidad augusta, y una leve sonrisa, surcada por un hilo de ironía, en los labios devorantes y resecos.

Ella no demoraría en salir, y entonces...

Esbelta y grácil, María Luz, descendió el peldaño de su mansión y detúvose, paseando la vista en torno suyo. Un joven la observaba con fijeza. Posó un instante sus ojos en él... y echóse a andar con paso lento y pausado calle arriba.

"El amor está sujeto al tiempo..."

¡Verdad lacerante y macabra!

Por su vera pasó la mujer idolatrada sin que sus ojos, ¡bellos ojos! nada dijeran a la ansiedad de los suyos... ¡Lo había olvidado!

Rechináronle los dientes con la fuerza de todas las furias, y ahogando en su pecho el clamoreo sordo de mil voces, abandonó, ebrio de dolor, aquel paraje, sin una protesta, sin una lágrima.

* * *

A partir de aquel día marchó desesperanzado dando tumbos por la vida.

Sus ansias, sus afanes, desviáronse al igual de una corriente que no hallando cauce sigue su curso por donde puede.

Tentó fortuna en el juego; mojó los labios sedientos de los besos de su fetiche, en la copa espúrea de los delirios malditos; persiguió en las demás mujeres las bellezas de su adorada... Juego, alcohol, y amores frívolos, nunca aplacaron su fiebre loca.

Y si no dejó un reguero de infamias en su camino, conservando siempre sus blasones de bien nacido, a través de los mares de zozobra que envolvieron su existencia, lo debió, sin duda, a que su corazón grande como la copa de un pino, contenía la llamarada viva que ardía en su interior con la resignación cristiana que no sabe de imprecaciones absurdas.

Una tarde, paseando su hastío, llegóse al puerto, y frente a un transatlántico próximo a partir, detuvo el paso. El mar, anchuroso y soberbio extendíase en lontananza con la quietud de un remanso. La brisa marina acariciaba su melena leonada, despejando las sienes sumidas en vapores de alcohol.

En actitud meditativa dejó transcurrir los minutos, indiferente al gentío arremolinado en el muelle.

Rasgando vibrante el infinito, el silbato del barco quitólo de la abstracción en que se hallaba, hiriendo su cerebro con un propósito insospechado.

Cuando descendieron los últimos visitantes, y quitada la planchada, el navío soltó amarras, entremezclado a los que agitaban manos y sombreros en señal de despedida, Carlos Aníbal, pasajero clandestino, sintió el asombro de aquel raro y peregrino impulso que sin saber cómo lo había puesto sobre la cubierta del palacio flotante que hendía las aguas enfilando la proa con rumbo para él, desconocido.

¿Trazamos el itinerario de nuestra vida, circunscribiendo la marcha en pos de la órbita proyectada, o juguetes del destino, vamos con paso incierto entre marañas inextricables, azotados por deseos y pasiones, que desmienten la virtualidad del libre albedrío en la inconciencia de los impulsos?

¡Enigma indescifrable!

A la vista del cerro montevideano, Carlos Aníbal entregó la ofrenda de su pasión a las fauces del mar rugiente que amortajó en sus aguas turbias la diafanidad lírica de su amor contemplativo y místico.

¿Por qué no exclamar, con el patricio del histórico amanecer de una república, la frase lapidaria, magistral brochazo, que delineaba una personalidad en el lienzo psíquico?

Para aquel adorador sacrificado a la llama inextinguible de una pasión suicida, ¿no fué necesaria, acaso, tanta agua para apagar su fuego?

El barco siguió su rumbo.

No descendió en ningún puerto aquel pasajero, ni nadie supo de su tragedia... ¡Ni ella misma!

MADRIGAL

No podíais llevar nombre diverso
del que lucís tan justamente ahora,
pues, si Carmen es Verso, como verso,
es Belleza y Amor, que rememora.
No podríais llamaros de otro modo:
Porque vos, mi señora, lo sois Todo.

Augusto SCARPITTI.

Una española, reina de una República

En el estudio que en París tenía Madame le Brun, se exhibía poco antes de que estallase la gran revolución francesa el retrato de una bellísima española que, aunque no hacía mucho tiempo que había llegado a la capital de Francia se había ya casado con el marqués de Fontenay, aristócrata de viejo cuño.

Esta española era Teresa Cabarrús, hija del rico banquero conde de Cabarrús, que a los dieciseis años se había casado con el viejo marqués.

Frecuentaba el estudio de Madame le Brun y su extraordinaria belleza atraía no sólo la admiración de la artista, sino de buen número de amigos de aquélla, que solían ir al estudio y permanecer largas horas contemplando a aquella española cuyas maneras, carácter y *esprit* eran tan difíciles de pasar al lienzo.

Un día, un joven e inteligente impresor llamado Tallien, llegó al estudio de Madame le Brun, llamado por el conde de Rivarol para ver un original que el aristócrata le iba a encomendar y allí conoció a la marquesa de Fontenay, de la que quedó perdidamente enamorado, pero la política le robaba todo su tiempo. Secretario general de la Convención fué enviado a Burdeos en 1793.

El marqués de Fontenay, como la mayor parte de los nobles franceses huyó de Francia, refugiándose en España para salvarse de la guillotina, y la marquesa al pasar por Burdeos para ir a unirse con su marido fué detenida por aristócrata.

Una muchedumbre la había rodeado dispuesta a maltratarla. Tallien que estaba en Burdeos de procónsul, la reconoció y la salvó de las iras del populacho logrando llevarla sana y salva a la cárcel.

Este la visitaba con mucha frecuencia en su calabozo y en aquellas conversaciones se trataba de la revolución.

"Ciudadana", le preguntó un día Tallien en voz alta para engañar al carcelero: "¿Por qué estais prisionera?".

Teresa contestó: "Porque todo el mundo, hasta los revolucionarios están presos, y como yo también soy revolucionaria..."

Tallien ordenó al carcelero que avisase a su secretario y dirigiéndose a la prisionera le dijo: "Yo no soy un tirano, pero si Robespierre se entera de lo que he hecho por una hermosa mujer, su venganza no tendrá límites."

Poco tiempo faltó al cancerbero para escribir a Robespierre diciéndole: "Traicionan a la República: Tallien protege a los nobles".

Libre ya la marquesa, pidió el divorcio que no tardó en conseguir. Siempre al lado de Tallien, tomó varias veces la palabra en los clubs, con lo que excitaba el delirio y la embriaguez del pueblo.

Aunque partidaria de la Revolución, le horrorizaba la sangre, e hizo de la generosidad su arma para conquistar al pueblo.

Casó con Tallien y usó de toda su influencia sobre aquel hombre para salvar a muchos de la guillotina, llegando a recibir el apodo de "Diosa del Perdón". Las bodas de Teresa y Tallien se hicieron con tal lujo que la Convención se escandalizó.

Robespierre aguardaba el momento oportuno y Tallien y su esposa fueron llamados a París.

Madame Tallien fué encerrada en la cárcel de La Force bajo el nombre de ciudadana Cabarrús Fontenay. Su marido no la olvidaba y trataba de librarla de la prisión, pero Robespierre enterado de todo traspasó a la prisionera a un calabozo de los Carmelitas, en donde conoció y compartió su humilde lecho con Josefina de Beau Harnais que había de ser Emperatriz de Francia.

Teresa comprendió que se hallaba muy cerca del cadalso y para librarse de él era necesaria la perdición de Robespierre.

Arrastrando todos los peligros logró ponerse en comunicación con su marido y un día escribió a Tallien: "Me dicen que de un momento a otro voy a la guillotina. Tu cobardía me mata".

Aquello bastó para que se organizase el 9 de Termidor, movimiento contra Robespierre y sus partidarios. Aquel, después de un intento de suicidio, murió en el cadalso.

La reacción termidoriana devolvió la libertad a Teresa, y entonces empezó la época brillante de la española. A su casa, rodeada de árboles y flores cerca de la "Allée de Veuves", acudía Bonaparte, Talleyrand y los principales personajes de le época. Brillantes fiestas, gran lujo, saraos espléndidos, ostentación y poder hicieron de ella una verdadera reina de la República.

Más tarde, Tallien pasó a Egipto para ilustrar con su pluma las glorias de Napoleón y Teresa quedó sola en una quinta de la calle de Babilonia.

Un día, conoció al elegante conde de Caraman, príncipe de Chimay. Era rico, primer grande de Hainault y Madame Tallien se había quedado tan sola...

El príncipe se enamoró de la solitaria de la calle de Babilonia: la hermosa correspondió a aquel amor y un nuevo divorcio hizo que Teresa Caburrús, un día marquesa de Fontenay, después Madame Tallien, reina de la República francesa durante unos días, pasase a ser la princesa de Chimay.

Teresa ya había terminado su época de felicidad. La noticia de que Tallien había regresado a París en donde se encontraba pobre, sufriendo la ingratitud y el abandono, enfermo y casi ciego, le amargaron y entristecieron el corazón.

La princesa, hija de un conde y rico banquero español, esposa de un noble francés, es más conocida en la historia por el modesto nombre de Madame Tallien que por los ilustres apellidos que llevó.

Vivió hasa fines de 1835 y a los sesenta años era aun bellísima y encantadora mujer.

Conocimientos útiles :: *Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar*

Para pegar etiquetas en objetos metálicos se recomienda la siguiente pasta: Se mezclan en un mortero 5 partes de harina común con trementina, y luego se añade tanta solución acuosa caliente de cola como sea necesaria, para que adquiera la viscosidad y consistencia necesarias.

* * *

Barniz para máquinas agrícolas. — Puede hacerse uno muy bueno, de mucho brillo y que se adhiere al hierro lo mismo que el esmalte, disolviendo 80 partes de copal y 40 de pez rubia en 125 partes de alcohol de 95 grados. Cuando la solución es completa, se añaden 30 partes de aceite de ricino. Para dar color al barniz, se emplea cualquier substancia colorante, verde, azul o encarnada, mezclando 7 partes del color con 4 del barniz.

* * *

Los círculos dejados por la bencina en la ropa después que se ha hecho desaparecer de la misma una mancha de grasa, y que tan feo aspecto presentan, pueden quitarse aproximando la parte manchada al chorrillo de vapor que se desprende del pico de una tetera cuando está el agua en plena ebullición. Téngase la tela un ratito experimentando la acción del vapor, y se verá que la mancha de bencina desaparece como por encanto.

* * *

Líquido para grabar sobre cristal. — Trázanse los dibujos o inscripciones que se quieran grabar con una pluma de ave o un pincel de pelo de camello, mojado en un líquido compuesto de las dos mixturas siguientes mezcladas a partes iguales:

La primera disolución se compone de 3.840 partes de agua destilada; 345,5 de fluoruro de sodio y 81,6 de sulfato de potasio. La segunda disolución se hace con igual cantidad de agua destilada que la anterior; 134,4 partes de cloruro de cinc y 624 partes de ácido clorhídrico.

* * *

El caucho se pega muy mal a la madera y a los metales, y las pegaduras duran poco. Pero la dificultad queda obviada empleando un líquido que no ofrece los inconvenientes de las sustancias adherentes que comúnmente se usan, y además tiene la ventaja de que puede hacerlo cualquiera en su casa, disolviendo una parte de goma laca en diez partes de amoníaco.

La disolución, que al principio es viscosa, se torna en líquida al cabo de un mes, y entonces es cuando se puede emplear.

Las manchas de óxido de hierro se quitan aplicándolas una pasta de zumo de limón y sal. Si es preciso se repite la aplicación un par de veces hasta que la mancha haya desaparecido por completo.

* * *

Limpieza de la seda. — En todos los casos, y sobre todo si las manchas son de poca importancia, se puede emplear una mixtura compuesta de 50 gramos de bórax, 14 de jabón, medio litro de alcohol, 14 gramos de carbonato de magnesia y dos gramos de yema de huevo.

Se aplica esta composición a las partes manchadas, y al momento se lavan con agua caliente y se aclaran con agua fría.

* * *

Contra los vómitos rebeldes aconseja un médico de Wáshington la absorción de 500 gramos o un litro de cerveza ligera, poco alcohólica y diluída. Es muy raro que la ingestión de esta bebida no interrumpa la crisis de vómitos, sobre todo si el enfermo no es bebedor habitual de alcohol. Unos cuantos vasos de cerveza bebidos con media hora de intervalo bastante en muchos casos para suprimir las náuseas.

* * *

Para ahuyentar a los mosquitos basta poner en el centro de la habitacinó una esponja empapada en esencia de eucalipto o de lavanda. No exagerando la dosis, estas esencias, no producen dolores de cabeza como sucede con el pelitre o con las combinaciones que lo tienen por base.

* * *

Las pipas y objetos de ámbar rotos se componen con gran facilidad, sobre todo si la rotura es, como genralmente suele serlo, neta y lisa.

Para ello se echa en un poco de agua cierta cantidad de soda cáustica, a fin de obtener una disolución, si no saturada, por los menos muy concentrada.

Con un pincelito o con una pluma mojada en el líquido, se aplica a ambas caras de la rotura; se unen ambos trozos con cuidado, y sosteniendo uno con cada mano, de modo que estén bien ajustados, se expone al calor de la hornilla o de la chimenea la pipa u objeto roto. Al cabo de poco tiempo habrá desaparecido la pequeñísima cantidad de líquido interpuesto entre los trozos, quedando la rotura perfectamente soldada e invisible.

Si la parte de la soldadura ha de meterse en la boca, hay que frotarla bien, por si acaso queda algo de potasa por fuera.

El aceite de linaza da iguales resultados que la potasa, siguiendo igual procedimiento que con ésta.

* * *

Para hacer incombustibles los tejidos basta darles un baño en una solución concentrada de alumbre.

* * *

Para ahuyentar las hormigas y que no invadan los alimentos hay un medio muy sencillo, que consiste en dar de lápiz o tiza de carpintero hasta una altura de 8 a 10 centímetros a las patas de las mesas o de los armarios donde se guarden los manjares. De este modo, cuando las hormigas bajan de la mesa o del armario para buscar agua, no pueden volver a trepar. Con este procedimiento una mesa queda limpia de hormigas a la media hora de haber aplicado la tiza o el lápiz.

* * *

Las manchas de grasa se quitan del marfil, teniendo el objeto manchado sumergido en trementina durante veinticuatro horas, y frotándolo después con blanco de España en polvo. Si se trata de limpiar mangos de cuchillo, cuídese de que la trementina no penetre en el hueco donde está inserta la hoja, porque podría disolver, al menos en parte, la resina empleada para unir hoja y mango.

* * *

Cemento chino. — Esta especie de cola tiene gran reputación, y efectivamente, sabido es que muchos objetos pequeños fabricados por los chinos ofrecen una resistencia extraordinaria.

Se toman como ingredientes tres partes de goma amoníaco, 24 partes de cola de pescado del Brasil, 48 partes de agua destilada y 96 partes de alcohol de madera. Empiézase por echar en el agua la tercera parte del alcohol de madera en el cual se habrá disuelto a calor suave la cola de pescado; se disuelve en seguida la goma en el resto del alcohol y se añade a la primera solución.

* * *

Ciertas cremas y productos que se emplean para la barba, deben preservarse del contacto con el hierro si contienen ácido tánico, porque en presencia del hierro forma taninos de hierro, base de la formación de ciertas tintas.

* * *

He aquí el procedimiento muy sencillo para aclarar el color del cabello. Después de haberse lavado bien la cabeza mediante un concienzudo "shampoing", se aplica sobre el cuero cabelludo el jugo de un limón, dejando humedecida la cabeza por espacio de diez minutos. Luego lávese a conciencia, secando el cabello con una toalla caliente, y de ser posible, al sol. Las personas que tengan color castaño claro podrán hacerse rubias con sólo seguir este sencillo procedimiento.

* * *

Para guardar las barritas de jabón se usaban tubos de latón niquelado; pero esto tenía el inconveniente de que los álcalis del jabón, combinados con el cobre, formaban compuestos de cobre. Para obviar esto, se utilizan tubos de aluminio.

* * *

Para dorar el vidrio o cristal, el mejor procedimiento es reducir sobre estas materias nueve volúmenes de una disolución alcalina de cloruro áuricosódico por medio de un volumen de alcohol y éter.

También se puede obtener resultado análogo sumergiendo el objeto en un baño compuesto de los siguientes ingredientes:

Solución de cloruro áurico, cuatro volúmenes.

Solución alcalina (sosa pura).

Seis por ciento de agua destilada un volumen.

ORO DE OTOÑO

Canción al corazón en Otoño

Toda la tarde flota sobre mi corazón;
Otoño ha puesto en él su infinita tristeza
y una quietud de ambiente, vacío de emoción
lleno de vaguedades, hastíos y pereza.

Corazón, cual si fueses corazón de la tarde
corazón que es hermano del ocaso otoñal
sobre tu pulpa roja, muy débilmente, arde
el oro de esta hora leve y sentimental.

¡Corazón, corazón! Inicial de canción
de canción roja, llena de desesperación
abierta en un ocaso envuelto de quietud,

quiero que eternamente guardes una armonía
sentimental y vieja, una melancolía
de ocaso y de pereza sobre tu juventud.

Juan LACOMBA.

Notas cinematográficas

EN ITALIA SE ADOPTA EL "PHONOFILM" COMO DOCUMENTO POLITICO.

Informan de Roma, que debido a que tuvo éxito la impresión de una película parlante por medio del Phonofilm, del Dr. De Forest, que demuestra las diarias ocupaciones del jefe del gabinete señor Mussolini, se está preparando una nueva que tendrá gran amplitud, por el Instituto Nacional, a la cual se denominará "La historia del facismo".

En ella aparecerá haciendo el papel principal, el señor Mussolini y se reproducirán los principales discursos que ha pronnunciado en ocasiones solemnes ante millares de facistas.

Se empleará esta película como un medio de propaganda en favor del facismo.

Aquí, en Buenos Aires, la Corporación, que tiene la exclusiva del maravilloso invento, piensa adoptar el Phonofilm en algo parecido con respecto a nuestros hombres más ilustres.

EL APRENDIZAJE DE LOS ACTORES

Casi todos los estudios cinematográficos de Hollywood tienen su sección de aprendizaje, en que los jóvenes aspirantes de ambos sexos reciben las primeras instrucciones para la actuación ante la cámara. Se procede de acuerdo con la teoría de que el trabajo es el mejor ejercicio y medio de enseñanza, y se confían a los noveles actores, pequeños papeles, hasta que vayan adquiriendo la práctica necesaria para la caracterización de personajes más importante.

Jean Crawford, por ejemplo, también inició su carrera como ejecutante de primeros papeles. Descubierta por Harry Rapf, fué contratada por Metro-Goldwyn-Mayer como comparsa y para pequeños papeles, hasta que, transcurridos varios meses, se le encomendó un rol algo más importante en "Sally, Irene y Mary", después de lo cual fué considerada apta para crear personajes femeninos en papeles protagónicos, y según el pronóstico de sus directores, Jean está ya en el camino de las estrellas.

Hay actualmente, en el estudio de M-G-M, varios actores y actrices en estado embrionario. Empiezan a sobresalir Avonne Taylor, antigua bataclana y Fay Wobb, que fué contratada después de haber cursado los estudios universitarios. Al cabo de varios meses de aprendizaje fué contratado también el campeón de football de Alabama, Johnny Mack Brown, quien desempeña un papel en el gran film de Lon Chaney "Burla".

THE PATENT LEATHER KID.

First National Pictures acaba de estrenar en Nueva York este nuevo film que, según todas las noticias que hemos recibido, registrará un éxito único. Anticipamos que se trata de un film de guerra provisto de un argumento novedoso e interesante, en cuya filmación ha cooptrado activamente el Cuerpo de Tanques del Ejército Norteamericano.

El protagonista, caracterizado por Richard Barthelmess, es un joven pugilista que, al estallar la guerra, realiza grandes proezas en los campos de batalla.

En las escenas de las batallas toman parte más de tres mil soldados y unos 900 civiles.

ROBERT J. FLAHERTY PREPARA UN NUEVO FILM

El director de "Moana" y "Nanook of the North", Robert J. Flaherty, quien acaba de firmar un contrato con Metro-Goldwyn-Mayer, partió para California con el fin de preparar un nuevo fotodrama, cuya acción se desarrollará en una isla del Pacífico. Antes de partir de Nueva York, manifestó que las escenas exteriores serán filmadas probablemente en Tahiti.

NADA...

«A mi madre»

I

Cuando te lo dijeron, madre, sangró tu corazón y no dijiste nada.
Creías conocerme como conoces tu alma y no me conocías...
Y aunque el dolor te hirió hondamente, callaste sin decirme nada.
Y más tarde una dulce tristeza apareció en tus ojos y se quedó allí
como una luz semivelada, mirándome siempre y sin decirme nada.

II

Madre, cuando pienso en ti, mi alma toda se ilumina y mi corazón
es como un vaso de agua cristalina que se rebalsara.
Cuando te evoco se tienden como una alfombra a tus pies mis pensamientos, que florecen como en un prado maravilloso.
Cuando me miras con tus ojos cansados de llorar y de sus cosas tristes, la angustia me estremece y como tú, no digo nada...

III

Sí, madre, cuando cargada de dolores, te entregues a la tierra y tu sombra sea mi única compañera, yo tendré una frescura de primavera sobre mis sienes, y dentro de mí una mansa serenidad,
la gran serenidad de los tristes y que sólo saben comprenderla aquellos que no han salido de la risa sonora de los privilegiados...

IV

Tu dulce voz, madre, entró en mi corazón hace ya mucho tiempo, pero
entró tan suavemente que necesité vivir mucho para escucharla.
Fué tan leve tu voz como el rodar de una hoja desprendida por el viento,
Y tu voz venía humedecida y aunque fué como una fuente para mis labios
sedientos, quedó sin decirme nada. Y yo esperaba de ella palabras de buenaventura.

V

Soy, madre, para ti, tan pobre cosa, que mi sombra a tu lado es como la
que deja la flor abandonada en un desierto.
Quisiera llegarme a ti tan en silencio, como una criatura que duerme en su
cuna blandamente; quisiera llegar a ti sin un ruido, mirar la seda plateada
de tu cabeza y la luz de tus ojos que tanto han amado, y... no decirte nada!

Santiago 1927

Aída Morano Lagos.

NUEVO PROCEDIMIENTO PARA REPRODUCIR UNA SALIDA DE SOL.

El célebre director dinamarqués Cristensen, quien está dirigiendo la filmación de la película "Terror" de la revolución rusa, ha ideado un nuevo dispositivo muy ingenioso para reproducir con un realismo máximo una salida o puesta de sol. Para tal efecto ha hecho construir un gran marco, delante del cual avanza lentamente frente a la fuente de luz que representa el sol, una ancha tela compuesta de una serie de capas, de tal modo que el espesor de la tela va disminuyendo o aumentando gradualmente de un extremo a otro. Si se deja pasar la tela empezando con el extremo más grueso, compuesto de cincuenta tapas (que no dejan pasar ninguna luz), avanzando gradualmente hasta el extremo más delgado consistente en una sola capa, se intensifica la fuerza luminosa con una transición tan lenta y paulatina de la obscuridad completa hasta la plenitud de luz, que el efecto resulta incomparablemente más natural que el que pueda obtenerse con los aparatos más complicados.

El mismo procedimiento, empleado en sentido inverso, puede usarse, por supuesto, también para producir una puesta de sol.

ANTIGÜEDADES ESPAÑOLAS EN UNA PELICULA DE METRO-GOLDWYN-MAYER.

El estudio de la METRO-GOLDWYN-MAYER consiguió de los dueños de las más famosas colecciones de antigüedades españolas, existentes en la costa del Pacífico, una serie de objetos antiguos de la época española que serán usados en la filmación de una película, cuya filmación está por iniciarse, adaptación de una novela de Joseph Conrad. Entre los más valiosos de esos objetos hay un legítimo altar español artísticamente tallado y enchapado en oro, adornado con numerosas estatuas de santos. El altar fué traído hace muchos años de Panamá, y se asegura que fué llevado de América por el mismo Pizarro.

En la reproducción del interior de una iglesia y de la casa solariega de la familia de los Riego, hidalgos españoles, se exhibirán preciosos cuadros antiguos, traídos desde España en los tiempos de la conquista.

Ramón Novarro y Marcelina Day, llevarán genuinos vestidos antiguos, mereciendo una mención especial una magnífica mantilla confeccionada con legítimos encajes españoles, así como tres enormes peinetas de carey.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18 — U. T. 438, B. Orden

Sábados: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el exterior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre $ oro	2.00
Semestre	„ 5.00	Semestre	„ 6.00	Semestre „ „	4.00
Año	„ 9.00	Año	„ 11.00	Año „ „	8.00
N.º suelto	20 cts.	N.º suelto	25 cts.		
N.º atrasado	40 „	N.º atrasado	50 „		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

El escorpión de alcanfor

Colóquense sobre la superficie del agua, en una copa de bastante diámetro, varios pedazos de alcanfor, de desigual tamaño, que imiten, poco más o menos, la forma de un animal cualquiera, de un escorpión, por ejemplo. A poco de colocados a flote, el escorpión empieza a moverse, a agitar las patas y a plegar fuertemente la cola.



Tan curiosa y facilísima experiencia enseña, a pesar de su sencillez:

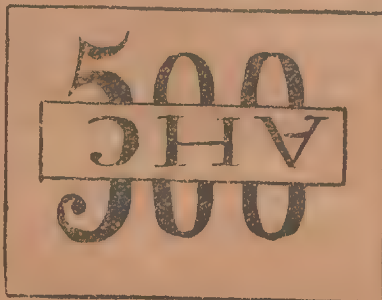
1.° Que el alcanfor es menos denso que el agua, aunque poco menos, porque llega a 0.995.

2.° Que no se disuelve en el agua, cual sucedería si lo hubiéramos puesto en el alcohol.

3.° Que los trozos de alcanfor, que forman el escorpión, se han unido a otros perfectamente, por la fuerza de la cohesión.

4.° Que los movimientos del alcanfor se deben a la propiedad que posee este cuerpo de separarse del punto en que se le pone en contacto con el agua, como puede probarse de antemano, colocando un solo trocito en medio de la superficie, y viendo como adquiere los movimientos de traslación y de rotación; cuya especie de repulsión es debida, según unos, a un desprendimiento de vapores en el punto de contacto, y según otros, a una fuerza misteriosa (?), denominada "tensión superficial", que obra en la superficie de los líquidos.

N.° 43 — Jeroglífico
(Por J. Fernández)



N.° 44 — Charada

Letra y negación mi *prima*,
letra y negación mi *tres;*
quinta-quinta es adjetivo
y pronombre en *cuarta* vez.
Si la niña es educada,
de *tres-quinta* no está mal,
te quiere y es *dos-tercera*
será una novia ideal.
Y ya que tienes ingenio
y de lucir buscas modo,
enristra con garbo el lápiz
y dedícate a la *todo.*

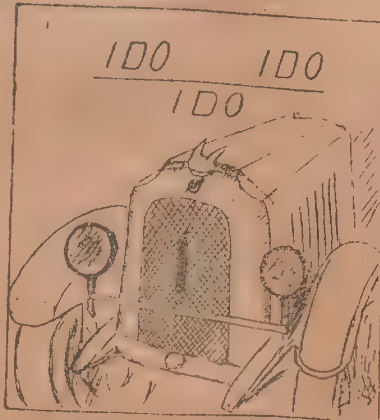
N.° 45 — Jeroglífico
(Por Haydée L. B. Allende)



N.° 46 — Cuento charadístico
(Por J. Fernández)

"Pretendieron unos piratas TERCERA - PRIMERA una linda PRIMA - SEGUNDA italiana, llamada SEGUNDA-TERCIA - CUARTA, y, conseguido su intento, amenazaron de muerte al patrón para que la abandonase. Este, en el momento de hacerlo cantó una TODO sentimental como un adiós a su compañera de infortunio."

N.° 47 — ¿A qué destinas tu capital?



N.° 48 — Charada
(Por J. Fernández)

—Un poco de SEGUNDA-PRIMA, Mercedes,
me quieres traer en seguida?
Recibí en la cabeza un TODO
que me dió sin querer un auriga,
cuando, leyendo una obra de CUARTA-PRIMERA
paseaba por la Avenida.
No hagas TERCERA-PRIMA de culinaria
y recoge del suelo ese PRIMERA-CUARTA
que se te cayó cuando venías.

N.° 49 — Nombre

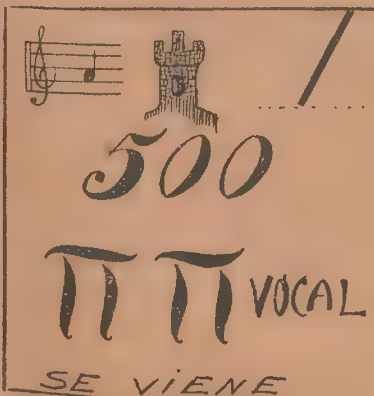
500
1000



N.° 50 — Acertijo

Soy redonda como el mundo,
Sin mí no puede haber Dios;
Papa y cardenales, sí;
Pero Pontífice, no.

N.° 51 — Jeroglífico
(Por J. Fernández)



N.° 52 — Charada

Mi PRIMERA con SEGUNDA
la tiene el sepulturero,
para cavar más profunda
la fosa, si yo me muero.
Si me quedo TERCIA CUARTA
se me acaba la razón
más vale que se me parta
por mitad el corazón.
¿Mi TODO?... ¡Vaya, no temas!
Lo tienes en los palacios,
donde fulguran las gemas,
esmeraldas y topacios.

N.° 53 — El héroe de la gran guerra

ASTRO





NOTA

PENSAMIENTOS

Nos espantaríamos si viésemos el interior del corazón de los hombres dominados por el amor a la gloria. Si se hubiesen penetrado todos los pensamientos de Alejandro, Julio César y Carlos XII de Suecia, causarían horror. — Madame de Genlis.

Se excita más rencor con una esperanza burlada, que agradecimiento con un favor. — Balzac.

No hagas lo que no puedes decir. — A. Dumas, (padre).

No prodigues el tiempo, porque es la tela de que está hecha la vida. — Franklin.

La fama de las mujeres elegantes se regula como la de los doctores, por las visitas que tienen. — Ramón de la Cruz.

La bravura de que muchos hacen alarde es un hábil cálculo sobre el miedo que domina a sus adversarios. — Balzac.

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

N.° 33 — Sinfonía
N.° 34 — Elena, morado
N.° 35 — Segismundo
N.° 36 — Decadente
N.° 37 — Cánovas
N.° 38 — Nada entre los dos
N.° 39 — Socorrer al mendigo
N.° 40 — Diapasón
N.° 41 — El huevo
N.° 42 — Me aburró a más no poder.

PAPEL Y TINTA

"Simplicited", por José Esquivel Pren. — Méjico.

Desde la tierra de Covarruvias y hewome llega este hermoso volumen de versos, ávido de una espontaneidad y armonía poco común.

Su autor es un poeta joven, de la nueva generación mejicana que, con este volumen y otro que diera a luz recientemente, lo han colocado en aquel país, a la falanje de los más exquisitos portaliras.

Tiene poesías de un gran valor objetivo, son cuadros de ambiente, donde el poeta no ha descuidado un detalle, unificando a aquellas impresiones, una excelente construcción de la forma, parte tónica del verso.

Canta a la paz del pueblo al mendigo enfermo y pobre, a la primavera que despierta el brote y aviva el rosal, a la alborada que predice el día con toda su explosión de galas y colores, en fin, el señor Esquivel es un poeta de verdad, porque encuentra un motivo en las cosas que en idioma dulce y acariciador, le hablan a su corazón que rebose en un ensueño dulce.

Aguardo un nuevo tomo de versos que anuncia el poeta lejano, y espero que él robustecerá su nombre que llega aquí, a esta tierra del clásico Guido y del filósofo Almafuerte.

"Horeb", por Alberto Larrán de Vere.

El autor de "Rosas de cerco", nos da, después de una tregua, un nuevo libro con el título de estas líneas.

Ya en su primera obra las condiciones de su espíritu, su predisposición a cantar a la belleza, hallaron en bien de este autor que, con su último libro se ha superado inmensamente, dándonos versos de una suave armonía, de una acariciadora serenidad.

Larrán de Vere es un poeta discreto, tiene la sinceridad de los elegidos, de decir las cosas bien y con alma, sin recurrir a artificios, ni a esas metáforas alucinantes. Su verso puede compararse a la serpentina de agua, que nace del manantial, sencillamanete, espontáneamente, y al caer sobre el peñón rocoso se convierte en música.

Dulces motivos inspiran al poeta, el hogar, la casa, la hermana, el árbol amigo, el sendero por donde pasea su corazón impregnado de un vago panteismo.

Las extravagancias y cursilerías del presente, la racha del ultraísmo, no ha mareado su estro firme y dispuesto a darle toda su esencia para que el poeta siga diciendo cosas nuevas en moldes nuevos, pero en moldes que no blasonan de exóticos, sino que encierran la urdimbre consagrada por los viejos sacerdotes del verso.

Con esa fe paternal que sienten los que ven desarrollar sus retoños, le dice al hijo:

"Y lo primero hijito, has de ser [bueno;
tendrás los ojos límpidos y la mi-[rada suave
Mira el azul sin nubes de este cie-[lo sereno,
mira el azul purísimo y él te da-[rá la clave.

Con la cuarteta transcripta, puede el lector percatarse, de la fe profunda del poeta y de la pureza que sustenta a su corazón.

"Horeb" es un buen libro de versos.

V.

"Volvamos a casita", "El caballo moro", Flores del campo", cuentos por Arsenio Cavila Sinclair.

Transcribimos a continuación el prólogo que aparece al frente de este librito, recientemente editado:

"Volvamos a casita, El caballo moro, Flores del campo... predisponen, ¿verdad? a la lectura, sin que permitan adivinar, condición del buen cuento, la trama urdida por el autor para responder al título y... a las exigencias del jurado. Entre las ciento treinta del concurso, los doctores Enrique Rivarola, Delfor Méndez y yo, escogimos, después de una lectura personal larga pero entretenida, con otros, éstos porque su primera lectura nos produjo la impresión de que la firma anónima ocultaba un escritor de imaginación exuberante, avezado a las lides literarias con el raro mérito de un lenguaje adaptado a la sentimentalidad infantil, que el autor conoce a fondo. Bastante alivianados por la selección, la segunda lectura nos produjo, además, esa emoción noble y generosa en cuya busca va el lector de novelas.

El señor Arsenio Cavilla Sinclair, al conocimiento de la vida y costumbres de nuestra campaña, que dan a sus cuentos un intenso colorido pampeano, agrega el dominio, fruto probablemente de largas noches de estudio, del léxico y la sintaxis adaptados hábilmente a los intereses del adolescente, quien, bajo una incitación de curiosidad continua, no dejará la lectura sino al llegar a la moraleja, epílogo que surge espontáneo, al calor sincero de una narración sin digresiones de relleno ni artificios; al paso natural de una marcha que va derecho a un fin. ¡Con qué penetración ha sido tratada la psicología del perro y del gato caseros; inquieto el uno, morrongueador el otro, con esos saques de independencia con que a menudo los hijos sorprenden al padre no bien pisan los umbrales de la pubertad! La experiencia es admirable y la lección viva y fecunda.

El caballo moro, es una página dinámica y conmovedora de patriotismo y de historia, escrita con tanto vigor y con tanta sencillez que el niño la recordará dentro de medio siglo para relatarla a sus nietos. Y cuán simpático y bello resulta el simbolismo de esas tres flores de nuestra llanura: la margarita, la verbena y el macachín, que, huérfanas, se sacrifican al cariño de sus padres para esmaltar con sus vestidos los campos y recordar la caridad y el amor de que ellas hicieron gala!

Sin que el autor haya necesitado oponer el bien al mal, ni someter el espíritu a las torturas angustiosas de los momentos pasionales antagónicos o de la fantasía exótica, ha conseguido presentar cuadros de una impecable belleza artística y de gran encanto moral, en los que brilla la luz policroma de nuestros intereses, ya en las cosas de nuestra variada naturaleza, ya en las costumbres de nuestra vida sellada por el temperamento propio. Cavila Sinclair, sin penosos esfuerzos de imitación ni difíciles excursiones por el mundo brumoso de las hadas, ha creado, con elementos familiares, tres composiciones de extraordinarias enseñanzas para el niño de siete, de diez o de quince años, tan sinceras y tan puras como el corazón de los que deben leerlas.

Personalmente debo congratularme por el éxito de un concurso que ha divulgado, entre otros, el nombre de un escritor que como Cavilla Sinclair, ha revelado aptitudes tan salientes para el género. "El Día", su organizador, ha contribuído, de esta suerte, a estimular fuerzas que esperaban solamente la oportunidad para manifestarse y sentirse robustecidas por el juicio imparcial de un jurado que al pie de los trabajos ha supuesto a menudo, una firma conocida y popular".

Víctor Mercante.

"Al margen del Quijote", por Josefa Allende Lezama. — Editores: Juan Roldán y Cía. — Buenos Aires.

Glosar "Don Quijote" del Inmortad Cervantes, no es tarea fácil ni dada a todos. Y si, además al glosar se elige aquello más esencialmente grandioso y se selecciona con espíritu elevado, pulcro, hasta pudiéramos decir refinado, el léxico o emplear en la glosa, menos fácil aún. Se necesita, pues, estar dotado de condiciones y cualidades muy especiales para lograr lo que Josefa Allende Lezama ha realizado con su libro "AL MARGEN DEL QUIJOTE", que acaba de aparecer.

"Don Quijote" tiene riqueza de pasajes y de momento propicios a la meditación. Buscando en cada página y en cada párrafo se encuentra la vena exuberante del observador, del psicólogo, que hasta en la frase al parecer menos interesante, encierra un juicio, un comentario, ya sean de alabanza o de censura. Glosar estos pasajes, estos párrafos, estos juicios sintéticos y estos comentarios de pocas líneas se propuso la señorita Allende Lezama, y, con un criterio de artífice, eligió aquellos y los comentó, en forma de glosa, valiéndose, para tan alta tarea, de su inspiración poética, que tiene bellezas inmensas y que cuenta con profusión de matices, de imágenes, de concepciones preciosas.





TEATROS

EL VENENO DEL TANGO, EN EL SMART

En la oportunidad, ya un poco distante, de anunciarse el estreno de "El veneno del tango", se hizo saber que su autor el señor Valentín de Pedro es un escritor argentino radicado en Madrid y, por cierto, muy bien conceptuado en los círculos literarios de la madre patria.

Ante todo queremos declarar que para nosotros existía una fundamental diferencia entre lo que la simpatía internacional da al éxito de ciertas obras personales y lo que la justicia daría en un fallo desinteresado y sin factores de cortesía y emoción.

Puntualizada esta salvedad, manifestaremos que si antes de conocer "El veneno del tango" no teníamos ni el más remoto concepto de la figura literaria del señor Valentín de Pedro, después de vista esta obra nos encontramos a la misma distancia del escritor argentino muy bien considerado en la capital de la madre patria. También se decía, entre los comentarios preliminares, que el señor Valentín de Pedro realiza en España una labor de vulgarización de nuestra vida y costumbres. Aunque la obra ha debido ser muy mejorada a través de su reducción a un acto, con más el escamoteo que importa la dilatación del cuadro de varietés, no podemos coincidir con las opiniones referidas y no sólo seguimos desconociendo la literatura del señor Valentín de Pedro, sino también su interesante labor divulgadora.

Si con "El veneno del tango" se ha querido presentar un reflejo de vida bonaerense, ha sido logrado lo mismo que si un viajero dijera del Egipto que es una llanura que tiene en medio, unos montones de piedras preparadas probablemente para adoquinar el desierto.

Lo más característico de "El veneno" no es el tango, sino las canciones humorísticas del trio Gedeón, tres muchachos locos y de buen humor que ponen en solfa de guitarras todos los disparates que se han cantado hasta ahora por el respetable pueblo.

La obra ha tenido mucho éxito, porque la compañía del Smart que tiene a su cabeza a una actriz de los méritos de Blanca Podestá no puede fallar con piezas de este género. Esperamos que alguna otra empresa empeñada en presentarnos la labor literaria de los escritores argentinos muy bien conceptuados en la madre patria, lo haga con más fortuna.

UN JUGUETE COMICO EN EL MAYO

"Riña de gallos' estrenada recientemente por la compañía de Juarez-San Juan, es un juguete cómico eficacísimo para el público que va a los teatros con el único fin de reir. García Alvarez y Joaquín Abati, sus autores, han construído tres actos con un asunto vulgar, cual es el odio entre dos padres de familia que viven cerca el uno del otro. Como puede imaginar el lector, a pesar del encono y malos sentimientos que animan a los padres, el hijo de uno y la hija del otro tejen su romance de amor, en medio de la pedrea de sus progenitores, quienes llegan a batirse a duelo, sin consecuencias sangrientas, claro está. Siguiendo los preceptos clásicos, al final se reconcilian los furiosos papás y los chicos se desposan.

El primer acto de "Riña de gallos" está muy bien delineado y suma situaciones y ocurrencias muy felices. No así los dos restantes, sobre todo el último, que languidece notablemente hacia el desenlace.

El elenco del Mayo jugó el juguete acertadamente, sacando partido de sus papeles los actores que dan nombre al conjunto y las Sras. Cosa y de los Ríos, que fueron los héroes de la interpretación. El público se divirtió a sus anchas. Rió hasta las lágrimas y al caer el telón aplaudió largo.

DON HIPOLITO EN EL LICEO

Con mucho éxito sigue ocupando la escena del Liceo "Mi amigo don Hipólito o la futura presidencia" de Gustavo Alvarez Guzmán. Casaux a quien se le ha brindado la oportunidad de prescindir por esta vez de maquietas harto conocidas, encarna con su habitual gracejo, el papel de un criollo vividor que a expensas de enredos y tramoyas sale adelante en la difícil tarea de vivir sin trabajar. Pierina Dealesi, con su eficacia habitual, da vida a un gracioso tipo de sibila, que hace las delicias del público.

Por su parte, Zárate asume la responsabilidad de un laborioso papel de comisario, hijo de turco y él mismo casi otomano también, que pone en práctica los procedimientos de esos curiosos funcionarios de nuestra campaña. Sobre este fuerte trípode está montada la pieza y ello basta para sugerir la idea del aplauso con que el público la recibe.

LAGRIMEANDO... LAGRIMEANDO

Lagrimeando... lagrimeando..., se pasa una hora de risa en el Cómico con la pieza de Novión "Te quiero porque sos reo". Este lagrimeo no proviene de un exceso de hilaridad ni de un sentimentalismo exagerado: lo que lagrimea es un tango de Scataso, muy bien cantado por Corsini en una de las escenas más patéticas de la obra. Ya el título de ésta es bien significativo respecto a la tendencia y ambiente. No podríamos decir ni en broma que se trata de un poema metafísico, de un drama de tesis ni de una comedia de salón. Es y no puede ser otra cosa que el consabido sainete criollo, de la más pura cepa, con su caló lunfardo, sus atorrantes de toda laya, una madre lacrimosa y un tanguito como para exprimir almíbar de los bandoneones.

Ruggero, que sabe lo que son sainetes criollos, hace un papel que queda de medida, y más sobrio Arata y correctos los demás, interpretan con gracia los episodios trágico-reideros de la obra.

PARRA Y EL PAYO

Juega con mucha eficacia el actor del Argentino su papel en la comedia de Novión, "El payo Roqué", la que proporciona al público veladas, si no de continuas carcajadas, por lo menos de suave alegría, que a veces y para mucha gente es lo que se busca.

LA FERRANDIZ

El cartel del Marconi se mueve con frecuencia. La compañía que dirige Defilippis Novoa, de la que es primera actriz la Sra. Ferrandiz, repasa su repertorio, que es vasto, como que se trata de un elenco que llegó a la capital después de lar gira por provincias.

"Casa de muñecas", la notable obra de Ibsen, fué representada ante bastante público y al final el director del conjunto pronunció una conferencia sobre la obra teatral del gran dramaturgo noruego, siendo aplaudido.

ESTRENOSE "LA HOJA DE PARRA"

En el Buenos Aires la compañía de Muiño ofreció, con este título, una pieza dramático-satírica firmada por los señores G. L. Fernández y R. M. Cabrera. La clasificación es exacta, ya que deja la impresión de un trabajo donde se busca satirizar un suceso que por lo doloroso es dramático y por la forma en que es aprovechado por un sujeto sin escrúpulos implica una intención satírica. Claro está que es menester suma habilidad para que el hecho expuesto en el desarrollo de la acción, contenga ciertos valores que acrediten el propósito artístico de los autores. No estamos seguros de que los señores Fernández y Cabrera lo hayan conseguido. "La hoja de Parra", título equívoco con que se pretende engañar al público ingenuo, es cuando más una tentativa ligera, sin mayor importancia, de obra interesante. Los elementos cómicos y serios se chocan en algunas escenas en forma poco feliz, quitando enjundia a la producción.

La interpretación de la compañía del Buenos Aires es aceptable, sobresaliendo Muiño en su papel.

DIALOGO DISYUNTIVO

—¡Qué linda primavera!
—¡Qué triste realidad!
—Todo muere en la vida.
—Todo cambia o se va.
—En el Nuevo fracasan
Dos temporadas más.
—Aunque sea en el Nuevo
No es mucha novedad.
—Se fundió la Mancini,
Artista de verdad.
—También se funde el oro
y es un fino metal.
—Las cosas están que arden.
—Dejen que ardan nomás. —
—Es un drama terrible
de la fatalidad. —
—Se aumenta el repertorio
con un dramita más. —

PINCHO

DOS ESTRENOS EN EL APOLO

Se anunciaba que el cartel del Apolo sería totalmente renovado en fecha próxima con el estreno de dos piezas cómicas: "El hombre que se rifó", de Mario Folco y Juan Mazzaroni y "En qué lío me han metido" de Miguel H. Escuder.

Es posible que al aparecer estas líneas ya se haya dado a conocer alguna de ellas y la otra estará esperando turno un plazo breve.

OTRO JUAN CELEBRE

Entre los varios Juanes que gozan de mayor o menor notoriedad y entre los cuales se cuentan Juan el evangelista, don Juan Tenorio, Juan Cuello, Juan Moreira, Juancito de la Rivera y Julio Sanjuan, desde ahora uno más: "San Juancito de Realicó", que ha debido estrenar Pedro E. Pico en el Nacional. Allá veremos si el éxito de este Juan se parece al de sus tocayos.

VAUDEVILLES EN LA OPERA

Se anuncia para el 30 del actual la inauguración de una temporada de vodevilles en la sala otrora más importante de Buenos Aires. El conocido empresario don Vicente Rey ha organizado el elenco, que contará con discretísimas figuras y se propone poner en escena las piezas famosas del género, como "El sombrero de paja de Italia" "Dedé", y "Pas sur la bouche".

LOS PERSONAJES DE DE ROSAS

El prestigioso actor del Ateneo ha logrado dar una prueba más de sus aptitudes artísticas, al poner en escena la más famosa obra de Pirandello. "Seis personajes en busca de autor", en una discreta versión española, obtuvo por parte de Matilde Rivera y De Rosas una esmerada interpretación que llamó la atención del público, el que aplaudió el esfuerzo de ambos comediantes, como también a los artistas que intervinieron en el reparto.

LA MEMBRIVES AL AVENIDA

En los primeros días de octubre hará su presentación en el Avenida la compañía que encabeza la notable actriz Lola Membrives, que se dispone a ofrecer bellas comedias de autores españoles.

GRAND SPLENDID

La hermosa sala de la calle Santa Fe se ve diariamente frecuentada por una enorme cantidad de público perteneciente a las mejores familias de la sociedad porteña. "En avión, entre los salvajes", el maravilloso vuelo del aviador suizo Mitteltolzer, de Zurich a la ciudad del Cabo, tiene un gran interés que han sabido reconocer los habitués de este regio salón. Prepara la empresa notables vistas para la semana en curso.

HINDU PALACE

Se acaba de pasar en este nuevo cine, como una novedad la versión en película de la famosa novela de Manzoni, "I prommessi spossi", traducida con el título de "Los novios", siendo favorablemente acogida por el público que llena todas las noches esta hermosa sala recientemente inaugurada en la calle Lavalle.

CINE PARC

Muy frecuentadas se ven las funciones que efectúa esta sala de Palermo, la mejor sin duda del barrio. La empresa renueva el cartel mejorándolo siempre y el público de familias responde al esfuerzo sin fallar.

ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



MODELO PREMET. — 1. Traje para deportes, confeccionado en jersey de lana, adornado con piel blanca. El paletito está hecho sin mangas y guarnecido con piel blanca del mismo modo que el traje. — 2. Trajecito ligero de velo de seda sobre fondo blanco y dibujos bordados en tonos vivos y variados. Este traje se abre por delante sobre crespón Georgette rosa, llevando en la espalda la misma guarnición. — 3. **MODELO ZIMMERMANN.** — Traje de crespón de China ,fondo bajo, estampado en azul y negro y con adorno de bieses de alpaca de seda color azul.

Tall. Gráf. A. García & Cía. Perú 1746.